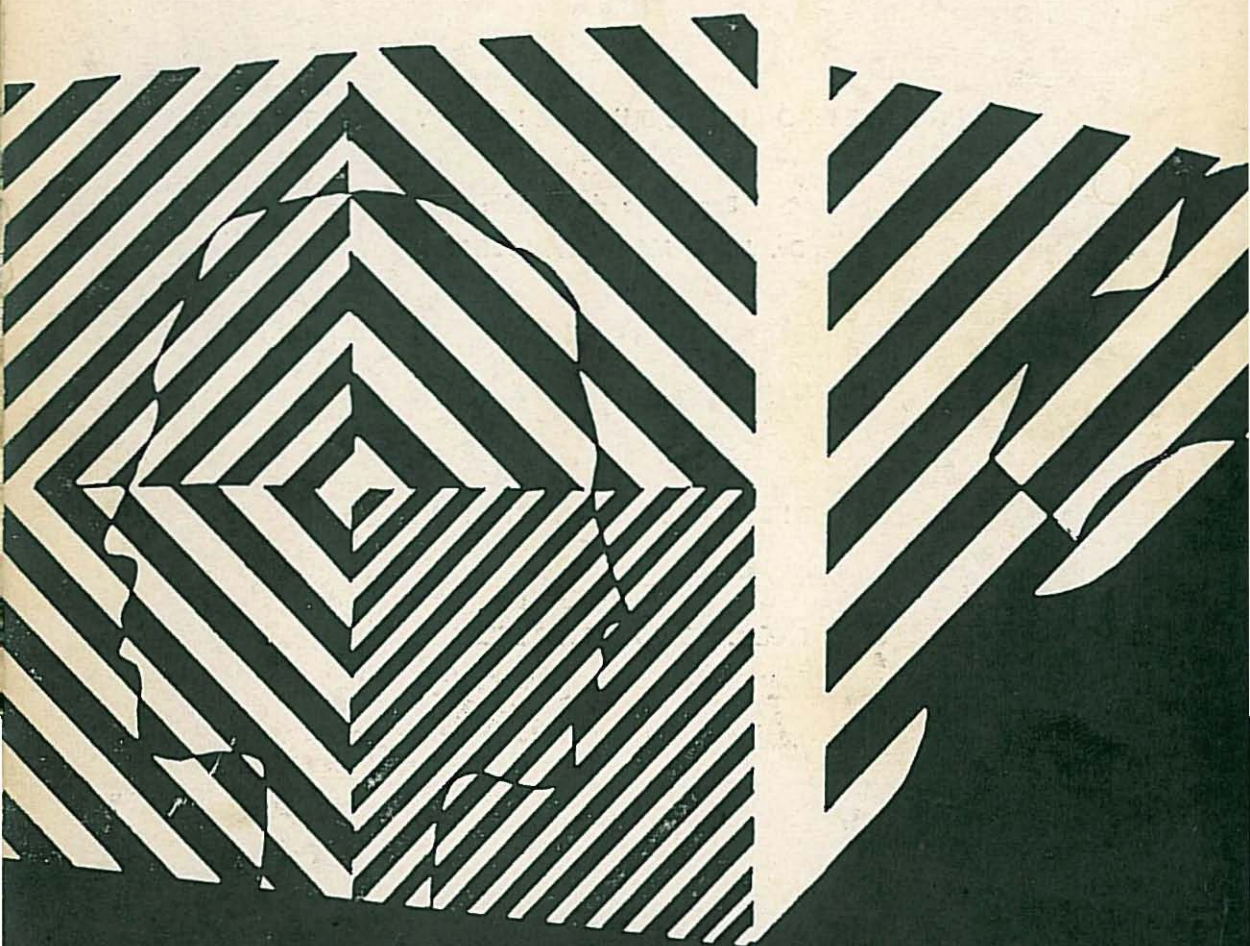


6 montevideo



revista

biblioteca
nacional



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

Secretario de Estado:

Dr. JULIO MARIA SANGUINETTI

BIBLIOTECA NACIONAL

Director:

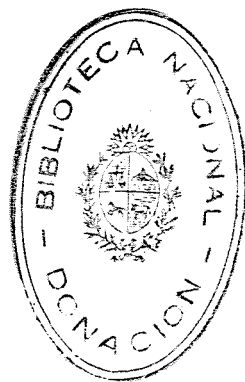
Prof. ADOLFO SILVA DELGADO

Carátula: Martha Restuccia

REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

NUMERO EN HOMENAJE AL
DR. CARLOS VAZ FERREIRA,
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



Nº 6
OCTUBRE 1972
MONTEVIDEO



El Magisterio de Vaz Ferreira

1. Su figura histórica

En Montevideo, la ciudad donde nació el 15 de octubre de 1872, y en la que vivió los ochenta y cinco años de su vida, ha muerto Carlos Vaz Ferreira el 3 de enero de 1958. Se ha cerrado, así, un largo y excepcional capítulo en la historia del pensamiento y la educación en América.

Para los uruguayos, ese capítulo estuvo abierto hasta el último día. La muerte sorprendió al Maestro ejerciendo su célebre Cátedra de Conferencias al mismo tiempo que la dirección de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Fuera de fronteras, en cambio, era desde hacía años una figura histórica, integrante del grupo generacional que Francisco Romero, con expresión que ha hecho fortuna, llamó de los *fundadores* de la filosofía latinoamericana.

La verdad es que, como filósofo, su obra estaba determinada desde muchos años atrás, dentro de las categorías intelectuales de la gran generación del 900. Las aportaciones que, de tanto en tanto, le hacía en los últimos tiempos, tenían el carácter de enriquecimiento o correcciones no esenciales a un material cuyo contenido y cuyo espíritu estaban ya dados en sus libros clásicos. La estructura básica de su pensamiento que quedó configurada en esos libros, es la que se ha conocido en el continente. Por ella se ha definido el perfil de su figura. Sus últimas páginas de pensador sobreviviente en esta parte de sí mismo y sus numerosos inéditos, no alterarán, seguramente, aunque refuercen tal o cual trazo, las líneas de ese perfil.

Pero además de filósofo, fue Vaz Ferreira notable educador. Y es este aspecto de su personalidad el que hasta el último momento de su vida se resistió a entrar definitivamente en la historia. Entregado en cuerpo y alma a la causa de la educación, dominado, como él dijo una vez, por el "fervor de educar", se ha estado hasta el fin dirigiendo instituciones, hablando a su público, siempre presente, siempre viviente, en una obstinación llena de grandeza. En este sentido, es recién ahora que para sus compatriotas empezará a ser una figura histórica, en la medida en que, poco a poco, se vayan haciendo cargo de que es realmente cierto que él ya no está más ahí, próximo y distante, con su mirada profunda y su cuerpo frágil y nervioso.

2. Su entrada en escena

Este hombre, al que sólo la muerte ha dado de baja en la enseñanza pública del Uruguay, en el umbral de 1958, había ingresado a ella en 1895. Y desde que ingresó, a los veintidós años de edad, lo hizo para co-

locarse de golpe en un primer plano que no abandonaría más. Catedrático sustituto de filosofía, fue ya a partir de 1896 el protagonista decisivo de una fundamental reforma, que cerró una época y abrió otra en la enseñanza filosófica nacional. Más allá de los límites de la cátedra, acompañando y propiciando diversas tendencias coincidentes, esa reforma iba a proyectarse de manera profunda y duradera sobre toda la vida espiritual del país. Fue el gran giro que llevó del imperio finisecular del positivismo de escuela, al clima de libertad y universalidad del idealismo del 900. Paralelamente al mensaje literario de Rodó, el juvenil magisterio de Vaz Ferreira estableció entonces, con insólita seguridad, las bases filosóficas en que la nueva situación de conciencia se iba a fundar.

Durante veinte años, a partir de principios de la década del 70, la vida filosófica uruguaya había estado dominada por ruidosas polémicas entre el espiritualismo y el positivismo, entre la clásica escuela metafísica, en su versión francesa del eclecticismo, y la moderna escuela naturalista, en su versión sajona del evolucionismo.

Cousin y su sucesor Janet, por un lado; Darwin y su sucesor Spencer, por otro. De las aulas, las polémicas habían saltado a la prensa y al parlamento, mezclándose a las luchas políticas. Después del ochenta el positivismo se había impuesto en la dirección de la Universidad y en la orientación general de la enseñanza. En 1890, una reacción de la vieja escuela desplazada tiene lugar, impulsada por el propio Presidente de la República, Julio Herrera y Obes, y una nueva cátedra universitaria de filosofía debe dictarse obligatoriamente conforme al espiritualismo, para neutralizar la avasallante inspiración spenceriana de las aulas.

Fue en ese clima de dogmatismos de escuelas, de fanatismos doctrinarios, de intolerancias partidistas llevadas desde la Universidad hasta la política, que le tocó formarse a Vaz Ferreira. Sólo cinco años después del episodio del 90 llegaba él mismo a la docencia. Ese lustro, sin embargo, había sido de rápida agonía del espíritu polémico que había caracterizado a los anteriores. Las armas ideológicas, no ya del viejo espiritualismo, sino del propio positivismo, se hallaban gastadas. Este último continuaba hegemónico, pero limada ya la violenta pugnacidad con que había penetrado y se había impuesto. Los antiguos combatientes, fatigados, se habían dado una tregua que iba a ser definitiva. Es en tales circunstancias que se promueve la reforma por la que se abre de súbito la nueva época, la época vazferreiriana.

Administrativamente, la reforma se ubica en 1896, año en que se cumple una revisión orgánica del plan, los programas y los textos de enseñanza de la filosofía. Fue obra de una comisión integrada por profesores del precedente ciclo polémico, pero también por el joven catedrático sustituto, que impone las directivas y redacta el informe. En ese informe declara ya Vaz Ferreira el propósito de ir a una enseñanza "sin exclusiones sistemáticas ni tendencias sectarias". Pero todo eso poco hubiera significado sin el acceso del propio Vaz Ferreira a la cátedra titular, que ocurre por concurso, en 1897. Es a través de su enseñanza personal que, de ahí en adelante, la verdadera reforma tendrá lugar.

En pleno concurso, frente a un jurado del que forman parte los profesores de la generación anterior, los que habían los suyos, enjuicia con toda severidad su enseñanza, declarando "profundamente necesaria una

reacción pronta y completa contra el exclusivismo y el aislamiento intelectual a que condena las inteligencias el espíritu siempre más o menos sectario de la actual enseñanza filosófica". El jurado tanto como la Universidad entera que se agolpa para oírlo, escucha con respeto al joven maestro de veinticuatro años, y éste prosigue: "La enseñanza de la filosofía suscita en nuestro país a mi juicio, una cuestión de vital interés: yo creo que el profesor de esta asignatura tiene hoy, y tendrá por varios años, una importantísima misión que procuraré hacer comprender con un ligero estudio del estado de los conocimientos y de la enseñanza filosófica entre nosotros".

Esa misión, según la explicita, es la de desterrar el arraigado y funesto error de que existen en filosofía tres grandes escuelas, llamadas espiritua- lismo, materialismo y positivismo, con soluciones prontas para todos los problemas, y a una de las cuales forzosamente se ha de pertenecer desde que se hace, se estudia o se enseña filosofía. Tal error ha producido en el país dos grandes males: "Ha producido, ante todo, la confusión, como trataré de probarlo al probar que esa concepción es estrecha e impropia para comprender la filosofía y ha producido, además, la intolerancia y el exclu- sivismismo, al presentar a ésta dividida en un número fijo y limitado de teorías opuestas e inconciliables". Analiza uno y otro mal. Y a propósito del segundo concluye: "Búsquense en las revistas de hace algunos años esas discusiones filosóficas que se recuerdan a la juventud como ejemplo de amor a la ciencia y de actividad intelectual, y que lo serían mejor to- davía de parcialidad doméstica, de falta de simpatía por las opiniones ad- versas y de exclusivismo hostil e intolerante. Permitidme que no las elogie".

El proceso estaba hecho. El fallo fue acatado sin reservas. En lo succe- sivo, dueño absoluto de la escena, Vaz Ferreira desplegará sin trabas su histórico magisterio. El año 1897 marca así, con el obvio convencionalismo de esta clase de precisiones, el momento justo en que la gran renovación filosófica occidental por la que se cumple, en el pasaje de una a otra cen- turia, la caída del positivismo, queda entronizada en el Uruguay. Parale- lamente se va realizando esa renovación en toda Latinoamérica, puesta ésta a liquidar, con mayor o menor apresuramiento, con mayor o menor conflicto según los países, su general etapa positivista de las últimas déca- das del siglo XIX.

3. Su obra educacional

En el orden estrictamente educacional, la acción de Vaz Ferreira se llevó a cabo en tres planos: La cátedra, la dirección de instituciones de enseñanza pública, la teoría pedagógica.

En el primero, tres fueron sus grandes cátedras: la de filosofía en la Universidad, a la que llegó en las circunstancias históricas que se han visto y desde la cual cumplió en su hora una honda transformación de la con- ciencia nacional; la de filosofía del derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, por la que pasó más tarde, llevando también un nuevo espíritu a esa aula que fue nuestro último reducto universitario de la es- cuela spenceriana; en fin la de Maestro de Conferencias, creada por ley en 1913 para que él la desempeñara, como consecuencia de un movimiento

de opinión que llegó hasta los poderes públicos de la época. A través de esta cátedra libre que atendió hasta la hora de su muerte, el magisterio de Vaz Ferreira asumió definitivamente su significación nacional, por la amplitud de los intereses intelectuales que aspiró a satisfacer y por la diversidad del público que lo escuchara. En ese público, a lo largo de numerosas generaciones, fue la juventud un sector al cual se dirigió con especial afección la palabra del Maestro.

En la acción directiva, la labor de Vaz Ferreira fue universal, abarcando las tres ramas de la enseñanza pública. Actuó ya a principios del siglo en la dirección de la instrucción primaria en un momento en que, bajo ciertos aspectos, había llegado a detenerse el gran impulso de la reforma escolar de José Pedro Varela, realizada antes del 80; llevó a ella entonces, su constante espíritu de iniciativa, práctico y realista siempre, pese al afinado pensamiento teórico de que partía. Actuó luego en la dirección de la enseñanza media y en la de la Universidad. De ésta fue Rector en dos etapas, siendo la segunda en la década del 30, levantado su nombre como una bandera, por la opinión universitaria, frente a un gobierno de fuerza que quiso atropellar la autonomía de la Casa de Estudios. Y coronando su vasta actuación de dirigente, está todavía su obra en la Facultad de Humanidades y Ciencias, por cuya creación había bregado durante varios decenios y cuya propia ley fundacional, en 1945, rindiéndole un homenaje fuera de lo común, lo designó a texto expreso su primer director. Reelegido más de una vez, en ese puesto le ha llegado la muerte.

Finalmente, la personalidad de Vaz Ferreira educador se completa en el campo de la teoría pedagógica, al que trajo el pensamiento nuevo de que el país estaba necesitado después del ciclo de los Varela, Berra y Vásquez Acevedo, nuestros grandes pedagogos de la época positivista. Aquí también cubrió todos los grados de la enseñanza. En muy diversos ensayos y conferencias, sembró ideas, sugerencias y proyectos sobre la enseñanza primaria, la media y la superior. *Lecciones de pedagogía y cuestiones de enseñanza* (1918) y dos volúmenes de *Estudios pedagógicos* (1921-1922), recoge trabajos suyos que son ya clásicos en la pedagogía americana. Pero esos tres libros están lejos de comprender la totalidad de su aportación a la doctrina educacional. Personalísimos informes universitarios de distintos períodos y, sobre todo, numerosas conferencias que andan todavía dispersas, enriquecerán un día, con varios volúmenes más, su bibliografía en la materia.

Esa triple actuación educacional de Vaz Ferreira, en la cátedra, la labor directiva y la reflexión pedagógica, a la que consagró vocacionalmente su existencia, no le impidió, sin embargo, llegar a ser el filósofo original y profundo que también fue. No se lo impidió, pese a la declaración que al final de su vida llegó a hacer al frente de uno de sus libros: "En el ejercicio de la enseñanza y en los cargos públicos que en ella desempeñé, todas mis aspiraciones intelectuales fueron dominadas y, para lo especulativo, casi esterilizadas por el fervor de educar". Es que en él lo pedagógico fue una ecuación de lo filosófico. Toda su obra educacional —hemos dicho en otra ocasión— ha sido dirigida desde el núcleo o centro filosófico de su personalidad, al mismo tiempo que lo más original de

su obra en el campo de la filosofía ha tenido por esencial objetivo educar, enseñando a bien pensar, sentir y actuar.

La distinción, en su caso, entre el educador y el filósofo, resultará siempre convencional. No porque Vaz Ferreira como filósofo, haya sido sólo filósofo de la educación, es decir, un teórico de la ciencia pedagógica que remontara ésta a sus principios fundamentales. Por otro motivo. Porque su pensamiento filosófico, aun el más especulativo, aun el más abstracto, respondió constantemente a una radical actitud docente de su espíritu.

Filosofó él sobre la educación, desde luego, pero además sobre muchas otras cosas. Este su filosofar sobre tantas otras cosas, estuvo, empero, vinculado siempre con la educación, sin que ese vínculo resultara de la simple circunstancia, después de todo formal, de que era en la cátedra que habitualmente se expresaba. Estuvo su filosofar relacionado siempre con la educación —así se aplicara a explorar un sector de la metafísica, el entendimiento lógico, la experiencia moral, la sensibilidad estética, los problemas sociales, o el fundamento de la democracia— por el propósito esencial con que se dirigía a sus oyentes o a sus lectores. Ese propósito no era otro que el de ensanchar y fecundar sus espíritus, preparándoles la razón o el sentimiento para que por sí mismos alcanzaran la verdad o el valor. No es que educar fuera para él una ocasión de filosofar. Es que, sencillamente —socráticamente— filosofar fue para él educar.

4. La gran etapa creadora

La producción filosófica de Vaz Ferreira, en forma de libro, comenzó con obras de carácter didáctico, una de psicología en 1897, otra de lógica formal en 1899.

La primera, no obstante la modestia de su título, *Curso expositivo de psicología elemental*, quedará como una obra clásica en su tipo. Llenó toda una época de la enseñanza de la disciplina, con dilatado empleo en las aulas de distintos países de América. Por un error que carece de explicación, suele presentársela como un texto de “psicología experimental”. Lo experimental tiene allí su sitio, pero sin ninguna exclusividad, ni siquiera primacía. Aparece, por el contrario, en justo equilibrio con los demás enfoques posibles de la realidad psíquica, incluso los problemas y teorías a través de los cuales la ciencia psicológica se relaciona con la metafísica del espíritu.

Después de la representativa *Psicología* del cubano Varona, que documenta, en los años 80, la etapa positivista en este dominio, la de Vaz Ferreira inaugura en nuestros países su renovación, aquella renovación traída por los grandes maestros del movimiento filosófico del 900, que tan fundamental fue para este mismo movimiento. Resultó, por otra parte, decisiva para el autor. Colocado en una onda filosófica general de profunda inspiración psicologista, como fue la de su tiempo, con Bergson y James al frente, excepcionalmente dotado, además para la percepción de lo psíquico, esa inicial inmersión en la materia psicológica creó las condiciones de su obra futura. Si bien no está ahí, todavía, su pensamiento original, ese libro, que elaboró con tanto cuidado y tanto estudio, contribuyó en buena medida a prepararlo.

En 1905 apareció el nutrido volumen titulado *Ideas y observaciones*, en el que Vaz Ferreira recopiló un conjunto de ensayos sobre temas diversos. Varios de ellos habían sido ya publicados en revistas desde los últimos años de la década anterior. "Sobre la percepción métrica", en cambio, veía allí la luz por primera vez. La extensión y significación de este trabajo, llevó a su autor, tres lustros más tarde, a editarlo por separado en volumen especial. Encierra aspectos esenciales del pensamiento estético de Vaz Ferreira, que se complementa con "Ideas sobre la estética evolucionista", otro de los ensayos incluidos en la recopilación de 1905, así como con numerosas reflexiones dispersas en el resto de sus obras. *Ideas y observaciones* resultó luego postergado por la celebridad de otros títulos vazferreirianos. Podría hablarse hasta de olvido. Esa obra, sin embargo, alcanza por sí sola para cimentar una reputación filosófica. Baste recordar que despertó la más viva admiración en Unamuno, quien se lamentaba de que el lector español de la época no pudiera encontrarla en las librerías de la península. Fue a través de ella que descubrió, con sorpresa, al pensador montevideano, cuyo entusiasta elogio hizo en más de uno de sus libros y con quien mantuvo una valiosa correspondencia.

De 1905 a 1910 corre un lustro en el que se aprieta, de los treinta y tres a los treinta y ocho años de edad de Vaz Ferreira, lo que produjo de más personal y creador en el campo estricto de la filosofía, *Los problemas de la libertad* (1907), *Conocimiento y acción* (1908), *Moral para intelectuales* (1909), *El pragmatismo* (1909), *Lógica viva* (1910). Este conjunto bibliográfico constituye el núcleo fundamental de toda su obra, aquello que más cabalmente la define. Todo lo que produjo antes fue, en cierto modo, su introducción o preparación. Todo lo que produjo después fue su desarrollo en distintas direcciones.

La metafísica, la teoría del conocimiento, la filosofía de la religión, la ética y la lógica, se hallan en juego detrás de esos cinco títulos en una gran variedad de enfoques y temas. Y sin embargo, una profunda unidad los liga a todos imponiéndose sobre las circunstancias y la ocasión de cada uno. Por debajo de ellos, en apariencia tan diferentes, hay un movimiento único del espíritu, un mismo ritmo de la conciencia, que los crea y los relaciona. En una feliz etapa de plenitud mental, el impulso filosófico que arranca de *Los problemas de la libertad*, conduce sin detenerse hasta la *Lógica viva*, enriqueciéndose o integrándose al pasar por los otros trabajos. En cierto sentido, se diría que más que de varias obras, se trata de diversos tiempos o momentos de una sola. Se diría aun, en términos que acaso a él le fueran gratos más que otros, que se trata de distintos fragmentos o apuntes para un libro futuro que no alcanzó a escribir. Llegado en plena tensión a su desenlace de 1910, aquel apasionado impulso se distiende y diversifica después, lentamente, pero siempre fiel a sí mismo, durante largas décadas.

Los problemas de la libertad, aparecido en 1907, comenzó a publicarse parcialmente en 1903. Constituye el ensayo metafísico por excelencia de Vaz Ferreira, sobre un asunto al que toda la vida confirió un interés de primer plano. No llegó a concluirlo. A pesar de ello, lo consideraba su mejor libro: "Es el único que intenté escribir propiamente con tiempo, con estudio, con contemplación, profundización y por eso mismo quedó menos imperfecto que los otros, pero en cambio inconcluso". Para

En esta temeraria y absurda
y ~~ent~~arcedora aventura huma-
na, que es un conjunto de aventuras
emprendidas todas juntas, y de
las que cada una es ya impo-
sible, la deflexión sería lo na-
tural: sería lo "humano", si pre-
cisamente lo humano no fuera
tan heroico!

Carlo y Fenicia

muchos es, en efecto, su obra cumbre. Creemos nosotros que ese puesto debe serle reservado a la *Lógica viva*, de la que aquel libro fue, en cierto modo, el capítulo inicial.

El ensayo quedó, en rigor, inconcluso, aun en los agregados que le hiciera al final de su vida, acaso porque en lo realizado estaba ya satisfecho el resorte íntimo que empujó a su autor a escribirlo: el esclarecimiento y disipación de las confusiones en que generalmente se ha caído al abordar la cuestión. No interesa averiguar ahora aquí si por su parte no caía Vaz Ferreira en otras confusiones o impropiedades, tal vez evidenciadas a la luz de la ciencia física posterior. Lo cierto es que a través de los sutiles análisis de aquellas páginas, el objetivo metafísico se va distanciando cada vez más, dominado el autor por la pasión lógica —una lógica profundamente enraizada en la psicología— que lo retiene en la inacabable tarea de mostrar planteamientos y razonamientos equívocos o erróneos. En el camino de la metafísica, el lógico constitucional se descubre a sí mismo, y su manera lógica, la “lógica viva”, queda fundada. Este es a nuestro juicio el significado mayor de *Los problemas de la libertad*.

“La idea directriz de este libro —decía en la introducción— es que en esta cuestión tradicional ha habido un progreso y se ha llegado a un acuerdo mucho mayor de lo que se cree; y que lo que impide ver este progreso y este acuerdo es la *inercia histórica del problema*, traducido en este caso por la tendencia a tratar muchas cuestiones distintas como si fueran una sola”. Separar cuestiones confundidas, distinguir, analizar, he ahí su gran tarea.

La distinción comenzaba ya en la formulación del asunto. “Debo acusarme a mí mismo —escribió más tarde— por haber titulado mal mi libro, que en verdad debió llamarse *Los problemas de la libertad y los del determinismo*, puesto que lo principal era distinguirlos...” Lo principal era distinguir unos problemas de otros; pero una vez de haberlo hecho con todo cuidado, prosigue la tarea mostrando las numerosas confusiones que han resultado de no haberse partido de aquella distinción básica.

Que esa tarea de profilaxis lógica era lo que le importaba esencialmente, lo declara él mismo, en cierto momento: “Hacer nuevos argumentos, descubrir aspectos nuevos, es necesidad secundaria al lado de la esencial de deshacer las confusiones...” Esas confusiones, es en el terreno psicológico donde las persigue, apasionado cada vez más por las relaciones entre la psicología y la lógica de la inteligencia, por los problemas que suscita la fatal inadecuación entre el pensamiento y el lenguaje. Es así como en el desenvolvimiento de esta obra —y el hecho merece ser observado— se va generando lentamente la *lógica viva*: “A cada momento siento la necesidad de interrumpir mi exposición para insistir sobre esto: Los análisis, en la forma en que los hago, en la forma en que forzosamente hay que hacerlos, por medio del lenguaje, esquematizan, y presentan el estado mental de confusión, distinto de lo que es en la realidad psicológica...” Al fin, aparece en esta obra por primera vez la expresión *lógica viva*, así como aquella otra que era para él sinónima: *psico-lógica*.

En 1910, recogiendo un curso dictado el año anterior, publica la *Lógica viva*. Explicaba en el prólogo que no era aquella sino el esbozo de un libro que quisiera realmente escribir, haciendo “un análisis de las confusiones más comunes, de los paralogismos más frecuentes en la práctica.

tales como son, no tales como serían si los procesos psicológicos fueran superponibles a sus esquemas verbales. No una *Lógica*, entonces, sino una *Psico-Lógica*...” Y en definitiva, lo que concibe “no es un libro, sino un tipo de libros que podrían escribirse en número indefinido, porque su materia es inagotable”.

Del punto de vista estrictamente lógico, Vaz Ferreira procedía de Stuart Mill, autoridad indiscutida en la materia, en la Universidad spenceriana en que se había formado. Pero sobre ese basamento iba a operar una concepción de la vida psíquica, que no era ya la asociacionista y atomista de Mill y el positivismo en general, sino la nueva traída entre otros por Bergson y James. Aquella que refería lo psíquico, no ya a los esquemas estáticos de la materia sino a la imagen cambiante y dinámica de la vida. Esa nueva concepción, tanto como a la psicología misma, había fecundado a la teoría del conocimiento y aun a la metafísica. En Vaz Ferreira influirá especialmente en el pensamiento lógico y moral, dando por fruto una *lógica viva* y una *moral viva*. Iba a ser una particular expresión, en América, de aquella *filosofía de la vida*, en el sentido de vida del espíritu, de que el idealismo del 900 hizo profesión.

La intención de la *lógica viva*, su significado profundo —repetimos lo que hemos dicho otra vez— es la promoción de un nuevo modo de pensar, más amplio, más sincero, más comprensivo que el habitual, mediante la mostración de lo *concreto*, lo *vivo* del pensamiento que se agita por debajo del *esquema verbal* en que se formula para expresarlo.

Esa labor la lleva a cabo a través de abundantes ejemplos tomados de las maneras más habituales y comunes de discurrir, que analiza con verdadera maestría, persiguiendo hasta en sus más sutiles encondrijos el verbalismo y la falacia. Desfilan así los sofismas de falsa oposición; la confusión, por un lado entre cuestiones de palabra y cuestiones de hecho, y por otro entre cuestiones explicativas y cuestiones normativas; los paralogismos de falsa precisión y de falsa sistematización; la confusión de planos mentales; la ilusión de experiencia; los riesgos y errores en el campo de las clasificaciones y las definiciones o en el valor y uso del razonamiento; las interferencias entre la psicología y la lógica de las discusiones; las falacias verbo-ideológicas.

Error, confusión, verbalismo, paralogismo, sofisma, falacia, he ahí términos profusamente reiterados para denominar a los adversarios que combate. Los busca y acosa, no en cuanto entes de razón en los cuadros abstractos de la lógica formal, sino como vivientes personajes de carne y hueso que pululan a nuestro alrededor. No es la pasión purista del raciocinio perfecto de un profesor de lógica, lo que lo lleva a ello. No es tampoco el simple deseo de volver más claro y exacto el pensamiento, por la mera eficacia pragmática de su claridad y exactitud. Sin perjuicio de eso, pero por encima de eso, lo que anhela es desarrollar e infundir un modo de pensar que *abra* los espíritus, que les dé amplitud y comprensión. Que les dé aún, autenticidad y sinceridad, desde la existencia cotidiana hasta la actividad intelectual y filosófica. Aquella lógica, que partía de la psicología, llega a ser así también —hay que subrayarlo— una ética del entendimiento. Por eso, y ahí está su alcance mayor, tenía ventanas abiertas hacia la metafísica, la filosofía de la religión y la moral.

Moral viva no llegó a ser el título de una obra de Vaz Ferreira. Pero pudo haber sido el de *Moral para intelectuales* (1909), donde preconiza una moral que sea ante todo “un estado de espíritu... un estado vivo”. Con posterioridad, a partir de un pasaje de la *lógica viva*, hablará en diversas ocasiones de *moral viva* para aludir a su concepción de la moral, una concepción contraria al criterio tradicional de escuela o de sistema, resultante, en definitiva, del espíritu de su Psico-Lógica llevado naturalmente al campo de la ética. La moral, para él, debe también liberarse de los fórmulas verbales, de las teorías y las definiciones, teniendo en cuenta, por una parte, que es imposible alcanzar soluciones idealmente perfectas para los problemas morales, y por otra, que hay una pluralidad de fundamentos posibles, igualmente legítimos, para la conducta humana: “La Moral ha sido hecha hasta ahora por sistemas cerrados, cada uno de los cuales se ha condenado a no tener en cuenta más que uno solo de los factores posibles de conducta... si pensamos no por sistemas sino por ideas a tener en cuenta —¡vean ahora cómo se nos agrandó nuestro asunto!— entenderemos que el hombre sobre la tierra tiene que *tener en cuenta*, el progreso, la expansión de la vida, el placer personal, la utilidad colectiva, etc., y todavía todas las hipótesis, posibilidades o esperanzas que se relacionan con lo desconocido. Ahora ¿cómo se combina esto en la moral viva? Nadie es capaz de presentárnoslo formulado con números o con letras; pero quien sepa pensar así, aunque sin fórmulas, será quien tenga más probabilidad de que la moral le ahonde en el alma”.

Filósofo de la experiencia, entiende que esos diversos fundamentos posibles de la conducta humana deben ser ante todo positivos, empíricos, concretos. “Vivimos sobre un planeta cuyo origen y cuyos destinos no conocemos, en un trozo limitado del universo que conocemos mal y más allá del cual no conocemos nada. Algunos hechos están a nuestro alcance; y, para los actos humanos, pueden proponerse diversos móviles”. Los fundamentos de este tipo, si bien tienen prioridad, no deben ser los únicos. Hay sitio también para los fundamentos metafísicos. Pero de ninguna manera en el sentido del dogmatismo apriorista tradicional: “la metafísica *debe* contribuir ampliamente para la moral ideológica y para la moral afectiva: pero *no tanto con teorías y definiciones*, sino por sugerencias y con la inmensa visión de las posibilidades”. Era una forma de permanecer fiel a la experiencia, en lo que, tanto como de comprobación, tiene ella de interrogante y de expectativa.

Para esa moral, la inserción de los ideales en la realidad por la acción voluntaria de los hombres, impone opciones que son a menudo sacrificios. Los ideales interfieren en la práctica. Muchas veces luchan entre sí para hacerse sitio, y cuando se realizan, es con frecuencia a costa unos de los otros. Semejante lucha ha dado lugar, al margen de las escuelas y los tratados de moral, al margen aún de los grandes reformadores, santos y héroes —“especialistas” de tal o cual ideal— a un dramático tipo de *moral conflictual* que la humanidad se ha creado históricamente y al que no puede renunciar. A partir de *Moral para intelectuales*, a lo largo de toda su vida, lo desarrolla Vaz Ferreira, explorando siempre la conciencia moral no separada de la conciencia psicológica, tal como ella aparece en concretas situaciones vitales.

La lógica y la moral *vivas*, si bien resumen o polarizan la rica reflexión de Vaz Ferreira del segundo lustro del siglo, no la agotan. Se expresan también en ese cuadro, entre otros aspectos de su pensamiento, su filosofía del conocimiento y su filosofía religiosa. Presentes cada una en diversos trabajos de ese período, culminan en la propia *Lógica viva*, ese libro clave cuya imperiosa disposición mental y espiritual atrae hacia sí y funde en una unidad los más variados contenidos.

En el campo del conocimiento, la posición de Vaz Ferreira fue la de un positivista emancipado. No encontrando él contradictores, no se dio en el Uruguay la típica polémica antipositivista de otras regiones del continente. Pero ella no tuvo lugar aun en su propio espíritu. Su pasaje a otras formas de pensamiento fue una superación más que un rechazo, una integración más que una ruptura. Formado en el seno del positivismo spenceriano que imperó en la Universidad de Montevideo a fines del 800, se alejó de sus dogmas y sus fórmulas, trascendió sus limitaciones doctrinarias, sin abandonar, no obstante, ciertas notas fundamentales que constituyeron la parte fecunda y afirmativa del espíritu positivista.

En 1908, en *Conocimiento y acción*, criticó con severidad a “los ingenuos positivistas” que quisieron reducir todo el saber a la ciencia positiva. En una conferencia posterior, sin embargo, habló de un “buen positivismo”, que entendía ser el suyo. “Porque ese término *positivismo* —decía— tiene dos sentidos: uno bueno y otro malo”. El mal positivismo era “la limitación sistemática del conocimiento humano a la sola ciencia; prohibición de salir de sus límites cerrados; prohibir al espíritu humano la especulación, la meditación, y el psiqueo afectivo, a propósito de problemas ajenos a lo mensurable, a lo accesible a los sentidos. Entonces, el positivismo, así entendido, es doctrina o tendencia en sí misma inferior, y funesta en sus efectos”.

Pero: “Si por positivismo se entiende no tomar por ciertos sino los hechos comprobados como tales; si por positivismo se entiende graduar la creencia, tener por cierto solamente, lo cierto, por dudoso, lo dudoso, por probable o por posible, lo probable o lo posible; si por positivismo se entiende, todavía, saber distinguir, discernir lo que conocemos bien de lo que no conocemos bien; si positivismo quiere decir sentir admiración y amor por la ciencia pura, sin hacer en su nombre, exclusiones, entonces el positivismo es posición buena y recomendable”. Al caracterizar así a ese “buen positivismo”, caracterizaba la que era su meditada posición personal en el problema del conocimiento, sintetizada en tres palabras de ese pasaje: graduar la creencia.

Graduar la creencia: esta expresión no tiene en Vaz Ferreira nada de ocasional. Reiteradamente mentada en sus libros y en sus conferencias, es, por el contrario, la que mejor define su actitud gnoseológica. Fue en 1908 que llegó por primera vez a ella, en *Conocimiento y acción*, al hacer su primer enjuiciamiento del pragmatismo. Surgió en su espíritu como una respuesta al “forzar la creencia” de William James. Por la personalidad y la obra de este filósofo sintió gran simpatía y mucho le debió. Pero se resistió a admitir su teoría de la verdad y el conocimiento, tal como se formula sucesivamente en *La voluntad de creer*, *Variedades de la experiencia religiosa* y *El pragmatismo*. A esas tres obras de James dedicó sendos

estudios, de 1908 a 1909, inseparables, ellos también, de aquel movimiento mental que lo condujo a la *Lógica viva*.

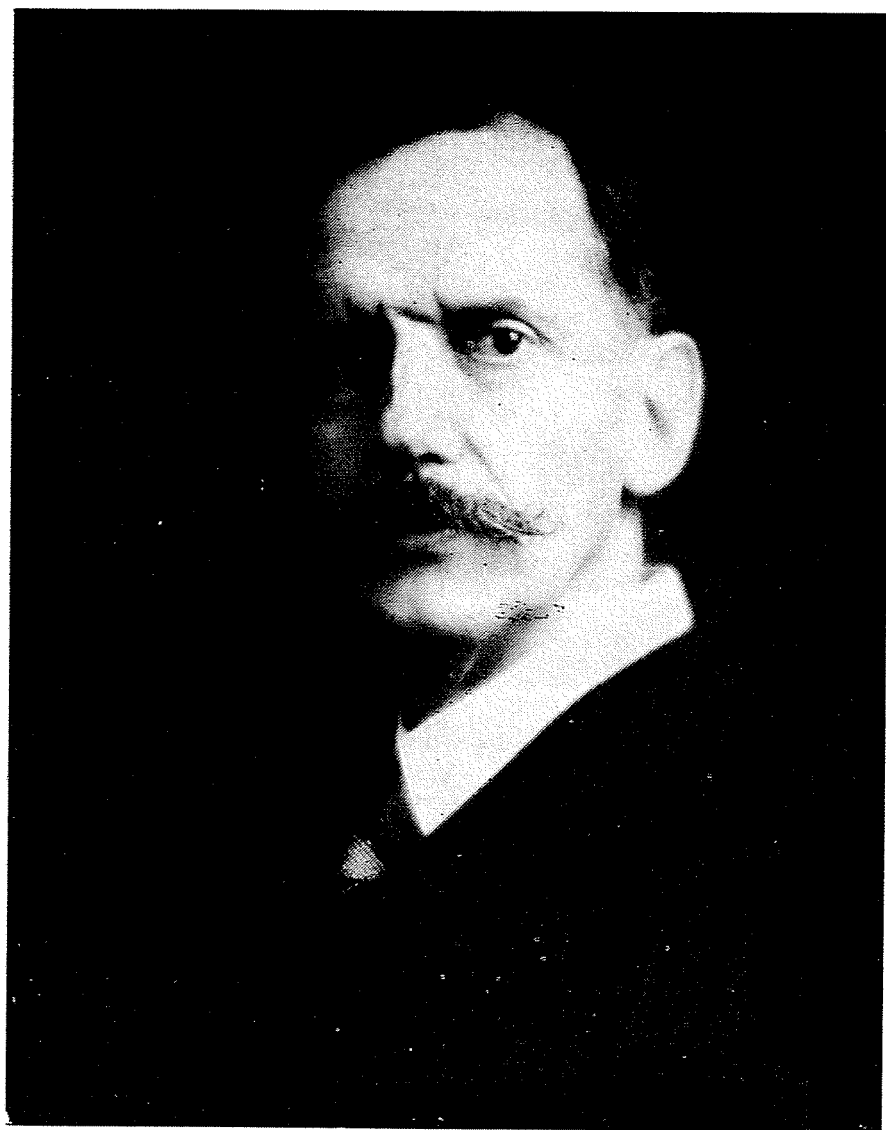
Era en estos términos que llegó entonces a su doctrina de la graduación de la creencia, en la que tanto insistirá a lo largo de toda su obra futura: "Saber qué es lo que sabemos, y en qué plano de abstracción lo sabemos: creer cuando se debe creer, en el grado en que se debe creer: dudar cuando se debe dudar, y graduar nuestro asentimiento con la justeza que esté a nuestro alcance; en cuanto a nuestra ignorancia, no procura: ni velarla, ni olvidarla jamás; y, en ese estado de espíritu, obrar en el sentido que creemos bueno, por seguridades, o por probabilidades o por posibilidades, según corresponda, sin violentar la inteligencia, para no deteriorar por nuestra culpa este ya tan imperfecto y frágil instrumento, y sin forzar la creencia".

Como ese punto de vista iba acompañado de una severísima crítica del dogmatismo, como en él se hacía un reconocimiento tan amplio de los derechos de la duda, se ha hablado a su respecto de escepticismo. Pero Vaz Ferreira observaba: "Escepticismo sugiere algo de sistemático, de seco, de estrecho también, casi de profesional; y de dogmático, sin que sea paradoja: es el dogmatismo de la ignorancia, el más incomprensible de todos. ¿Por qué hablar de escepticismo, cuando se trata de la única actitud mental en que el hombre puede conservarse sincero ante los otros y ante sí mismo sin, para eso, mutilarse el alma...?" Esa actitud que, "precisamente por ser la única lógica, la única moral, la única sincera, la única posible, no puede nombrarse con ningún *ismo*".

Con esa idea directriz de la graduación de la creencia, se relaciona en Vaz Ferreira su concepción de la metafísica. La metafísica es legítima. Es aún la más elevada forma de la actividad del pensamiento humano. Pero lo es, en tanto no pretenda tener el aspecto de claridad y precisión del conocimiento científico. Por haberlo pretendido es que la metafísica tradicional se presenta como una ilustración típica de las falacias verbo-ideológicas y del sofisma de falsa precisión. Toda metafísica que quiera tener la certidumbre de la ciencia, nos dará el error en lugar de la verdad parcial de que somos capaces. No es que el saber en uno y otro campo sea diferente por esencia. Ciencia y metafísica difieren sólo en el grado, no ya de generalidad o de síntesis, como lo sostenía el positivismo, sino de claridad y consistencia, precisión y certidumbre del conocimiento. Una vez más, graduar la creencia es aquí la solución.

Con esa idea se relaciona igualmente la posición de Vaz Ferreira en el problema de la razón. Colocado en medio de corrientes vitalistas que conducían a instintivismos, voluntarismos, antiintelectualismos y aún irracionalismos, defendió constantemente el primado de la razón en la esfera del conocimiento. Por más que esa razón deba marchar junto a la vida, sustentándose en la experiencia vital, ella ha de ser en definitiva el árbitro y el criterio de la verdad. De ningún modo, empero, una razón absolutista, como en los viejos racionalismos de la especulación apriorista tradicional. Su racionalismo, lo dice expresamente, quiere ser un racionalismo *razonable*. La graduación de la creencia debe comenzar aplicándose a la creencia en el valor y capacidad de la misma razón.

Su filosofía religiosa lleva el sello de ese racionalismo. En esta mate-



Dr. CARLOS VAZ FERREIRA

ria participó Vaz Ferreira del agnosticismo racionalista que el positivismo transmitió a las corrientes que salieron de su seno. Militó aun en el liberalismo librepensador del 900, aunque en un plano muy distinto del que se expresaba a base de oratoria y folletería contra el clero. A él contribuyó especialmente de 1908 a 1910, con diversas críticas a las religiones dogmáticas históricas, en las que no eludió referencias muy directas a hechos y doctrinas del catolicismo y el protestantismo. No obstante, insistía en dejar a salvo el sentimiento religioso, considerado en sí mismo, como actitud abierta y expectante del espíritu frente a lo desconocido trascendente. Lo trascendente *posible*, amaba decir.

Ese sentimiento religioso así entendido, no se diferenciaba sustancialmente del que le inspiraban los interrogantes metafísicos. Era la atracción metafísica lo que constituía para él la religiosidad. La duda y la oscilación en este terreno, que reconoció como integrantes de un estado mental de sinceridad y amplitud, no tuvieron en su espíritu otro significado que el de dudas y oscilaciones de naturaleza metafísica. Con su incomparable arte de la imagen precisa y llena de sentido, que fue una de las notas más felices de su estilo, expresó así esa relación: "Nuestra *religiosidad* —si quiere designarse con esa palabra el psiqueo vivo que nos atrae hacia los problemas trascendentales que accionan sobre nosotros desde más allá de la ciencia— debe quedar viva como una llama en espacio abierto: de esa llama, la razón es la parte externa, más clara; el sentimiento, la parte interna, más oscura y más caliente. Los dogmas son la ceniza. Quitemos la ceniza, y no dejemos ahogar la llama: el aire libre la hace oscilar pero la alimenta".

5. Su magisterio después de 1910

Después de 1910, después del intenso período que le precedió, el pensamiento de Vaz Ferreira se va a producir y desenvolver conforme a otro ritmo, en la plenitud de su madurez personal y de su magisterio histórico.

Al llegar a aquel año, su palabra y su nombre han alcanzado en el país una enorme autoridad. Es una figura nacional. En un medio dominado por los valores políticos, varias iniciativas tienen lugar para llevarlo al parlamento. Ajeno a los partidos tradicionales, llegó a ser candidato liberal en una efímera incursión electoral del liberalismo religioso en coalición con el socialismo naciente. Pero su destino estaba en la cátedra. La ya mencionada de Maestro de Conferencias, condicionaría a partir de 1913 la naturaleza y la forma de su actividad intelectual.

Los próximos libros de Vaz Ferreira se van a integrar con la versión de conferencias dictadas en esa cátedra en distintas épocas y sobre distintos temas. Tienen ese carácter todos los que publicó en los veinte años siguientes. Si prescindimos de los que consistieron sólo en reedición o reordenación de trabajos anteriores, esos libros fueron: *Lecciones de pedagogía y cuestiones de enseñanza* (1918), que ya hemos citado al hablar del pedagogo. *Sobre la propiedad de la tierra* (1918). *Sobre los problemas sociales* (1922). *Sobre feminismo* (1933). Este último recogía conferencias pronunciadas varios años atrás.

Como puede verse, el tema propiamente filosófico, dominante hasta 1910, está ausente de la bibliografía vazferreiriana en este nuevo período. Es la doctrina pedagógica por un lado, la filosofía jurídica y social, por otro, lo que ocupa ahora su pensamiento. Circunstancias muy personales de su evolución espiritual pueden dar razón de su prolongado silencio en materia de filosofía pura. En cuanto a su orientación hacia temas de orden sociológico, se vincula muy estrechamente con la etapa histórica que entra a vivir el país, precisamente a partir de la época en que él llega a la Cátedra de Conferencias.

Esa etapa fue de acelerada transformación económica y social. Lo fue también de discusión muy viva en el terreno político y parlamentario, en torno a la acción histórica de Batlle y Ordóñez, de los grandes problemas contemporáneos planteados por los dualismos de capital y trabajo e individuo y sociedad. Desde su cátedra, Vaz Ferreira cooperó a su esclarecimiento. Lo hizo, desde luego, en un plano de doctrina, al margen de las candentes polémicas del día. Pero poniendo en sus análisis el poderoso sentido de lo concreto y el agudo criterio práctico y realista que fueron características constantes de su pensamiento. Poniendo además, y por encima de todo, el cálido humanismo de su conciencia moral, su conmovedora confianza en las que llamaba soluciones de libertad y de piedad.

La defensa de la libertad cobraría todavía, en su palabra, en su pluma, y hasta en sus actos, una significación cívica muy directa, a raíz del golpe de Estado de 1933 y sus consecuencias. El Maestro supo estar entonces al nivel de su estatura histórica, condenando la subversión y presidiendo con su nombre la resistencia moral de la Universidad. La crisis nacional de las instituciones, coincidió con el avance en el mundo de las corrientes anti-democráticas. Reclamado por esa doble realidad, pasando de las instancias activas a las teóricas, se aplicó en su cátedra, con profundidad y fervor al mismo tiempo, a la tarea que llamó de "recimentación de la democracia". Paralelamente desarrollaba una optimista tesis sobre el progreso moral de la humanidad, sosteniendo que, pese a las marchas y contramarchas de la especie, ese progreso es más seguro que el progreso intelectual.

Fue en medio de esas circunstancias que en 1938 dió a la estampa un libro, el célebre *Fermentario*, llamado a ocupar en su producción un puesto singular. Como libro, es el primero, después de la *Lógica viva* de 1910, cuyos temas se muevan en el ámbito de la filosofía general. Vaz Ferreira mismo sintió que con él regresaba a su auténtica manera de filósofo. Explicándose, le antepuso un prólogo con referencias autobiográficas, desbordante de interés humano.

Sin embargo, ese libro tan rico, tan sugestivo, no marca, como pudiera suponerse, una nueva etapa o un nuevo aspecto de su pensamiento. Desvinculado por completo del doctrinarismo filosófico contemporáneo, es un fragmento, o un conjunto de fragmentos, de aquel su intenso ciclo filosófico del segundo lustro del siglo que hemos puesto de relieve más arriba; lejanas chispas de aquel fuego. En lo que tiene de creación, es, aunque lo integren páginas de distintas épocas, un momento de la conciencia de su autor a principios del novecientos. Nada de esto retacea sus valores intrín-

Sobre religiones...

No sólo el alma humana pedía alguna, ~~ni~~ ^{no} que hasta hoy vivió, que pareciera pedir alguna: notadamente la biología, porque los ^{teorías} explicaciones propuestas para explicar las transformaciones y las estructuras, a pesar de sus bases racionales y experimentales, no obtienen completo éxito en la explicación de tantos hechos y detalles...

En cambio ^{la astronomía,} otra ciencia tiende, en cambio, a desarticular las religiones existentes: ^{De esto se} que conocemos más, ~~no~~ ni siquiera estaba, en sus principios, ni siquiera en escala con la tierra; y la humanidad, para armonizar ~~el~~ razón y esperanza, recurre a una religión en escala con las galaxias...

secos, que son muy grandes, al punto de colocarlo entre las piezas más importantes de la bibliografía vazferreiriana.

Vemos a este libro como una segunda edición "aumentada", para decirlo con la consabida fórmula de los manuales, de *Conocimiento y acción* de 1908. Muchos de sus fragmentos figuraban ya allí. Es, por otra parte, después de aquél, el único que no tenga el carácter de versión de cursos o conferencias. Y todavía, no es propiamente, como no lo era aquél, un libro, en el sentido de desarrollo estructurado de un tema. Compuesto de notas breves, reflexiones, aforismos y algún ensayo, responde al mismo propósito que había inspirado a su antecedente: ofrecer de una manera libre, sin sujeción a ningún plan, reacciones circunstanciales frente a hechos, experiencias o lecturas.

Proponía Vaz Ferreira en 1908 que los autores acostumbraran a dar así periódicamente, a modo de revistas personalísimas, al margen de sus libros elaborados, toda aquella parte de su pensamiento que no encajara en los marcos de éstos. Fue en función de ese propósito que echó a andar entonces dos términos llamados a hacerse famosos en el léxico vazferreiriano: *psiqueo* y *fermento*, estrechamente ligados los dos con aquella "Pico-Lógica", desdoblada en "lógica viva" y "moral viva", que por los mismos años lo ocupaba.

Siempre el inevitable desajuste entre el pensamiento y el lenguaje: "Lo que expresamos no es más que una mínima parte de lo que pensamos". Y lo que pensamos "es una mínima parte de lo psiqueamos". De ahí, para él, la importancia del pensamiento no fijado aún, captado en su dinamismo viviente, en su estado "fermental". Este último término —que ya se encontraba en las páginas de *Ideas y observaciones*, de 1905 —recorre todos sus libros y conferencias, se explaya en sus doctrinas pedagógicas y al final constituye el título de su volumen de 1938, *Fermentario*, concebido como el de 1908 para recoger "el psiqueo antes de la cristalización: más amorfo, pero más plástico y vivo y fermental".

Esta obra que no sólo en su intención, sino hasta en su estructura y en buena parte de su texto, arranca de treinta años atrás, resulta de múltiple interés. Se encuentran en ella muchas de las ideas fundamentales de Vaz Ferreira sobre muy diversos asuntos. Se encuentra además, en una de sus manifestaciones más depuradas, su típica manera de filosofar, rebelde al abstraccionismo, a la precisión y a la sistematización, de donde su estilo de confianza psicológica y su forma voluntariamente fragmentaria, abierta, inacabada; el psiqueo fermental. Constituye, en fin, tanto por su contenido como por las circunstancias de su aparición, un precioso elemento de la biografía espiritual del Maestro.

En 1939 y 1940, en lo que constituyó su única actuación intelectual fuera del país, dictó algunas conferencias en Argentina, entre las cuales, varias sobre *Trescendentalizaciones matemáticas ilegítimas* y *La actual crisis del mundo desde el punto de vista racional*.

Son excelentes muestras de su pensamiento, unas en el campo de la filosofía teórica, las otras en el de la filosofía práctica. En las primeras apuntó a un tema favorito suyo, el de las relaciones entre filosofía y ciencia, uniendo a las cuales concebía una riesgosa zona intermediaria frecuentada

por cultivadores de uno y otro saber. En las segundas hizo la confrontación de las ideologías del mundo contemporáneo con aquellas de la época en que su generación se formó; más que las realidades históricas sociológicamente analizadas, fue el juego de las tendencias económicas, sociales y políticas, visto con criterio lógico al mismo tiempo que moral, lo que abordó allí.

Desde entonces, en el orden teórico, Vaz Ferreira se concretó a proseguir sus conferencias, con la declarada preocupación de reunir y editar las numerosas que permanecían inéditas. Llegó a dar comienzo a esa tarea que la muerte ha dejado inconclusa.

6. Influencia y carácter de su obra

Por muchos motivos, el nombre de Vaz Ferreira aparece históricamente asociado al de Rodó. Forman ambos una pareja de pensadores que corresponde en el Uruguay a las que, de modo curioso, dio la generación del 900 —tomada con alguna amplitud— en varios países del mundo de lengua española: Unamuno y Ortega en España, Caso y Vasconcelos en México, Korn e Ingenieros en Argentina.

Como ellos en sus respectivos países, Rodó y Vaz Ferreira encarnan en su hora en el Uruguay un tipo de hombres de pensamiento, de vocación pedagógica en el sentido más profundo del vocablo, que fundan una forma nueva de cultura humanista y gravitan poderosamente en la evolución espiritual de la nacionalidad. Casi de la misma edad, con un año apenas de diferencia, la actuación de uno y otro fue concurrente, por las circunstancias históricas en que se movieron, por la afinidad de sus directivas ideales y hasta por la parecida naturaleza moral de sus caracteres. Un mismo tono ético, tan pleno de dignidad y de nobleza como sus propias vidas, enaltece a sus mensajes. Cada vez que el país se vuelva sobre sí mismo en el orden de la cultura intelectual, inevitablemente se encontrará, como excepcional privilegio, con sus grandes imágenes rectoras.

La influencia de Vaz Ferreira, por los terrenos en que él actuó y por lo dilatado de su vida, tuvo, desde luego, otro calado y otra extensión. Difícilmente se podrá hacer cabal idea de ella fuera del Uruguay. Y en el Uruguay mismo, no será fácil por mucho tiempo apreciarla con la suficiente perspectiva, penetrados a fondo de ella como se hallan, tantos espíritus, ambientes e instituciones. En 1952, al cumplir el Maestro ochenta años de edad, el país entero le rindió extraordinarios homenajes por intermedio de centros intelectuales, científicos y artísticos, autoridades educacionales y poderes públicos. Las dos ramas legislativas se reunieron en sesión especial para oírle una conferencia de doctrina política. No se ha dado con seguridad, en América, un caso de influencia semejante, en parte por los rasgos de la personalidad y la obra de Vaz Ferreira, en parte por las características del medio nacional, reducido y homogéneo, en que le tocó actuar.

En lo que a la obra filosófica se refiere, habrá que distinguir en ella dos grandes aspectos. Por un lado, el modo mismo de filosofar; por otro las ideas y doctrinas que ha dejado.

Su modo de filosofar se halla configurado, más que por un método propiamente dicho, en el sentido de la lógica aplicada, por una actitud de espíritu y un estilo de expresión. Su actitud de espíritu es tal vez, de sus legados, el de aprovechamiento más universal en la incipiente cultura filosófica de nuestra América. Esa actitud fue de amplitud y comprensión, pero por encima de todo de libertad espiritual. Practicó y preconizó una reflexión con independencia de escuelas y sistemas, yendo directamente a los problemas en sí mismos, tales como la realidad los plantea. Ejemplo y lección para la inteligencia latinoamericana, tan dispuesta a filosofar partiendo de las doctrinas recibidas, que muy a menudo encierran ya "hechos", más todavía que a las soluciones, a los propios problemas.

En cuanto a su estilo de expresión, inseparable de su modo de filosofar, tiene mucho de personalísimo, derivado de su intransferible naturaleza intelectual. Fue intrínseco de ésta el manifestarse de preferencia, ya que no siempre, en forma discontinua, por reflexiones parciales, en esbozos o meras insinuaciones muchas veces, de un pensamiento que deliberadamente quedaba sin conclusión. El "psiqueo" y el "fermento pensante", que le fueron tan caros, resultaban de esa modalidad personal imposible de imitar. El hecho mismo de que la gran mayoría de sus libros sean versiones de conferencias y cursos, "libros hablados" más bien que escritos, obedece también a una exigencia íntima antes que a obligadas circunstancias materiales: era esa su más genuina y espontánea manera de comunicarse.

El fragmentarismo, el "fermentalismo" y el coloquialismo, limitaron, quizá, muchas de sus posibilidades en determinados órdenes de la creación filosófica. Pero pusieron en su obra una riqueza intelectual, una carga afectiva y un poder de incitación, en los que estuvo y seguirá estando el secreto de su enorme sugestión.

El otro aspecto de la obra filosófica de Vaz Ferreira, su contenido doctrinario, el pensamiento que aportó considerado independientemente de su modo de filosofar, está dicho ya que no se halla constituido por un sistema, y ni siquiera por teorías en el sentido tradicional de la expresión. Está constituido, puede decirse, aplicando a la totalidad el título de uno de sus libros, por un vasto conjunto de *ideas y observaciones*. Al margen de las adhesiones o los reparos que ellas puedan suscitarlos, al margen de las reposadas valoraciones críticas que habrá que hacer, debe reconocerse que forman un verdadero monumento de la cultura continental. En las páginas anteriores hemos apuntado algunas de las que hemos creído más importantes o definidoras. Apenas podrán tales apuntes sugerir una imagen de su conciencia filosófica. El pensamiento "se hiela" en los resúmenes, lo decía él mismo. Y tanto más un pensamiento como el suyo, al que no le faltó nunca el calor inalterable de su espíritu, el acento inconfundible de su palabra viva.

ARTURO ARDAO

París, 1958.

Pasos del Recuerdo

(*Para una iconografía de Carlos Vaz Ferreira*)

Siempre he tenido una íntima resistencia frente a la anécdota: en primer término, a causa de mi seguridad de que ella está siempre superada por la categoría cuyo esplendor puede turbar. Luego, porque la versión de lo anecdótico requiere un delicadísimo elegir entre lo más significativo, y una fidelidad difícilísima, sobre todo en lo que respecta al acento de los seres evocados, al ambiente que los rodea, al espíritu mismo en que los hechos se apoyan.

Y aun se agrega, a estas dificultades, una, estilística, que padezco en lamentable grado, mi incapacidad para la narración.

Trato de vencer esta resistencia en el caso, para dar una respuesta a mi noble amigo Arturo Ardao, empeñado en registrar huellas del Maestro Carlos Vaz Ferreira. La calidad personal de Ardao, su decoro intelectual y su rectitud de intención, me llevan a quebrantar, en parte, mi norma anti-anecdótica y mis prevenciones, cada vez más firmes, contra la crítica biográfica. En medio de sus más claros y convincentes pasajes sobre ese tipo de exégesis, Eugenio D'Ors recuerda estas sabias palabras de Bergson:

“Es un error capital el de nuestra época, que pretende a veces reducir una obra a las anécdotas sobre la vida del autor. Esta reducción del pensamiento falsea la crítica. Reducción cuanto más reprehensible cuanto que un método ha salido de ella, que consiste en establecer, cueste lo que cueste, un paralelismo exacto entre el contenido de una biografía y la esencia de una obra. Las mejores informaciones concernientes a una obra nos son dadas, después de todo, por la obra misma”.

Esbozadas, así, mis reservas, digo a Arturo Ardao algunos recuerdos de mi diálogo con Carlos Vaz Ferreira. Y no he querido marcar la dificultad fundamental de esta evocación: la más íntima, ligada a la nostalgia desgarrante que me invade el alma, cuando siento más y más el vacío dejado en el mundo por la desaparición de aquel amigo, ejemplo de Maestros, custodio del Espíritu, cuya falta padece —por visibles e invisibles heridas— nuestro país.

Aprendí a conocer a Vaz Ferreira en mi adolescencia. Había oído hablar de él desde niña en el ambiente familiar en que se le respetaba como pensador y pedagogo, desde una distancia que acentuaba las perspectivas para mi asombrada visión.

Luego en el aire encantado de mi amistad con María Eugenia, de quien era yo discípula fervorosa, con una adhesión casi filial, el nombre

y las evocaciones de Carlos Vaz Ferreira se acercaban a su verdadero tono, a su intimidad familiar. María Eugenia, con aquella persuasiva fuerza, ya escondida, ya revelada en su melodiosa voz, afirmaba categóricamente la entidad genial de aquel hermano tan semejante y tan distinto, tan ligado a ella, según pude yo saber después, por infinitos matices que se relacionaban con un rasgo común eminente: la calidad personal con que en ambos se daba el más singular concierto de fuerza y delicadeza.

Comencé a concurrir asiduamente a sus conferencias. Pude hacer versiones fieles de las mismas, que puntualmente se publicaban en "El Ideal", diario de la época. Supe, con alegría, que a él le gustaban y que las consideraba buenas.

Mi atención se repartía, con cierta angustia, con verdadera sed, entre las palabras que yo debía registrar y el acento sutil con que el Maestro las decía: y aun deseaba yo seguir los gestos característicos, la mirada emocionante, todo lo que constituía el espectáculo inolvidable de aquel hombre pensando, de aquella presencia tan noble y viva, tan segura y tan temblorosa a la vez.

Lo veía en la cátedra y pensaba en aquel Vaz Ferreira adolescente que deslumbrara a su profesor en el aula de Filosofía. El doctor Abel Pinto, recién llegado a dictar sus clases, después de oír una disertación del joven estudiante sobre la Conciencia, renunció al cargo, aduciendo que no podía desempeñarlo pues había en la clase un estudiante que lo aventajaba en saber. Esa anécdota de Vaz Ferreira estudiante se complementa con otra reveladora de Vaz Ferreira profesor, que él mismo me refirió. Se encontraba en un sitio esperando que llegara alguien a atenderlo y darle una merienda. Y como nadie se le acercara, una persona instalada en una mesa próxima se le acercó diciéndole: "Vd. ha sido profesor de mi hijo. Desde entonces mi hijo siente veneración por Vd. Hasta tiene su retrato en su habitación. Permítame que yo le sirva su merienda. Es lo menos que puedo hacer por un profesor que ha hecho tanto bien a mi hijo".

Los dos anécdotas, bien expresivas, cobran más fuerza cuando se piensa que ellas se refieren a un hombre modesto, de vida casi escondida, de tonos apagados, de un estilo auténtico, sin énfasis, de una sobriedad y de una sencillez sostenidas a lo largo de una vida de sacrificio y renunciamento.

Esta dignidad, así como su timidez y su delicadeza, le daban un carácter solitario y creaban una dificultad para acercársele. El respeto que despertaba, tanto por su admirable entidad como por los signos de su sensibilidad delicada y sufriente, era un respeto aislador, que siempre nos hacía pensar en aquel destino solitario de los grandes seres, tal como lo dijo Alfredo de Vigny en el simbolismo de su inolvidable poema Moisés.

Recordaré siempre el momento en que me acerqué por primera vez a Carlos Vaz Ferreira. Era en días de estío, en el Hotel Miramar, junto a la orilla límite de Montevideo. Se realizaban allí torneos de ajedrez, a los que asistían los más notables competidores del mundo. Vaz Ferreira asistía como espectador, con su atención inteligente y profunda, con sus ojos enterados, y ese aire a veces ausente que contrastaba con una activa, impresionante intervención en los acontecimientos.

Después de muchas dudas yo resolví acercarme y decirle quien era.

No olvido el tono de su voz, ni la gracia con que reiteró mi presentación: ¿Es Vd. la mismísima Esther de Cáceres?

Desde ese momento comenzó nuestra amistad y nuestro diálogo. Y ya en ese día recibí esta lección directa, tan suya, plena de sabiduría y de libertad: Como me invitara a ir a escuchar música y me anunciara algunos discos que oiríamos, cuando habló de Canto Gregoriano yo le dije que mi deseo más vehemente era que mis poemas fueran semejantes a esa expresión lineal y desnuda en la que creo se da lo mejor del alma.

El, mirándome con aquellos ojos húmedos, inteligentes y tiernos, me dijo lentamente: "La mejor manera de escribir poemas es escribirlos tal como nacen..."

Después de ese encuentro, empecé a asistir a las reuniones que se realizaban en la quinta de Atahualpa, en aquella sala de Música desde la que se veían el dulce atardecer o la noche sombría, los altos antiguos árboles, las flores de cada primavera.

En aquella sala de aire embelesado reencontraba yo la presencia de Vaz Ferreira: era el de la Cátedra; era el de su austera habitación del Ateneo; era el de los encuentros cordiales en algunas salas de un Montevideo que ya desaparece.

Pero era más íntima, más entrañable; acentuaba en mí las impresiones que de esa presencia recibía en otros sitios; —y en sus libros!—; y, en cierto modo, explicaba al Carlos Vaz Ferreira que veíamos en la acción o que sentíamos en las páginas por él escritas.

Quizá este era el ámbito en que era más él mismo, en que se sabía más él mismo — junto a sus gentes, cerca de sus libros; oyendo su más amada música y su más amado silencio.

De vez en cuando la dulce voz se asomaba a este silencio. Y era siempre para decir algo significativo, libertado de lo convencional, en un aire de lenguaje vivo y como recién nacido. Esta expresión, original, plena de naturalidad y libre de toda inercia, era uno de los rasgos fundamentales de Vaz Ferreira. Aparece en su estilo de escritor como aparecía en sus clases, en sus discursos o en su lenguaje conversacional. Y siendo tan natural y tan espontáneo, tan evidentemente ligado a lo más intrínseco del ser, este rasgo se vinculaba a una voluntad estilística y a una moral de la expresión que podría haber inspirado el capítulo que tantas veces quisiera leer en *Moral para intelectuales*: un capítulo sobre moral del lenguaje.

Recuerdo un momento en que esta libertad con respecto a las inercias del estilo coloquial se me hizo bien patente. Llegaba yo a una reunión musical en la casa de los Yéregui y lo encontré rodeado de varias personas, ante las cuales me acerqué a saludarlo, preguntándole según la frase habitual: "¿Cómo está Vd?" Y me contestó, revelándome el contraste entre la frivolidad de mi pregunta y de mi acento y la gravedad que en sí entrañaba tal frase: "¿Puede alguien, acaso, saber cómo está?"...

Este lenguaje personalísimo era una de sus características fieles. Y así como da luz original a su prosa, de rasgos aun no estudiados, invadía con tranquila gracia su conversación habitual. Con ese léxico tan vivo, acompañado por una voz de aterciopelados matices, podía conmovirse siempre: y sobre todo cuando hablaba de personas queridas, cuando evocaba momentos emocionantes de su vida íntima, en aquel tono profundo y delicado, confesional, con que escribió la dedicatoria de *Fermentario*.

Pasaron muchos años sin que pudiera él hablar de María Eugenia. Hasta evitaba decir su nombre grave y glorioso, sustituyéndolo por "la que no puedo nombrar", que a todos nos impresionaba, como si se doblase el gran vacío dejado por la muerte de la autora de *La Isla de los Cánticos*. El había recogido sus poemas; había concertado con ella la selección rigurosa que en ese libro se nos da. Había discutido la inclusión de *Unico Poema* que felizmente está en el libro resplandeciendo con su misterio como una de las obras más significativas de la poesía de nuestra lengua. En la breve hoja que con discreción y humildad emocionante agregó Vaz Ferreira a la primera edición de ese libro, él refiere el proceso antológico. Y fue tan fiel a aquella voluntad de su hermana que se constituyó en un custodio rigurosísimo del libro. Recuerdo la ocasión en que mi amigo Gonzalo Losada me encargó de una segunda edición de *La Isla de los Cánticos*. Debía yo cuidar de ella y escribir su prólogo. Fui una noche a la casa de Vaz Ferreira a hablarle de esto. Aquello fue como un incendio. Reaccionó violentamente. No podía de ninguna manera pensarse en esa edición; había que respetar estrictamente la voluntad de María Eugenia. Yo le aseguraba que el libro aparecería exactamente igual al de la edición primera. Él, agitadoísimo, recordaba casos en que los editores no eran fieles... ¡Podía hasta cambiarse un signo!... Y sorpresivamente me dijo: "Si ese libro aparece, tendré que suicidarme".

Ante lo cual yo, consternada, le aseguré que el libro no saldría. Y cancelé mi compromiso con el editor. Sólo después de muchos años accedió a que yo cuidase la edición aparecida en la Biblioteca de Clásicos Uruguayos. Pero el recuerdo imborrable ha quedado: el recuerdo de aquel apasionado celo de un custodio fiel que compartió, con la maravillosa artista, el sentido más severo de la creación poética y los trances más sacrificados y ejemplares de la Moral de la expresión.

El recuerdo de María Eugenia fue aquietándose y floreciendo luego a través de los años. Algunas veces se pudo hablar de ella. Y así supe algo de lo cercano a su muerte: el último viaje, ya en camino del Sanatorio en donde se apagaría aquella noble vida. María Eugenia quiso que su hermano la llevase antes hasta la antigua quinta de Mendilaharsu, para ver a su más querida amiga sumergida en el gran dolor por la muerte del poeta. Inútil viaje: hubieron de volver, entre los altos árboles a la calle que María Eugenia recorrería por última vez. ¡Sólo silencio y sombra en la casa enlutada!

Y después de breve tiempo, muerta María Eugenia, Vaz Ferreira debe ocultar a su madre esta pena. Tiene que ir todos los días a verla; y cada día llevarle un recado imaginario de la que ya no está en el mundo; recoger la contestación, que no tendrá destino; inventar la composición de este raro diálogo en los umbrales de la muerte... Hasta que la madre se apagó.

Con otros registros de su voz y de su alma narraba una anécdota muy singular en que aparece él, muy joven, frente a su abuela. Ella se declaraba católica, y a la vez afirmaba con fuerza la inexistencia del Infierno. "Yo, que tenía ya dentro de mí el diablillo de la Lógica insistía: Hay allí una contradicción: no puede ser católica y negar la existencia del Infierno".

La señora había sufrido triste trance: su padre había abandonado casa y familia cuando ella y sus hermanos eran muy pequeños. La madre, heroica, tuvo que enfrentarse con todas las dificultades de esa soledad. Y ese lejano recuerdo se exaltaba cuando el nieto insistía sobre la grieta que descubría en su ortodoxia. Hasta que cierta vez, golpeando enérgicamente sobre la mesa, la abuela expuso con rigor silogístico: "Soy católica y no creo en el Infierno. Porque si creyese en él tendría que admitir que mi padre (aquí el largo nombre dicho por mi interlocutor con pausa que demoraba tácticamente el desenlace y creaba una expectativa intensa)... tendría que admitir que mi padre está en el sitio más ardiente de ese Infierno. Y como una hija no puede aceptar que su padre esté en tal sitio he resuelto que no hay Infierno..."

Todo no era apacible en la relación con Carlos Vaz Ferreira. A veces un forcejeo de almas, que fatalmente se establece entre seres intensos, venía a turbar el encanto de la amistad feliz.

Entonces él aparecía, más que siempre, con su carácter fuerte e indomable. No he conocido ningún ser en que se concierten de modo tan extraño y subido la dulzura y la acerada firmeza.

Recuerdo instantes de gran sufrimiento en aquella isla gentil de nuestra amistad y nuestro diálogo.

En una pausa, en su sala de música, le dije cierta vez: "No puedo encontrar los poemas de Verlaine que se han grabado". (Me refería a la bella versión de Debussy, que él me había dado a escuchar en una de sus sesiones de música). Su bondadosa actitud se trocó súbitamente por un gesto violento y una violenta frase: "Mejor es que no encuentre eso. Se dejarán así de literatear..." Yo estaba absorta y desconcertada: entendí por fin que él creía que yo no encontraba el libro de versos de Verlaine y le repliqué: "El libro, claro, lo tengo siempre. ¿Piensa Vd. que podría vivir ni un minuto sin tenerlo?" Entonces él, ante la violencia de mi respuesta, me tomó de la mano, me llevó a un rincón de la sala contigua y me obligó a oírle esta frase:

"¿Quiere que le repita lo que Verlaine escribió a su mujer?"

Yo estaba consternada. No entendía ni quería entender. Y él, a intervalos casi medidos, volvía a insistir:

"¿Quiere que le repita lo que Verlaine escribió a su mujer?"

Por fin recordé, vagamente, el episodio, y mi lectura remota de las cartas familiares del poeta. Entonces, con una ágil y violenta reacción, le dije: "Sí, sí: ya sé todo eso. Pero él sufrió mucho, y estoy segura de que está en el Cielo".

No sé decir el amargo asombro que se reflejó en su cara. Ni el aire desolado con que contestó, mirándose tristemente a sí mismo, y mirando a su esposa (que estaba sentada en el sitio habitual donde, con delicadeza y dignidad inolvidable, asistía muchas veces a la reunión):

"Si es así, no sé cómo mirarán allá arriba a la buena criatura..." Y parecía un niño a punto de llorar...

Muchos días pasaron sin que yo volviera a la sala de música. Sufría mucho con esta severidad de juicio, con esta intolerancia inexplicable en

un ser que dijo: "Hombres sin pecado existen: pero no son esos los que tiran piedras a los pecadores".

No atiné a otra salida que la que me pareció y me parece la mejor que podía ocurrírseme: pedí que se rezase una misa por el alma de Verlaine, y con el Poeta Casaravilla Lemos —gran "sentidor" de la Caridad— asistí al oficio sagrado.

Cuando una tarde volví a la casa de Atahualpa, ya apaciguado mi enojo y mi pena, Vaz Ferreira me reprochó la ausencia. Yo quise explicarla: "Es que estaba yo muy triste (para no decir "enojada" con Vd.)"

Y él, tenaz como siempre, afirmó: "Vd. ya sabe que para mí contarán siempre los valores éticos sobre los estéticos".

Años después, en un almuerzo con Francisco Espínola, volvió el tema. Yo conté mi disgusto, el acto de la Misa, mi adhesión entusiasta a aquel Verlaine sufriente y maravilloso. El reiteró su repulsa: pidió que yo me apartara un momento para decir por fin a Espínola la palabra aquella agravante con que Verlaine increpara su mujer... y por fin liberados de esto seguimos oyendo a Espínola, que hablaba de la Eneida. Escuchándolo, una paz feliz vino a aclararnos y a libertarnos de aquella densa nube triste que se asomara al cielo de nuestra amistad. Espínola, en esas reuniones periódicas, comentaba a Homero y a Virgilio. Vaz Ferreira y yo lo oíamos con deleite. Y el Maestro, que sostenía el valor genial de esas glosas, terminaba diciéndome: "Lo llevaré a que diga todo eso en la Facultad de Humanidades". Así fue para bien de quienes pudieron recibir en el aula de Análisis y Composición Literarios tan preciosos don del autor de *Raza Ciega*.

Fue en uno de esos diálogos largos y memorables cuando después de oírnos pacientemente, a Espínola y a mí, el elogio más apasionado de los simbolistas, dijo él con un aire sentencioso y seguro en que expresaba toda una reacción profunda contra nuestro impetuoso entusiasmo: "Homero es colosal". "Esquilo es colosal".

Y aquí vuelvo a una de mis objeciones contra la versión de anécdotas. ¿Quién podría dar el tono de esa frase? Por eso el valor de la anécdota queda tristemente mutilado.

No doy en el relato el tono seguro, la consciente autoridad, la contenida impaciencia a punto de desbordar que latía, como en cuerda tensa, en aquellas palabras. Como no puedo dar el matiz de comprensión y sinceridad que le sentí otra vez, ante una obra de Beethoven. Fue en uno de los últimos días en que estuvimos juntos. Habíamos ido a la representación de *Fidelio*, por artistas alemanes. Un poco abrumado yo por la obra me animé a decirle: "No todo me gusta aquí". Y todavía marqué las objeciones al género.

El me contestó con voz lenta y triste, pero apacible, las palabras de la sabia expresión latina: "A veces ducrme el buen Homero". Y las dijo en latín, seguramente para atenuar el rigor de la frase...

Las dificultades en la amistad y el diálogo se suscitaban —como en el caso del pobre Verlaine— a propósito de gustos estéticos, o de temas relacionados con la Religión.

Difícil fue, entre esos trances, el que se suscitó, en desplegada "suite", cuando llegó a nuestro país el Maestro Joaquín Torres García. El encuentro de los dos grandes seres fue imposible. Las diferencias entre el estilo

personal de ambos constituían un obstáculo irreductible para que entre ellos pudiera establecerse un diálogo.

Ya en el primer día en que se vieron comenzó la aridez. Torres García, con su espontaneidad y su fresco candor de niño, le dice a Vaz Ferreira que desea conocer sus obras. Y el interlocutor le contesta con una frase tajante, que si bien consignaba la verdad, tenía el duro y seco sonido de una puerta que se cierra sin cuidado: "Es muy difícil, imposible, conocer esa obra".

Desde entonces, fueron difíciles, casi imposibles, las relaciones con Torres García y el diálogo sobre éste con los fervientes amigos que el pintor conquistó de inmediato al llegar al país. Lecturas fragmentarias de las conferencias de Torres: "tradición oral" de sus afirmaciones sobre Estética, que parecían violentas y revolucionarias y que significaban en realidad una revisión de valores y un heroico esfuerzo para restaurar la perdida línea del arte clásico: tales fueron los obstáculos esenciales para un entendimiento.

El conflicto llegó a su algidez en ocasión de un homenaje que los amigos de Torres García realizamos en la Universidad de Montevideo. Habíamos pedido adhesiones a personas y a instituciones; entre éstas, al Ateneo, presidido por Vaz Ferreira. Recuerdo el atardecer en que llegué a su casa, a escuchar música, en uno de los días previos a aquel homenaje. Estábamos solos. El se me acercó, con una suavidad de seda, y me pidió que retirásemos la nota enviada al Ateneo pidiendo aquella adhesión. Yo reaccioné indignada. Entonces comenzó el más absurdo diálogo sobre los valores de Torres García.

"Nadie que conozca mi obra puede pedirme tal adhesión".

Y luego, con una insistencia cruel, me señalaba un paisaje al óleo, colgado en el muro de la habitación detrás de mí:

"Cuando pinte una obra como esa, creeré que es buen pintor".

Yo, con una crueldad terca, permanecía impávida, como si no oyese una afirmación que me parecía injusta hasta la locura. Y él repetía, "in crescendo":

"Cuando pinte una obra como esa, creeré que es buen pintor".

Hasta que yo, exasperada, le contesté:

"Vd. repite que no entiende de Pinturas y el que escribió *Moral para Intelectuales* no debe hablar de esto".

Quizá fue el momento más duro de nuestra amistad, una prueba dolorosa, que se extendió a muchos días. Hasta que al realizarse el homenaje, me llegó una nota del Ateneo de Montevideo, muy elaborada y retaceada, que hicimos leer en el acto, y que significaba el más sórdido contraste con los fervorosos acentos de los oradores y de los otros mensajes allí leídos...

Después de estos forcejeos y penas, el aire se aquietaba, y amistad y diálogo volvían a su serena isla de música. Otros temas cruzaban a veces turbando tal paz. Pero esos, por su gran entidad, por su intensidad dramática y por su alto origen acrecentaban el común entendimiento y la delicada amistad. El me decía:

"Rece por mí que no puedo rezar".

"Rece por mí que no puedo creer".

Afirmación dramática, reiterada muchas veces, y que, cuando él desapareció, me llegó otra vez en la carta de una amiga suya, muy querida, la señora María Elena Terra Arocena de Ferrés, de quien Vaz Ferreira me decía a veces, con aire desolado:

“Para convertirme me da libros a leer. Eso no me sirve. Es inútil”.

Esta amiga me relataba en su carta el episodio de una última vez que el Maestro estuvo en su casa. En la mesa familiar, en determinado momento del diálogo, golpeó con un puño sobre la mesa y dijo:

“Si supiesen qué terrible es querer creer y no poder creer!”

Muchas veces estas afirmaciones llegaron a nuestra conversación. Yo las recibía con pena, con piedad, sin réplica. No podía ni debía, ni quería replicar. Sólo cuando él decía algo que yo sabía inexacto le contestaba, casi siempre en esta línea:

“Ud. nos ha enseñado que todo conocimiento ha de ser experiencial. No puede hablarse de religión sin hacer la experiencia religiosa”.

Muchas veces yo lamentaba algunos errores de interpretación que venían de su información fragmentaria o errónea, errores circunstanciales vinculados a formación, a época, en contraste con su gran libertad y su capacidad original. Cuando pienso en esos errores los asocio a algunos que se señalan en el notable documento que registra un diálogo de Bergson con el Padre Pouget, sacerdote lazarista a quien Mauriac vincula, con palabras ardientes, a la línea insigne de Pascal.

Y dice el Padre Pouget, al fin de su entrevista memorable con Bergson:

“...No es sólo un hombre que piensa; es además un hombre bueno. Pero él no conoce las Escrituras tan bien como yo, que las he practicado durante ochenta años. Será entonces necesario que yo haga un pequeño trabajo sobre la resurrección de Cristo según los Sinópticos y la resurrección de nuestros cuerpos según la Primera Epístola a los Corintios...”

Insistía Vaz Ferreira en conferencias y en diálogos a propósito de “un hijo bueno que aceptó tener un padre malo”. El hijo buena era Jesús; el padre malo, nada menos que Dios Padre —el Jehová del Antiguo Testamento.

Muchas veces reiteró la afirmación, hasta que una tarde, después de leer una notable Conferencia plena de lucidez y de originalidad, dijo que agregaría algunas notas, y leyó, entre otras, esta afirmación sobre Cristo y Dios Padre. Al otro día, reunión en su casa. En uno de los intervalos de la audición musical, pasó junto a mí y me dijo: “Lamenté cuando supe que ayer, en la Sala de Conferencias, estaba el Padre Mossman (sacerdote de gran jerarquía intelectual, muy querido amiyo suyo y mío). Si lo hubiera visto, no hubiera dicho aquello que dije, pues no me gusta decir cosas desagradables ante los sacerdotes”.

Yo le contesté súbitamente:

“Estábamos otros que sufrimos al escucharlo”.

Volvió él a su asiento, e hizo pasar un disco en que se graba una obra maravillosa de Bach. Rompiendo el silencio y la música, con una intrepidez que no pude contener, me puse yo de pie y dije en alta voz:

“¡Qué inmensa es la bondad de Dios!”

El se quedó absorto, con una expresión de sorpresa y pregunta. Y yo continué:

“Sí, la bondad de Dios, por la que se ha suscitado el genio de Bach; por la que se ha guardado esta obra a través del tiempo; por la que se ha podido registrar así; y por la que ¡además! a nosotros nos gusta”.

Y volvimos a escuchar la maravilla. Mientras él recuperaba su calma, su expresión tranquila y feliz ante la música; mientras él regresaba de aquel asombro semejante al que una vez le ví en medio de otro diálogo inolvidable. Ibamos hacia el centro de la ciudad, en automóvil, por una calle que parece un jardín, próxima a la casa de Atahualpa. Yo le dije:

“Hay un dogma más terrible que todos: el de no tener dogma”.

¡Ay!, si supiera decir como era la expresión de su cara al oír esto!

En general, nuestra conversación sobre el tema religioso era tranquila y libre. Siempre recuerdo la tarde en que, muerto un amigo a quien había yo acompañado hasta el último instante, me trasladé al Rectorado para hablar del caso, y para consolarnos de tan triste suceso. Le relaté los trances del enfermo, muy alejado de la religión en que había crecido, y sus invocaciones piadosas antes de morir.

Me preguntó ansioso: “¿Y no le llevaron un sacerdote?”

Como le contestara yo negativamente, afirmó con gran fuerza:

“Siempre hay que llevarlo”.

Yo asombrada, le dije:

“Tendré en cuenta lo que Ud. me dice si —como no lo deseo— muere Ud. antes que yo”.

La sombra de aquel atardecer que entraba por las altas ventanas de nuestra Universidad, llega todavía hasta mi alma cada vez que pienso en la muerte de Vaz Ferreira. No estuve yo cerca. Apenas llegué a las puertas de su habitación de enfermo. Después supe, por una de sus hijas, algo que me conmovió profundamente. Al retirarnos de la casa de Atahualpa, Josefina Larena de Blixen y yo, después de una difícil visita en aquellos días de duelo, Matilde Vaz Ferreira nos repitió las últimas palabras de su padre sobre mí:

“Ella, por prudente, no ha entrado. Y era importante que entrase”.

¿Era importante? Ay, seguramente para mí era importante, como siempre, más que siempre, sentirme cerca de aquella noble alma, saber su último adiós. Sufrir su acento nostálgico, y esa traba misteriosa que no lo dejaba llegar a una entrega que yo deseaba ardientemente: traba que nadie podía franquear sino él mismo, según el más alto sentido de la libertad y de sus relaciones con la Gracia.

Y en este adiós sin adiós se inscribe lo más dramático de mi relación con Vaz Ferreira, lo más dramático de nuestro diálogo. Hasta esa zona llega su recuerdo con una luz tranquila, como la de sus ojos húmedos y conmovedores. Aquellos que nos miraban cuando él hablaba en la Cátedra; aquellos con que nos interrogaba en silencio mientras encuchábamos la música más entrañablemente querida: aquellos que se llenaron de lágrimas, cierta vez cuando a propósito de la música de Clorinda y Tancredo, nos refirió a Susana Soca y a mí el tema de la obra. Y llegando al momento en que la protagonista pide el Bautismo, nuestro amigo se puso a llorar.

El acento que supo dar a toda su obra —“el sentimiento calienta el estilo” escribió en *Fermentario*, definiendo así uno de los rasgos más originales de su obra de escritor—: ese acento tierno, familiar, constituía uno de los encantos más entrañables en la amistad con Carlos Vaz Ferreira.

Su delicadeza —de remota raíz, tal como se daba, con rasgos diferenciales propios, en María Eugenia— irradiaba con el esplendor de las finas y quietas aureolas.

Esta delicadeza es la que domina —como su voz suave dominaba— en el recuerdo de su presencia y de su compañía serena, austera, cordial.

Encontrarse con él en el ámbito de gustos semejantes, de adhesión a amigos, de admiración por grandes creadores, era un verdadero lujo de la vida.

Me acompañó con gentil gracia en mi amistad por Gabriela Mistral; y yo sentí la alegría de saber cómo ellos se respetaban y se querían.

Una vez, a punto de partir yo hacia Brasil para ver a Gabriela, me dio este recado:

“Pregúntele de dónde saca esas cosas que escribe”.

Y ella me contestó sin titubear:

“Dile que todas me vienen del valle del Elqui, donde nací”.

También recuerdo un mediodía muy triste, cuando llegaban insistentes noticias de la agonía de Gabriela en una clínica próxima a Nueva York.

Yo iba a almorzar con Vaz Ferreira. Al encontrarnos, él me miró con sus ojos hondos y tristes y me dijo:

“Estará Ud. muy triste, y tiene que estar muy triste...”

Al salir al aire de fuego del verano, mientras descendíamos una breve escalera de mármol que ardía al sol y él me pedía que lo dejase apoyarse en mi brazo porque estaba desumbrado por la luz del mediodía, yo iba pensando en la nieve que desde el cielo del norte iba cayendo sobre el último sueño de Gabriela Mistral.

Allí nació un verso de un poema que quiero mucho, inserto en mi libro Paso de la Noche:

“Y en medio del estío cae la nieve”.

Recordando ese momento y ese verso pienso cuántas veces mi poesía se apoyó en la presencia de Carlos Vaz Ferreira. Esa presencia suscitaba siempre hondos momentos del ser: removía lo mejor de nosotros; quizás activaba en mí aquella “disposición musical” previa de que habla Schiller al referirse al proceso de la creación poética. Si debo a aquella amistad y a aquella ejemplar lección tantos apoyos de mi ser, ese toque sobre mi poesía constituye uno de los más esenciales y gratos motivos de mi deuda frente a la acción profunda y delicada de Carlos Vaz Ferreira ¡todavía y siempre Maestro, desde su misteriosa lejanía!

Cuando releo estas páginas vuelvo a lamentar mi incapacidad para dar la versión de mis encuentros con Carlos Vaz Ferreira. No ejercité nunca las posibilidades de narrar escasas en mí: soslayé ese ejercicio voluntariamente, para evitar que él incidiera sobre mi oficio poético, es decir,



El Dr. Vaz Ferreira en el jardín de su casa-quinta del barrio Atahualpa (Montevideo).

para custodiar a mis versos de todo lo que pudiera ser ajeno a lo que creo que debe mantenerse puro y solitario en la creación poética.

Estos breves apuntes quedan, pues, limitados a algo así como una modesta carta a mi amigo Arturo Ardao. El, con su delicadeza y su inteligencia, con su conocimiento de Carlos Vaz Ferreira, llevará tal registro de recuerdos a su verdadero plano, confiriéndoles la significación y el acento que yo no supe darles.

ESTHER DE CACERES

Primavera de 1963.

Matilde Vaz Ferreira de Durruty y sus recuerdos

Compartí con ella el aciago privilegio de acompañar al Maestro en la última tarde de su vida. Tarde luminosa de verano que estrellaba su resplandor vital en la cabeza de Vaz Ferreira nimbando de irrealidad el liviano cabello canoso y la frente serenada en el umbral de la muerte, intacta la lucidez, intacto el bagaje intelectual, superada la enfermedad que obligara a hospitalizarlo y sin que nada hiciera temer el desenlace inminente, dulce y bello como el crepúsculo estival que le despedía con reflejos áureos.

Matilde fue su gran compañera, su secretaria y su chófer, su enfermera y su amiga. Había nacido en 1909, y pareció signada tempranamente para las devociones familiares. Al igual que sus hermanos —como antes su padre y su tía María Eugenia— no concurrió a ninguna escuela, compartiendo las enseñanzas que les impartía su madre, maestra brillante que al casarse sólo ejerció la docencia en el propio hogar. Cuando más tarde doña Elvira Raimondi padeció durante los últimos ocho años las penurias de una diabetes tenaz, Matilde se consagró a ella día y noche, alternándose con su hermano Alberto en el cuidado de la querida enferma. Sin haber cursado estudios reglamentados—, aprendió, y bien, muchas cosas: piano, pintura, idiomas —francés, inglés, alemán—, costura, tejido, enfermería, taquí y dactilografía. Espíritu flexible, naturaleza sensitiva, paciente, afectuosa, capaz de sacrificarse por los demás, tuvo su recompensa a tantas abnegaciones cuando se casó en 1947 con Carlos Alberto Durruty, distinguido químico argentino, con quien disfrutó casi veinticinco años de felicidad plena, hasta su temprana partida en 1971. El matrimonio residió en Buenos Aires, pero Matilde venía con frecuencia a Montevideo y volvía a ser para Vaz Ferreira la gran confidente y secretaria de antes. A ella le tocó acompañar al filósofo en sus últimos días, en momentos en que su hija Sara Vaz Ferreira de Echevarría convalecía de una grave intervención quirúrgica. Fallecida la hija mayor de Vaz Ferreira, Elvira, en setiembre de 1961, fue Sara quien estuvo más próxima a don Carlos ocupándose con fervor de sus papeles y libros, y, al desaparecer el Maestro, débese a ella la fiel vigilancia de sus ediciones, así como la preparación de varios fascículos bio-bibliográficos indispensables por los datos y anécdotas que aportan.

Volviendo a Matilde: quizás fue el recuerdo de aquella tarde inolvidable lo que nos unió más; o el saber ella el particular cariño con que me regalaba su padre; o, aún, quizás fue mi devoción de adolescencia por

el Maestro lo que entrañó un vínculo de afecto hondo con todos sus hijos. Lo cierto es que estos Vaz Ferreira han sido siempre para mí, muy próximos y leales amigos.

Por eso me complace —con toda la melancolía que significa— poner estas palabras iniciales al puñado de conmovidos *recuerdos* que Matilde Vaz Ferreira rescató, con previsión de posteridad, casi convencida de que ella generosamente lo hubiera aprobado. Y Don Carlos.

Impresionaba en Matilde la mirada penetrante, reveladora de una inteligencia actuante y la fuerza de una intuición comprensiva, que era casi adivinatoria, el recuento de amistad segura que brindaba con el alma abierta. La publicación de estas memorias fieles representa un doble homenaje: a Don Carlos Vaz Ferreira, en la solemnidad de su centenario, y a la propia autora. Ha fijado para después —ese *después* por donde ya transitan ambos, padre e hija— momentos de intimidad preciosa, lo grande y lo cotidiano del hombre ilustre, contados por un testigo que si vio con el corazón, también juzgó con talento la dimensión esencial y perdurable que retienen estas páginas.

DORA ISELLA RUSSELL

Montevideo, octubre 1972.

Recuerdos de mi Padre

Mi padre, que había sido un niño débil nació a los siete meses) conservó, durante toda su vida, un aspecto enfermizo.

A menudo recordaba su infancia mimada, que lo predispuso a las caricias y a las solicitudes. Quizá, por eso mismo, tanto él como su hermana María Eugenia, no pusieron en evidencia condiciones extraordinarias. Eran dos chicos como cualesquiera otros, sin un atisbo de “superdotados”. Solía decir que, en esa época, ambos escribían unos versos malísimos.

Contaba que su doctor, un bondadoso médico, ya entonces “a la antigua”, se mostró muy moderno al recomendar a los padres que le dieran bastante vino todos los días, para fortificarlo, y además, que no lo contradijeran, sino que, por el contrario, le hicieran todos los gustos.

¡Cuánta envidia nos causaba el escucharlo! Aunque era, en verdad, muy injusto sentir así, pues lo único que nos vedaba, creo, era salir a la calle, ni siquiera a la vereda de nuestra vieja quinta. Claro, esta prohibición acicateó nuestra curiosidad, y nuestra ansiedad por desobedecer fue tal, que un día, no soportando más la impaciencia por medir nosotros mismos la peligrosidad de ese símbolo de lo desconocido y prohibido, nos tomamos de la mano con un hermano y escapamos por un portón con la arriesgadísima e inocente meta... de entrar por el otro. Justamente, al llegar a la esquina tropezamos con mi padre y el cariñoso “¡Hola!” con que nos saludó, demostró, al haberse olvidado de la prohibición, que ésta no debía ser tan justificada y engendró la débil duda de si todas las interdicciones no serían así... Mucho más tarde, al conocer lo que opinaba en su obra sobre la legitimidad de los derechos individuales y qué partidario era de que cada uno fuera dueño de su vida y cómo, a la vez, preconizaba “Una cosa es la lógica y otra la psicología” pensé si su aforismo no regiría también sobre él y, a su pesar, sobre su conducta en la realidad...

Agregaba, muy divertido, que nunca aprovechó bien las dos recetas de su médico, ya que, con respecto a la primera, sólo una vez llegó a sentirse mareado, (y únicamente le dio por sentir una inmensa ternura hacia su madre, a quien cuidó paternalmente todo ese día, velando porque no resbalara por las escaleras que conducían al jardín, sosteniéndola con todas sus orgullosas fuerzas de ocho años...) y, con respecto a la segunda, jamás abusó de su privilegio, sintiéndose indignado y ofendido, aún en su vejez, porque en una ocasión, en los festejos de un cumpleaños familiar, al reclamar en el almuerzo “Calamares solos”, su plato favorito, que venían acompañados con arroz, recibió un gran reto, como si se lo creyera un abusador, siendo la verdad que lo que él pretendía era solamente la parte

que le correspondía si hubiera aceptado también el arroz y no mayor cantidad. “Pero yo, —según defendiéndose aún, cada vez que contaba esa historia—, lo único que reclamaba era “mi porción” y continuaba considerando la reprimenda tan injustificada como cuando ocurrió.

A los 17 años, a pesar de su fragilidad, su infancia regalada y la escasa experiencia de su juventud, ya debió contribuir con su trabajo, en sustitución del padre que se hallaba ausente.

Al llegar a los 20 años, mostraba aún esa debilidad física que le había prohibido en su adolescencia rendir con éxito los exámenes de gimnasia. Fue entonces cuando requerido por la enfermedad de su padre viajó a San Pablo y narra que sufrió tanto en el viaje “como para arrojarse veinte veces al agua” a causa de un intenso mareo agravado por su precaria salud.

Cuando arribó a Brasil, su padre ya había fallecido, muerte que siempre quedó en su recuerdo como algo misterioso. Se le dijo que había sido la causa un ataque al corazón, pero cuando llegó, nada encontró que le aclarara el final. Parece ser que un socio con quien se había instalado, se apoderó de sus muebles y de lo poco que tenía, abandonándolo a su propia suerte. Se le entregó a mi padre solamente un reloj de oro que siempre conservó como único testimonio de aquella aventura. No pudo saber ni siquiera dónde habían sepultado a su padre. Posteriormente, se trató de averiguar en los archivos de los cementerios, pero en ellos no figuraba constancia alguna del sepelio. Tampoco pudieron dar noticias dos primos hermanos que mi padre tenía en Brasil, los doctores: Fernando Ferreira Vaz, médico muy importante, fallecido en un accidente, cuya familia poseía fotografías de antepasados que existían también en el archivo familiar de mi padre, y Octavio Ferreira Vaz, hijos ambos del hermano de mi abuelo, con quien había venido de Portugal y que quedó en Brasil cuando éste se dirigió a Montevideo.

La madre había vivido una vida muy regalada de hija única. Según mi padre, estrenaba un vestido de seda todos los domingos, a tono con su progenitor, quien utilizaba sólo una vez cada par de medias de seda que usaba, arrojándolas después. En su juventud había sido pretendida por Juan Carlos Gómez, quien a causa de su gran pobreza le dijo durante un baile de la sociedad más distinguida de entonces: “Cátese con Luis, porque yo, mire, hasta estas botas que traigo son prestadas...”

Mi abuelo fue un hombre de inquietudes intelectuales y mi padre nos mostraba a veces, en nuestra infancia, con gran respeto, importantes libros, lujosamente encuadernados, que le habían pertenecido, algunos todavía con las huellas de un incendio que había destruido el almacén instalado en la planta baja de la casa en que vivían y que se mancharon con agua y barro al ser arrojados por la ventana para salvarlos.

Cuando mi padre alcanzó los 22 años, y esto sí lo recordaba con vanidad, sintió cierta atracción romántica por una joven y solicitó permiso para visitar en su casa a esa señorita perteneciente a la distinguida sociedad montevidéana de entonces. Fue rechazado por los padres por infundir temores su salud, pues todos los parientes de la joven estaban convencidos que la tuberculosis habría de llevárselo pronto. Al transcurrir el tiempo y comprobar que no se moría, fue requerido su retorno por una hermana

de la perdida candidata que lo encontró en una fiesta; pero ya era tarde, pues mi padre había descubierto en ese intervalo, para su completa felicidad, a mi madre, su incomparable compañera, de cuyo hallazgo jamás se arrepintió un solo minuto. No obstante, como mi padre pertenecía a una de las principales familias patricias del Uruguay y mi madre era de origen humilde, la sociedad rechazó en un comienzo esa unión, invitándoselos juntos muy rara vez.

Mi madre dedicó la primera parte de su existencia al estudio y la segunda a vivir con muchos hijos y poco dinero. A pesar de amar la enseñanza, por la que sentía una ardiente vocación, se alejó totalmente de la carrera docente. Relataba mi padre a menudo, el episodio que la movió a esa decisión. A los pocos años de casados, en medio de enormes sacrificios, ya que él contrajo matrimonio sin terminar su carrera y debía escribir y salir a trabajar en múltiples ocasiones para ganar algo más, mi madre, respondiendo a su gran inclinación pedagógica, integró una mesa examinadora para ingreso a secundaria, por unas pocas horas. A su vuelta al hogar, ante la desolada recepción de mi padre, con un hijo llorando a gritos en sus brazos y el otro colgado de su pantalón, también a los gritos, queriendo trepar, se hizo la muda promesa, que cumplió sin una queja durante toda su vida, de no volver a salir de su casa por alguna preferencia propia. Sacrificó calladamente su vocación, sus intereses, sus amistades, para consagrarse a sus deberes dentro del hogar. Fue una gran maestra. Ya en su juventud dio muestra de su extraordinario talento. A los 15 años cometió el error de ganarle un concurso a la propia directora de la escuela. Naturalmente, no se le concedió el cargo y eso le provocó tan profundos sin-sabores que una vez, recordándolos, llegó a desear de sus tres hijas la promesa de no estudiar para maestras. Seguramente que si no hubiera encontrado a mi padre en un examen de Filosofía que rindió brillantemente, no se hubiera casado, prefiriendo ejercer su profesión. Ganó las tres medallas que se otorgaban en los tres grados que constituían entonces la carrera. De acuerdo con los conceptos vertidos por sus contemporáneas y para todos los que aún la recordamos con admiración, hubiera sido una de las guías rectoras de la enseñanza primaria en nuestro país.

A pesar de las estrecheces que creaba un hogar muy numeroso, mi padre quería mucho a sus hijos y se mostraba muy orgulloso de nosotros. En una ocasión, la distinguida maestra Eugenia Platero le preguntó cuántos hijos tenía y contestó muy ufano: "Cinco, que es lo menos que puede tener un hombre decente". (Y luego vinieron más...).

Al estrenar la casa nueva en 1918, por un tiempo estableció un turno entre nosotros para cada noche tener en la mesa del comedor, ya que de día casi no nos veía, un hijo diferente al alcance de su afecto.

Aunque se asegura que los filósofos son tristes, nosotros jamás notamos que nuestro padre meditara o tuviera problemas cuando éramos pequeños. Aquel desgarrador grito de Manfredo: "La sabiduría es amarga: aquellos que más saben más profundamente lloran la verdad fatal. El árbol de la sabiduría no es el árbol de la vida", no contaba para mi padre, mi-

lagroso injerto de purificada savia, renovada cada día, en ese sólido tronco que desmentía las implacables palabras de Byron.

Constituía un himno cristalino a la existencia, a la existencia plena de romanticismo y de realidad. Así como el heroico Bach vivía sus miserias entre domingo y domingo, componiendo un nuevo coral, algunas veces para poder comer, y entre entierro de hijo y entierro de hijo, entonando loas al Señor, así mi padre pasaba por alto la mayor parte de los contrastes y de las injusticias, para arraigar afianzado en cada manifestación diaria, con renacido desvelo, entusiasmo, curiosidad, esperanza, en las altas regiones del pensamiento o en el mundo de las cotidianas pequñeces.

Nunca se notó que lo molestáramos, por lo menos demasiado. Las lucubraciones y abstinencias de todo creador no lo alejaban de nuestro vivir común.

Se quejaba a menudo de que ninguno de nosotros supiéramos mentir y aunque algo aprendimos después, el no saberlo hacer distrajo mucho de su tiempo, pues cuando era requerido por solicitudes pedagógicas o sociales debía excusarse o aceptar personalmente; sucedía eso con frecuencia ya que el "n'étourdir de grelots l'esprit qui veut penser" de Víctor Hugo, no impedía que se recurriera repetidamente a su deferencia.

Trabajaba muchísimo, pero se sabía desprender de las preocupaciones para distraerse con verdadera alegría.

Fue socio durante muchos años del Euskal Erría, pues sentía una especial simpatía hacia los vascos. Tenía allí buenos amigos y admiraba incondicionalmente a Pedrito Belsegui. Practicaba con entusiasmo la pelota y tanto gustó de ese juego, que en nuestra propia casa construyó una cancha en la que se desesperó, con resultado vario, por contagiarnos su fervor hacia ese deporte.

Recuerdo que, siendo yo joven, oía a mi padre con frecuencia regresar de una frugal comida (pues de noche era muy sobrio) del Círculo de Armas, en donde contaba con un amplio número de extraordinarios amigos. Lo escuchaba llegar exclamando "Encontré, encontré el mango" y se refería a su convicción de haber hallado, esa vez sí, las mejores condiciones para manejar los sares, con los que jugaba a la pelota y de los cuales poseía decenas en su casillero, todos con particularidades diferentes y todos con nombres relacionados con personas existentes y sus propias características. Cada oportunidad era aprovechada para experimentar una nueva combinación que le permitiera mejorar su juego. Cordones, gomas, tiras plásticas, cintas aisladoras, trozos de mimbres, formaban un abigarrado "botiquín" que le hacía concebir cada día nuevas ilusiones.

El Club español le interesaba mucho también. Hasta los últimos años de su existencia le gustaba quedarse allí, jugando y viendo jugar ajedrez. Volvía tarde, aún en pleno invierno, habiendo ingerido sólo un sandwich y un vaso de leche, intrigado sobre las partidas iniciadas, cuyo análisis lo demoraba, ya en casa, hasta altas horas de la noche.

Su entusiasmo por el ajedrez fue muy verdadero, pero, en su juventud, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no dedicarle demasiado tiempo, por miedo de sustraerse a la responsabilidad de sus deberes y de sus estudios. Sin embargo, llegó a figurar una vez en un torneo de primera categoría por telégrafo, contra un equipo de Buenos Aires.

Recordaba mi padre que, una vez, en cierto campeonato, al verse en mala posición, siguiendo el impulso de invocar el nombre de mi madre como tabla de salvación en todas sus angustias, se levantó y lo escribió varias veces, ante el asombro de algunos, sobre la humedad que empañaba los vidrios de la ventana. “Pero, refería con cierta sorpresa, perdí lo mismo...”.

Su cántico a la vida resonaba con el ejemplo. Se levantaba muy temprano cada día y daba de comer él mismo a las gallinas por las que sentía gran cariño. En su deseo de mejorar la raza, registraba los cruzamientos y seguía las crías, que llegaron a contarse por cientos y cientos, con mil detalles de marcas, raciones, apuntes en libretas, etc. Muy solemnemente, como quien practica un rito, usaba unas elegantes galeras que aparecen en fotografías tomadas por mi madre, hábito que tuvo que abandonar más tarde porque nosotros se las quitábamos, las poníamos en medio de algún camino y veníamos corriendo para saltar y caer encima desfondándolas. Fueron sustituidas luego por todo un uniforme, coronado por una elegante gorra, que servía, bajo lluvias y soles, para protegerse de las espigas y también de algún picotazo perdido y que permaneció por años, colgado, como símbolo del trabajo, del viejo mueble que ya había sido testigo de su amor hacia los animales cuando, muy pequeñito, no quiso avisar que un ratón se introducía por un agujero que aún conserva intacto el viejo aparador de nogal, por el cual con suma habilidad pasaba a comer su ración de queso todos los días.

Ponía a las aves nombres muy pintorescos. En su juventud llamó al gallo más majestuoso “Spencer”. En su propio escritorio, donde regía la tácita prohibición de entrar para nosotros, permitía sin embargo, que diariamente entrara una gallina a depositar un huevo entre los “asuntos para mejor resolver” desde larga data (ya que mi padre solía hacer con las cartas y demás escritos como aquel otro con las cuentas: “Yo, las cuentas viejas nunca las pago. —¿Y las nuevas?— Las dejo envejecer...”).

Sin embargo, a pesar de su cariño hacia esos animales, un día abrumado al leer un prólogo muy elogioso a su libro “Sobre Feminismo” de Luis Gil Salguero, uno de sus mejores discípulos continuadores de su prédica, dijo que lo aplastaba y lo comprometía frente al posterior juicio de la gente “como si alguien anunciara un águila real... y apareciera después una gallina...”.

En realidad, a esas aves les debemos la quinta y una infancia sana y feliz, pues caminando mi padre, a fines del siglo pasado, por el barrio de Atahualpa, vio el terreno que hoy ocupa, cubierto con un pasto tan verde que pensó: “¡Qué lindo lugar para soltar mis pollos!”. Y allí se instaló más tarde y fue “soltando” no sólo sus pollos sino también sus hijos...

Vivía entonces en la calle Cerrito, en la casa en que nacieron Carlos y Elvira, y adonde se había mudado la familia de mi padre luego de haber vivido en Colón 71 (solar en el cual se dice que había vivido Artigas, ya adulto, después de vivir en Cerrito).

En un comienzo emigraban en invierno a la casa de la calle Cerrito, pero finalmente, se instalaron definitivamente en la quinta de Atahualpa.

Sentía un gran amor por los pájaros y recuerdo que, en cierta época, tuvo el proyecto, menos en broma que en serio, de construir una gran pajarera que abarcara toda la quinta y se le oía consultar cómo se podría alambrearla y cubrirla para “echar a volar pájaros de todos los colores” que convivieran con todos nosotros y para protegerlos de las persecuciones y los hondazos de los muchachos vagabundos.

Parecerían contradictorios ¿no es verdad? su cariño por los pájaros y su proyecto de tenerlos presos. Pero tal hecho se justifica porque era la suya una prisión libertadora, frente a la precaria situación en que venía a ofrecerlos todos los domingos de mañana, desde que éramos pequeñitos, el proveedor Di Lauro, quien traía sus dos grandes jaulas llenas de los más variados ejemplares. Recuerdo que constituía todo un acontecimiento. Nos levantábamos rápidamente, muy temprano, para poder admirar su “mercadería”. Llegaban los pobres prisioneros, azorados, algunos con la “pega-pega” aún adherida inmovilizando sus alas, ensangrentados sus picos en el continuo luchar por escaparse entre los alambres, cansados de comer poco (“gorditos de hambre” como los llamábamos nosotros, al verlos convertidos en unas bolas, con las plumas separadas de un modo particular por efecto del prolongado ayuno). Cuando mi padre los soltaba en las inmensas jaulas que había hecho construir, era como una liberación asegurada por años...

Los quería a todos y las comidas especiales que distribuía en sus cuatro grandes pajareras, con árboles dentro, eran muy complicadas. Puedo asegurar que esos pájaros comían mejor que nosotros. Todos los días alfalfa, papas con huevos duros, boniatos con harina de maíz o con azúcar, dos clases de carne, alpiste, pan mojado, lombrices, bananas, decenas de platos que preparaba y llevaba un muchacho contratado especialmente para ello.

Muchos de esos pájaros no eran de estos climas y había que ambientarlos. Tan bien instalados debían sentirse que hasta llegaron a producirse crías inverosímiles en nuestro país. Mi padre los observaba muy frecuentemente y reflexionaba sobre su comportamiento. Una mañana muy fría quedó conmovidísimo al verificar que un pirincho libre, al pasar y oír el reclamo de un compañero encerrado, quedó retenido y permaneció toda la noche acurrucado, junto al prisionero, hasta amanecer helado, muerto, pero fiel. Mucho se impresionó también, durante una de sus depresiones psíquicas cíclicas, al observar que un hermoso mirlo metálico, que había abandonado la jaula, cruzaba su plumaje oscuro, al atardecer, frente a la ventana de su escritorio. Aprensiva y tétricamente exclamaba el “Nunca más, nunca más” del cuervo de Poe.

Inmediatamente después de morir nuestra madre, una tórtola apareció en la quinta y se instaló permanentemente entre el follaje. Mi padre vivió obsesionado por su insistente arrullo hasta el punto de llegar a no soportarlo. Concibió la idea fija de que era el alma de su propia compañera que lo llamaba... Esa obsesión duró mucho, hasta que el animalito desapareció de pronto. Cosa curiosa, el mismo día del entierro de mi padre, no cesó de resonar en el cementerio, lúgubre, persistentemente, bien junto a su tumba, el llamado de un ave similar, que por única vez se dejó oír allí y que tanto impresionaba.

Poco antes de morir, con gran curiosidad, quiso disipar una vieja duda que sentía acerca del canto del chingolo, ave por la cual sentía una marcada preferencia, por su candor al construir el nido tan bajo, en cualquier mata, a merced de sus enemigos y además, por su triste destino de incubar y alimentar a los desmesurados pichones de tordos que sus padres le abandonaban. Quiso llegar hasta la antigua capilla Jackson para verificar si los chingolos de su quinta no cantaban como los de antes, en su residencia frente al Prado; pero no con las injustas reminiscencias del anciano, sino con el genuino afán del investigador a quien le interesa todo lo nuevo. Con el entusiasmo de un alumno curioso, se deslizó casi corriendo, por la cuesta del Miguelete, asegurando que del antiguo canto de ese pájaro, faltaban aproximadamente las dos últimas notas, cambio que él creyó causado por las dificultades y los ruidos creados por la civilización.

En su vuelta, recordó, una vez más, una anécdota de su niñez que mucho lo emocionaba. En su deseo de probar puntería al estrenar una honda, acertó justamente su disparo en el pecho de un chingolo y sintió un remordimiento terrible al contemplar la sangre del pájaro muerto, vertida entre el barro de un charco.

Al retornar a casa ese día le costó mucho la pendiente de la calle Caiguá, lo que nos hizo temer la proximidad de una crisis cardíaca al notar cómo se le hacía dificultosa la respiración, aunque esa preocupación se disipó luego, cuando deseó pasear por la quinta y recuperó en seguida su espíritu de observación.

Hacía mucho tiempo que su declinación aumentaba sin que los que lo rodeábamos quisiéramos admitirlo. Una pronunciada delgadez, una gran inquietud frente a todo lo que quedaba por hacer y una evidente debilidad física, marcaron esa semana anterior a su enfermedad. Se había vuelto acentuadamente más sensible y todo lo emocionaba profundamente. Se había transformado en un ser más tolerante, más amplio, más afectuoso que nunca...

Mi padre amaba mucho la naturaleza. Admiraba sus manifestaciones, a las cuales, a veces, consideraba como presagios. Por ejemplo, concedía gran significación al desarrollo de un rosal al que llamaba "El Simbólico". El año en que tempranamente florecían sus hermosas rosas color carmín, ya nada malo podía sucederle a él ni a su familia hasta la próxima primavera... La amaba y la respetaba en sus demostraciones. Conocido es el cariño que profesaba a las plantas y cuán sincero era el que sintió por una añosa glicina que extendía sus innumerables brazos frente al antiguo escritorio de su quinta de Atahualpa, que hizo desviar la línea de edificación varios metros, ante el estupefacto asombro del arquitecto Alberto J. Reboratti, quien arguía que eso constituía un gran peligro para los cimientos de la nueva construcción, que al desplazarse, se afirmarían sobre la tierra blanda que cegó un antiguo aljibe. Parecería que la planta conmovida, en agradecimiento, no solamente ha subsistido con corroída estructura centenaria, sino que de su tronco, sin ramas ni hojas, hace florecer aún, tiernos racimos jóvenes que ofrecen un contraste muy sugestivo.

Sentía gran predilección por todo lo silvestre y agreste, y entre los pocos papeles que contenía su cartera el día que partió figuraba una lista de lo que había que traer a la quinta para tratar de volverla a lo que fue

en su apogeo, pero constructivamente y casi sin nostalgia; pedía camalotes, lotos de colores, caracoles blancos, como los de antes, muchos sapos (animalitos preferidos por mi padre, que le inspiraban un gran cariño y un respeto casi sagrado, hasta tal punto que le hicieron cambiar el lugar de la casa en la playa de Malvín, también ante las protestas airadas del constructor, pues el traslado alteraba el declive adecuado para los desagües, por hallarse una cueva de esos bichos al pie de un pino, en la colina más alta y conveniente para que la corriente de agua no socavara los cimientos al llevarse la arena).

Conocida también es la anécdota relacionada con Bernardo Canal Feijóo, quien siendo decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de La Plata, asistió al homenaje de la entrega por Alfredo Palacios, del libro "Moral para Intelectuales", editado por la Universidad de esa ciudad en el año 1957. Luego de visitar a mi padre, al despedirse, le pidió una pequeña flor de un jazmín del país que adornaba su quinta. Mi padre, que había llegado a querer despedir empleadas porque, creyendo hacer una gran cosa, sacaban ramas para los floreros de la parte prohibida, respondió con un "¡No!" tan rotundo que el conocido escritor se disculpó, turbado; "Pero, es para una dama argentina..." Entonces, mi padre, como concesión, llamó e hizo traer flores de la parte no vedada, correspondiente a mi madre, a una fiel servidora que apareció al rato con unas inmensas calas y rosas enormes que ofrecían un aspecto desgarrado de ramo improvisado. Ignoro qué fin corrieron las flores y qué cara tendría el destinatario, convertido en portador de tan inesperado presente.

Entre los muchos cuentos que se escucharon referentes a su quinta, la mayor parte extraídos de los comentarios de guardas y conductores de los tranvías 20 y 43 que hacían estación frente a ella, y que iban desde la suposición de que si no entraban ladrones al estar abierto el portón noche y día, era porque habría feroces perros, o víboras, o tigres, o quizás fantasmas... la siguiente divertía mucho a mi padre: Un amigo suyo, al dar las señas a otro que deseaba visitarlo, le dijo con convicción: "Usted suba de Millán por la calle Caignú y a la quinta más vieja, más fea y más sucia que Vd. vea, entre sin llamar, no más, que allí es lo de Vaz Ferreira". Cosa que era cierta en relación con ramas y hojas de años, tiradas por el suelo, pero no con impurezas artificiales, pues un trozo de papel, una lata vacía, restos de una cometa enganchada, le quitaban la tranquilidad hasta ser retirados, muchas veces por sus propias manos, aunque hubieran de ser extraídos de entre las espinas.

Pero mi padre la amaba mucho, en cada planta y en cada árbol. Difundidas han sido las historias de las ubicaciones de las dos casas que hizo construir con sus ahorros (ya que el único negocio que efectuó en su vida, comprar y vender un pequeño terreno en Colón, con su primo Román Freire, a pesar de proporcionarle ganancia, le quitó los deseos de reincidir, prefiriendo dormir tranquilo, sin las vicisitudes del mundo comercial, con sueldos, aunque modestos puntuales). También la de su graveleja, que modificó el cerco del frente, interrumpiéndolo para no verse obligado a cortarla. Pero, nunca se llegó a saber el remordimiento que

sintió y la vergüenza que hubo de sonrojarle, cuando una vez, sin darse cuenta, se encontró de pronto, a pesar de su respeto reverencial, habiendo vendido un árbol. Sucedió así: había caído, vencido por un fuerte viento, un paraíso hermoso que quedó tendido obstruyendo un camino; un conocido que asistía a las reuniones musicales y por quien mi padre sentía profunda simpatía, le ofreció, al verlo tan preocupado, despejar el paso, sabiendo cómo desempeñarse en esos casos ya que tenía un aserradero. Como en esa época la madera valía casi tanto como el hierro, el joven se sintió obligado, por honradez, a tenderle un sobrecito blanco, al estrechar su mano, que mi padre tomó inconscientemente. Pero al otro día, cuando se dio cuenta de lo que significaba, se sintió traidor como Judas...

A pesar de que el claro que dejó el paraíso permitió al sol penetrar tibiamente por primera vez en ese sector tan sombrío, jamás se le ocurrió a mi padre cortar también un viejo ciprés que téticamente quitaba la luz a su propia habitación. En parte por eso, sin duda, por la lobreguez de su pieza, tanto apreciaba la luminosidad y la blancura impecable del ambiente del sanatorio, ya que en casa todo se hacía más difícil. No perdía mi padre ocasión de burlarse cariñosamente de su grande y generoso amigo, el pintor Milo Berretta, quien, como demostración de su infinito talento, había aplicado el Arte en su hermoso dormitorio, hecho por manos muy hábiles con madera de limonero en la Escuela Industrial, como todos los demás muebles de la casa. Aplicó sí su arte... agregando cinco lámparas muy decorativas, pero sucesivas y escalonadas en luminosidad, de tal modo que tropezando y encendiendo una después de otra se llegaba a la única que realmente alumbraba. Le daba un aspecto lúgubre en pleno día, cosa que deprimía y hacía retardar a su dueño lo más posible, muchas veces, la hora del reposo.

La apariencia salvaje de su residencia ha provocado muchas controversias, sobre todo entre los buenos vecinos, furiosos por la oscuridad que producía tanta vegetación, cuyo crecimiento obstruía el paso por las veredas. Lástima grande que su destino no sea un día erigirse en monumento a la cultura, como lo es, por ejemplo, el Instituto Darwinion en Buenos Aires, cuyo jardín, con cantos de pájaros y frondoso follaje que asoma por las ventanas, tanto recuerda al nuestro. Subiendo, en cierta ocasión, por la escalera para escuchar una conferencia en mi segunda patria (pensando, ¡cómo evitarlo! en mi primera) escuché a una señora exclamar con unción: "Cómo me recuerda esto a la quinta de Vaz Ferreira..." Era la Sra. Ernestina R. de Cánepa, gran conocedora de arte, quien había estado, durante sus veraneos de Montevideo, en nuestra quinta, escuchando música en medio de la naturaleza, y que en esos momentos, se asociaba a mis propias evocaciones, en esa biblioteca que, con su gran recogimiento, relacionaba el nombre de su dador, Cristóbal Hicken, que tanto bien ha hecho, con el espíritu de mi padre, que tanto bien podría todavía hacer.

Era en medio de ese marco de encanto y de irrealidad que, los jueves de tarde y los viernes por la noche, tenían lugar las reuniones musicales en el escritorio de mi padre. Circulaba, con respecto a esas tertulias, la versión de que "la puerta estaba abierta y el que quisiera entrar entrara". No era tan así la cosa, pero tampoco muy de otra manera, ya que se efectuaban reuniones de ideología muy amplia y tendencias variadas, en las

que se conocía gente heterogénea y se escuchaban algunas veces obras por primera vez en el Uruguay. La puerta estaba abierta sí, pero jamás se atrevía a entrar quien no conociera bien el lugar, ni siquiera los cobradores o los merodeadores, porque, entre la fama de antigua leyenda misteriosa y las sombras espesas y movedizas que proyectaban en la residencia la oscuridad y la densa arboleda, rara era la persona que no supusiera que si se libraba la entrada se debería a la tranquilidad proporcionada por ignoradas defensas silenciosas...

Esas audiciones eran tan respetadas por él, que jamás admitía compromisos para esas horas. Mucho habrían de atraer esas veladas pues aún con lluvia, solían asistir los oyentes. La quinta era oscura, quedaba lejos, en un barrio de comunicaciones difíciles; se exigía silencio, con absoluta prohibición de hablar mientras sonaba la música, tanto que al terminar, la gente quedaba cohibida. Mi padre reclamaba puntualidad y era capaz de cerrar el combinado en las narices de invitados aún recientemente venidos y dejarlos plantados al llegar las ocho en punto. Mucho sí debían atraer, aunque a veces se echara a alguien con cajas destempladas o se fuera alguno porque no se transigía con ciertos visitantes o con ciertos autores... Hasta una treintena llegaban a reunirse, a veces, en invierno, y para mi padre era un duelo si nadie asistía, como ocurría en otras oportunidades.

Jamás habrán podido imaginarse la dicha que le proporcionaron Brairowsky, Friedman, Risler, con quien jugaba al ajedrez, Rubinstein, Villalta, Viñes, quienes aceptaron, modestamente, interpretar en un Gotrian Steinway vertical, humilde piano pero de dulce sonido, sin publicidad, sin ceremonias, sin público numeroso, llevados por el representante de la firma Iriberrí, Saúl Sempol, a quien tantas horas felices debió mi padre.

Entre nuestros compatriotas, Carlos Demicheri, acompañado fielmente al piano por una hermana, Eduardo Fabini, quien prodigó inolvidablemente su magnífico arte de violinista entre los árboles de la quinta por la noche, Luis Cluzeau Mortet, Fanny Ingold, Mercedes Olivera, Julio Martínez Oyanguren, Adela H. de Rius, Bettina Rivero, Margarita, Elvira y Ana Romeau Sánchez, Victoria Schenini, Ema de Yéregui y muchos otros consumados artistas, hicieron vivir a mi padre horas de plenitud en el sosegado recinto donde transcurrieron momentos incomparables.

Una fiesta inolvidable le obsequió Lyda Indart con su armónica orquesta de cámara. Y ya en sus 85 años, recibió aún el regalo inapreciable de una audición de canto de la soprano Delia Staricco.

Recuerdo la orgullosa alegría que sintió mi padre el día en que cumplía años nuestro pianista Luis Batlle Ibáñez, cuando a la pregunta de la madre sobre cómo deseaba conmemorar su cumpleaños, contestó: "El mejor festejo sería escuchar música en lo del Dr. Vaz Ferreira", lo que así se hizo.

En la colección de discos que mi padre poseía, existían muchas curiosidades y aun ejemplares únicos. La eximia concertista Mercedes Olivera, muchas veces buscó inspirarse para sus ejecuciones en clavicordio, en modelos de interpretación de obras de Bach de la colección de mi padre. El violinista Florencio Mora recurrió a ella, deseando escuchar ciertas grabaciones del célebre conjunto Poltronieri. Aun el mismo Sodre y también la desaparecida Radio Jackson, solicitaron en préstamo discos exclu-

sivos, manifestando la última en cierta ocasión, el deseo de adquirir la colección completa.

La música, ella sí, constituía su verdadera pasión artística. Se sentía muy orgulloso de sus conciertos y aunque llegó a veces, a llamar a sus ejecuciones, con cierto desprecio nostálgico, "pseudo-música", pues siempre anheló ser él mismo intérprete, por lo general se sentía absolutamente feliz. Con la música y sus buenos amigos pasaba sus mejores veladas, sólo empañadas a veces por algún joven (o viejo) artista, discolo, que prefería Strawinsky a Bach o a la Quinta Sinfonía de Beethoven o que no amaba a Brahms, con gran escándalo de su parte, que lo llevó hasta hacer entender que estaba de más a más de algún alguien... No cabía en sí de gozo cuando elogiaban su "criadero de música" como un amigo llamó afectuosamente a su salón, cuando fue testigo del lenguaje complicadísimo con que mi padre, entre sus múltiples combinados, anotaba números y "recetas" para el mejor sonido de los discos, con mil recomendaciones, sobre graduables disminuciones de peso en las membranas por medio de una palanca, sobre los mejores árboles de los cuales debían extraerse las espinas para las púas que él mismo confeccionaba, etc.

Los discos fueron desalojando lentamente a los libros, que dócilmente se ocultaron, quizás para siempre, en doble o triple hilera en los estantes más inaccesibles. Y en los cajones de su escritorio se hallaban anotaciones misteriosas que parecían pertenecer a un sabio de laboratorio, enfrascado en fórmulas sobre combinaciones de materiales, instrumentos, velocidades...

Mi padre era muy prolijo y en su discoteca existía un orden impecable. Conocía la situación exacta de cada obra y, sin vacilar, sabía dirigirse, hasta en la oscuridad y aun ya extenuado por la enfermedad, exactamente hacia el disco deseado; la cabeza más avanzada que los pies debió a su debilidad física y su afán de seguir escuchando, indicaba bien a las claras que no deseaba ayuda de nadie aunque algo arrastrara sus piernas. Jamás se equivocaba, y sin perder un segundo hallaba lo que buscaba, aunque se tratara de una determinada versión del Aria de Sol de la Suite en Re mayor de Bach, entre las docenas de interpretaciones que poseía.

Para marcar sus álbumes empleaba un lenguaje de policroma geometría. Utilizaba círculos, cuadrados, triángulos, rombos, recortados en papeles de diferente color y pegados en los lomos de los álbumes. El violín era dorado, el violoncello dorado y plateado, la orquesta dorado y naranja, los lieder verdes... Tiras de distinto ancho que agregaba, completaban un alfabeto muy amplio, para su copiosa colección, que constituía el motivo de muchas conversaciones y ensayos.

El catálogo de sus obras nunca pudo estar al día por causa de su permanente inquietud renovadora, que en música también se manifestaba, pues a pesar de que en ciertas ocasionales reacciones llegó mi padre a afirmar, por ejemplo, que se "había quedado en la mitad de Debussy" también llegó a admitir, hasta en sus últimos días, muchas innovaciones que le llevaron a oír con curioso placer Carmina Burana y otras obras de Orff y, por ejemplo, a sentir interés por la "Fundición de Acero" de Mosolov, "Pacific 231" de Honegger y aun modernísimas composiciones

de Khatchaturian y otros, que escuchaba varias veces seguidas, para comprenderlas mejor...

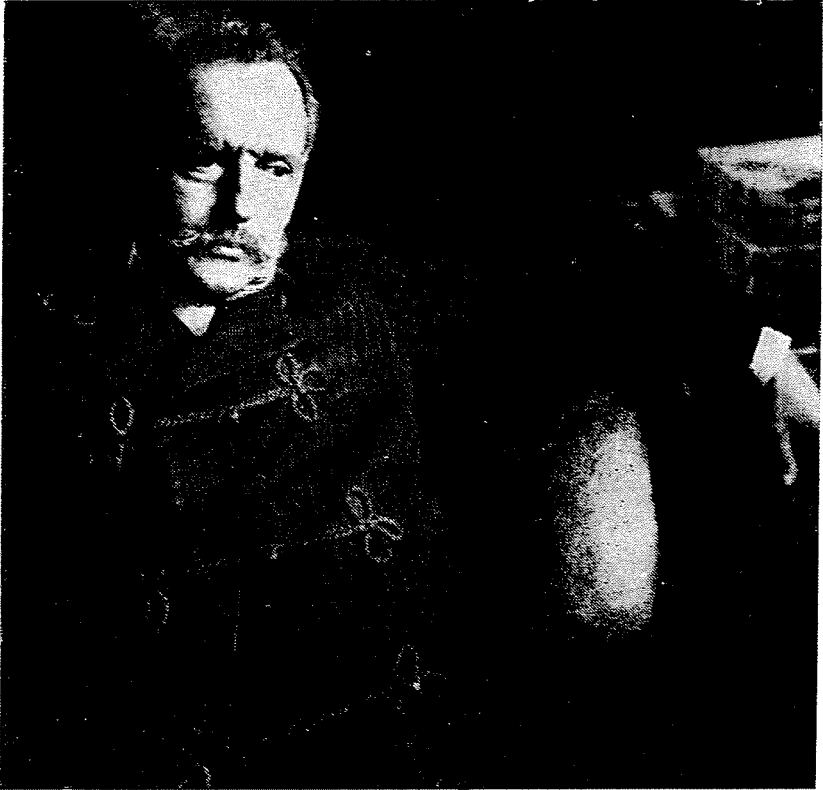
En su colección figuraban miles de discos y, cosa curiosa, mi padre que era muy modesto con sus libros, producto de su fecunda obra de autor, exteriorizaba una grande, inocente y muy particular vanidad por sus discos y por sus numerosos combinados, en cuya construcción no había intervenido y que eran "los mejores del mundo" como él mismo aseguraba, sufriendo una sincera y no disimulada decepción cuando alguien insinuaba que había oído algo superior.

Muy sentimental, luego de la aseveración de Hitler, de que la filosofía de Wagner lo había inspirado en su horrenda campaña, no volvió a escuchar una sola nota de ese compositor tan preferido, hasta que la derrota total puso fin a la guerra. Así también, la muerte de su incomparable compañera, ocurrida en 1946, redujo gran parte de su repertorio musical porque, en su cariño hacia ella, había adornado las melodías de casi todas sus obras diletas, con palabras de ternura infinita que la evocaban. Joyas como la "Sexta Sinfonía" de Beethoven, música preferida por mi madre, "En las Estepas del Asia Central" y "Nocturno" de Borodín, el "Andante Cantabile" de Tchaikowski, el "Concierto N^o 24" de Mozart, la "Sonata en La mayor" de Franck, el "Quinteto en Mi bemol" de Schumann y tantas otras bellas creaciones, a las que había agregado letras profundamente conmovedoras, no se escucharon más desde que ella se fue.

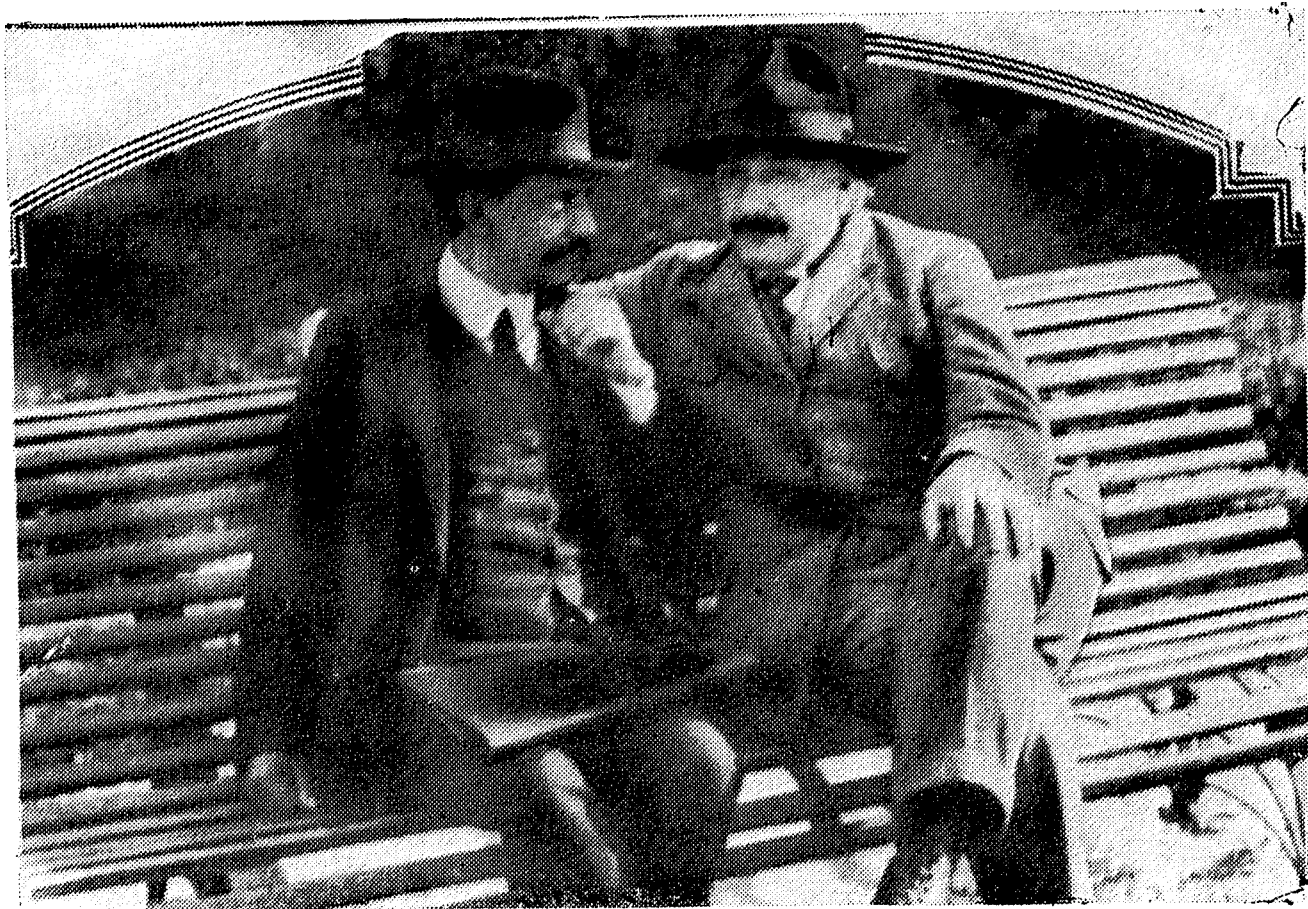
Era capaz de permanecer horas, en éxtasis, bajo el hechizo de los lieder de Schubert y ese sortilegio se repetía con Schumann, Beethoven, Bach, y casi todos los clásicos. En su juventud, guiado por su gran amigo Juan Capurro, espíritu refinado que lo interiorizó en ese arte, sobre todo en el mundo de Wagner y Glück, no reconocía más que esa clase de música. Pero luego, hasta la ópera italiana, que siempre había juzgado negativamente, con cierto menosprecio, fue descubierta en sus últimos tiempos y llegó a conquistarlo hasta el punto de hacerle adquirir entusiastamente óperas íntegras, como El Barbero de Sevilla, Rigoletto y muchas otras, y nada extraño era hallarlo, ya sin frenos, escuchando con deleite trozos de La Sonámbula de Bellini, a quien profesó gran admiración y ante cuya temprana muerte nunca se consoló.

Siempre sintió interés y curiosidad por todo lo nuevo. Comenzó por el Angelus (Conocida es la anécdota de cuando, recientemente casado y pobrísimo, compró ese aparato creyendo que tocaba por sí mismo y recién al tenerlo en casa descubrió que necesitaba nada menos... que un piano más, detrás) para después pasar a adaptaciones para autopiano, luego a una primera colección de discos, más tarde a los de cambio automático y larga duración. Cuando falleció estaba concertando una entrevista con un diplomático extranjero que partía, con el objeto de adquirirle un nuevo aparato estereofónico, con el consiguiente propósito de modernizar en ese sentido, nuevamente, su discoteca.

Con respecto a la pintura, no sentía mi padre un entusiasmo muy marcado. Aseguraba que en arte, sentía más lo que entraba por los oídos que por los ojos. Sin embargo, frente a la naturaleza, se sentía feliz, hasta el arrobamiento, ante una luciérnaga, una golondrina, una silueta de oveja



El Dr. Vaz Ferreira en el sillón en que se sentaba habitualmente,
para oír música, en su casa-quinta del barrio
Atahualpa (Montevideo).



El Dr. Carlos Vaz Ferreira con Alberto Einstein en un banco de la Plaza Artola o De los Treinta y Tres.

recortada sobre el paisaje o una puesta de sol (a las que daba mucha importancia, instándonos en los años buenos a acariciarlas desde lejos y en los malos, a tirarles piedras).

Aparte de su admiración a los cuadros con que generosamente adornó su casa, su entrañable amigo, el pintor Mila Berretta, (refiriéndose a quien aseguró que nunca entendió por qué razón no se la había comprendido, pues ni aun después de su muerte se cotizó con justicia su talentosa obra), solamente lo vi animarse de verdad en dos ocasiones. Una, durante su visita al después destruído Jockey Club, de Buenos Aires, frente a un borroso, pequeño y muy sugestivo cuadro de Goya, en el cual oscuramente se distinguía una multitud, de caras sombrías, observando algo con desconcierto y terror (alguien dijo que se denominaba "El Ahogado" y, al no figurar entre los objetos de arte salvados del incendio, es de suponer que ya no existe). Otra, en la exposición retrospectiva francesa de arte, del año 1940, en el Teatro Solís, en donde quedó entusiasmado, primero, ante el "Retrato de Mrs. Stephenson y su hijo", cuya figura de mujer poseía un rostro de expresión noble, tierna, femenina, delicada, pura... luego, frente a un "Paisaje nevado" de Vlaminck y finalmente, casi en éxtasis, ante "La Lluvia" de Van Gogh, de una tenuidad irisada, que reflejaba el aire del campo, desde la ventana del asilo de St. Rémy, quizás única evasión del espíritu genial del pobre loco, durante su trágica reclusión.

Mi padre, que no buscaba la publicidad, aunque en el fondo lo enorgullecía que se lo recordara en notas periodísticas, aceptaba fotografías hasta con cierta coquetería, pero jamás vio con simpatía que se pintara retratos de él. Los dibujos existentes, las caricaturas, como las de Bagaría, Cúneo, Toño Salazar, o cuadros, son sacados de bosquejos hechos en lugares públicos o basados en fotografías. Según mis recuerdos, sólo posó ante el dibujante ruso Lubkin, (quien le hizo un retrato de insólita semejanza a mi padre años después, desfigurado ya por su enfermedad) y, deferentemente, ante su gran amigo, Milo Berretta, cuadro que quedó sin terminar, en parte porque el autor no estaba demasiado satisfecho de su obra y en parte, porque a mi padre le indignaba que para "valorizar" el tono oliva de su piel, se le hubiese ordenado enfundarse en un pijama de un oscuro color ciruela que consideró absurdo.

Menos aún admitía mi padre la escultura, en general. Consideraba dicho arte "un poco póstumo". Mucho tuvo que discutir ante la insinuación de perpetuar su cabeza o su busto, entre otros con el artista D'Aniello, quien se había interesado empeñosamente en plasmar su figura en el bronce. Nunca quizo reconocer la recia creación de Eduardo Yepes, hecha sobre apuntes subrepticios tomados en su escritorio, durante algunas sesiones musicales, hilvanando miradas furtivas que simulaban afinidad de gustos y de autores. Felizmente se negó, porque es téticamente dramática y lo que en un principio semeja un aborto irreconocible e informe, poco a poco se anima de una fuerza psíquica impresionante, de humilde reproche, que va transmutándose en algo así como un pedido de cuentas a la humanidad... ¿por presentimiento supersticioso de olvido...? ¿por pronosticada injusticia...? que carga su expresión con una muda acusación. Lás-

tima que el lugar donde se expone no reuna las condiciones de recogimiento adecuado y reclame tanta obligación, que quita las ganas de entrar. La ubicación que requeriría esa cabeza, sería algo así como la sala de la meditación en la Casa Internacional de los Estados Unidos, en donde en el centro de una pieza vacía se admira únicamente, una silenciosa planta...

Magnífica hubiera sido su mascarilla, si nos hubiéramos animado a aceptar la insinuación de hacerla. Habría simbolizado dignamente, la imagen de la Serenidad.

El Teatro no lo atraía especialmente. Prefería casi siempre leer directamente las obras. Varias veces se retiró de una sala antes de que terminara la función, por considerarla inmoral, como sucedió con "La noche del sábado" de Benavente y el espectáculo coreográfico del ballet de Edmée Davies. Sólo le entusiasaban las óperas, casi exclusivamente de Glück y Wagner, llegando muchas veces, a viajar expresamente a Buenos Aires para asistir a representaciones magníficas de estos autores en el Teatro Colón de esa ciudad.

Negaba, de entrada, la existencia del Cine, no reconociéndolo como arte formal y se indignaba frente a su creciente difusión. Pero, lo curioso, es que honradamente reconocía que las pocas películas que había visto, ante la insistencia de algún buen amigo, le habían gustado mucho, como "Sueño de una noche de verano" y "La quimera del oro".

Sin embargo, a veces, se olvidaba de su desprecio, para sugerir, con cierta timidez y en gran secreto... pero deseando en el fondo que se le diera curso... que tenía un proyecto de "gran negocio" para algún director... como ocurrió en la tarde de su último día, cuando después de leer un aviso que llamaba a concurso para argumentos cinematográficos, dijo que los productores eran tan ineptos, que aún no habían descubierto que "El conde Kostia" de Víctor Cherbuliez (de pasmosa ingenuidad) era el tema indicado para su empresa.

Mi padre sabía muchísimo. Tenía una memoria prodigiosa que le permitía recordar los nombres y principales rasgos de los protagonistas de libros que había leído muchos años antes. Recitaba en latín largas poesías que había aprendido cuando era estudiante de enseñanza secundaria. Aún en sus últimos años, leía con sacerdotes amigos, textos de cantos gregorianos, en libros que adquiría editados en ese idioma. Fácil era apreciar frente a su erudición sin énfasis, cuánto perdía quien no se hallaba delante.

Era muy ameno en su conversación corriente y, a pesar de aquello que se le atribuye: "Qué dice, doctor?" —"Lo menos posible", socialmente tenía mucho éxito en las reuniones y se solicitaba su presencia con cariño y agradecimiento por el privilegio de escucharlo. Tenía muchas relaciones que lo respetaban con deferencia, aunque a veces trataba mal, sobre todo a los que lo querían bien. No obstante, mi padre era considerado muy buen amigo, aunque solía recibir en afecto más de lo que daba.

Una de las cosas que más lo desequilibraba era la falta de exactitud en el cumplimiento de las horas marcadas para las citas. Una vez, un periodista francés, luego de concertar complicadamente, una entrevista, llegó tarde, lo que puso a mi padre de mal humor y se cuenta que el desarrollo de la entrevista fue escuetamente así: "¿Qué opina Vd. del existencialis-

mo” —“No soy partidario de ningún ismo” —“Entonces, Vd. se condena al mutismo”. El periodista se retiró disgustado por la parquedad del diálogo y no lo juzgó muy bien que digamos.

Mi padre tenía un sentido estricto de la puntualidad, llamada por él “una de las virtudes pequeñas que son el cemento de las grandes” y se rebelaba contra la poca importancia que se le daba en estos países. Recuerdo con cuanta fruición asistía a casi todos los conciertos del Sodre, muchas veces con tanto temor de llegar tarde... que el amable portero había de abrirle las puertas para que no se enfriara ni esperara de pie. Otra vez, en una velada musical de gran jerarquía a la que concurrimos a la hora indicada... entró atribulado un mucamo a pedirle a la dueña de casa las llaves para sacar recién los manteles y los uniformes del personal y empezar los preparativos... Creo que bien se podría decir que Vaz Ferreira sólo llegó tarde a su propio entierro, ya que, al haber fallecido en un día de verano en que la mayoría de las personas importantes se hallaban ausentes, no se pudo organizar bien a tiempo su traslado, primero, a la Universidad, (donde tan feliz se hubiera sentido si hubiera podido escuchar por última vez, al magnífico Coro Universitario, dirigido por Nilda Müller, y a la contralto Delia Staricco, acompañada al piano por Lyda Indart, interpretando el “Recitativo” y el “Aria” de Glück) y luego, al cementerio, retraso provocado por interferir, a último momento, el propósito de las autoridades de rendirle homenaje llevando sus restos al Panteón Nacional, con la propia voluntad de mi padre de ser sepultado al lado de su esposa, en el Buceo.

Tuvo varias oportunidades de viajar al extranjero, especialmente a Francia y a España, amparado por el gobierno y por el gran afecto de los amigos. Pero, aunque lo hubiera halagado, jamás se decidió a aceptar, por cierta resistencia al traslado, tanto física como afectivamente. Sólo los preparativos le hacían reaccionar en forma análoga a Pío Baroja, cuando respondió horrorizado: “Ir a América? ¿Tener que hacerse un traje?”. Por tal razón, creo que hasta se hubiera molestado si hubiera tenido éxito la gestión, para obtenerle el premio Nobel, que llevaron a cabo fieles admiradores y que él llamaba, haciéndose el desentendido, “Cuatro pasos en las nubes”, aludiendo al título de una película.

Aparte de sus varias visitas a Buenos Aires, el único viaje al exterior que realizó, con excepción de cuando falleció su padre en San Pablo, fue el que hizo al Brasil en 1946, en misión cultural, en cuya ocasión tuvo la sorpresa de encontrar a un primo hermano, de cuya existencia no tenía noticias. Recibió homenajes y muestras de simpatía. Pero, fue curioso, allí, donde esperaba, de acuerdo con las antiguas costumbres, tantas ceremonias (para cuya asistencia se había provisto de un gran baúl, con galas, en obsequio de su ascendencia lusitana y que fue la desesperación del pobre diplomático uruguayo que, con infinita gentileza, cargó con él), hubo, a la vez que grandes recepciones en el Palacio Itamaraty, fallas de combinación, quedando solo, a su edad, sin nadie que lo atendiera, como cuando, luego de un acto oficial lejos de la ciudad, hubimos de volver, como último recurso, en un camión de reparto de aves, gracias a la amabilidad del único conductor que se conmovió, y fue tristemente cómico contemplar el terror de las aves sueltas, volando, confundidas, entre nosotros.

Los conocidos viajes a la Argentina, tuvieron como culminación, el ciclo de conferencias pronunciadas en el año 1939 en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, con un gran éxito, sólo igualado, hasta entonces, por Ortega y Gasset, según quienes lo siguieron. Con mucho entusiasmo y delirante cariño, cuando trató de la Democracia en América, y no con tanto entusiasmo pero sí con el mismo cariño, cuando habló sobre las Trascendentalizaciones matemáticas ilegítimas y falacias correlacionadas...

Se le acercaron, entonces, muchos hombres de valor, para rendirle homenaje y cambiar ideas. Se sintió tan feliz en ese ambiente que, a no dudarlo, constituyó ese viaje uno de los intervalos perfectos de su existencia, en que, según él mismo, hubiera podido pronunciar las palabras definitivas: "Detente, instante, eres bello..."

En 1940, invitado por la Universidad del Litoral, pronunció conferencias en Santa Fé y Paraná, siendo atendido solícitamente por su Rector, el Dr. Josué Gollán, el Ing. Cortés Pla, el Dr. Horacio Damianovich, el Ing. José Babini, Alberto Gerchunoff y otros. Se cernía ya sobre él, en esa ocasión, una aguda psicastenia, causada por la guerra europea, que hizo crisis con la caída de París.

En 1957, el Dr. Alfredo Palacios, uno de sus amigos preferidos, gestionó una gira por la Argentina, con invitación oficial del presidente Aramburu, que no pudo concretarse. Habría sido un digno final que el infarto que se lo llevó, lo hubiera fulminado al final de una Conferencia allí, como lo llegamos a temer.

En la Argentina tenía, además de los buenos amigos intelectuales, ajedrecistas y pelotaris, grandes compañeros musicales (la fama de su colección de discos había traspuesto las fronteras), que lo honraban con reuniones de alta calidad, celebradas en su honor y, en casa de uno de ellos, el Ing. Camarasa, de Rosario, fue donde comenzó, al término de una conferencia, una profunda amnesia, que marcó el comienzo de una de sus ausencias mentales, que se repitieron por años.

Amaba mucho a su país y por eso conservó en el fondo, siempre, cierto desprecio hacia los desplazamientos en general, motejando a los viajeros, con acento burlón, acusándolos de padecer de un enfermizo "delirio itinerante".

Le gustaban mucho las golosinas. Contaba que una vez, volviendo de Buenos Aires, al ser observado por un aduanero sobre la cantidad de chocolate que traía, lo dejó conmovido con un reticente: "Tengo ocho hijos...", aunque en verdad, la mayor parte era para él. Cuando comía fuera, elegía primeramente los postres, a veces hasta tres, y luego adaptaba a ellos las comidas. Quizás fuera reminiscencia de su infancia, regalada con apetitosos envíos de un tío establecido en Brasil con fábrica de dulces. Un día que fue a comer a lo de Zorrilla de San Martín, éste lo quiso sorprender ofreciéndole un dulce de leche muy rico, elaborado por una hija suya, pero, el sorprendido fue él... "Vaz Ferreira me comió el dulce reservado para toda una semana..." Gustaba, sobre todo, del dulce de guayaba y cada vez que lo había, con el pretexto de que él sólo era capaz de "tomarle el gusto" se comía la parte del león...

Sentía un gran placer en ir al restaurante “Del Aguila”. Allí, en un ambiente de beneplácito y satisfacción, entre la amabilidad de los mozos, la suculencia de los platos y el efecto expansivo del cocktail Kola, su preferido, que le producía una sana alegría, inusitada, juvenil e ingenua, se podían tratar, sin miedo, con toda placidez e insistencia, los más espinosos temas que, en otras atmósferas, provocaban, invariablemente, su indignación. Hasta la reacción al más tabú de los sujetos se allanaba, sin estallido alguno de su carácter, que lo tenía, ¡vaya si lo tenía...! Era divertido ver con cuánta amabilidad y prescindencia de antecedentes, saludaba en ese lugar, cuando se enfrentaba a alguno de sus enemigos, que también los tenía, ¡vaya si los tenía!...

Allí se le desarrollaba una ironía especial y se conmovía ante la deferencia que le prodigaban los empleados, algo asombrados por la exagerada capacidad de mi padre para alimentarse, que llegó a originar la siguiente anécdota, referida cariñosamente por Esther de Cáceres: Almorzaban ambos con un diplomático chileno quien al terminar dijo a aquella, confidencialmente, “Si yo hubiera comido tanto como el Dr. Vaz Ferreira me hubiera muerto...”. Al enterarse más tarde mi padre del juicio respondió: “Sí, y yo me hubiera muerto si hubiera hablado tan mal de tanta gente...”.

Tan manifiesto era su entusiasmo por ese local, que de escucharlo hablar siempre con cariño y énfasis, su nietito menor se había hecho entonces la idea de que era una especie de paraíso terrenal, propiedad de mi padre, y afirmaba que cuando fuera un poquito más grande él también quería tener un “Aguila” para él solo.

No era rencoroso ni daba trámite a la maledicencia. Y vivió como murió: persiguiendo continuamente la injusticia.

Con respecto a las creencias religiosas, aparte de su ansia de fe y tenaz esfuerzo estéril por creer en alguna, lo único que le oí decir a mi padre a favor de las religiones fue, refiriéndose a ciertas orientales, que contaban con su simpatía, que él preferiría no reconocer como superior una religión que excluyera el reencuentro con los seres queridos y que únicamente elegiría una que admitiera en el más allá, la reunión en toda su esencia. Con respecto a la católica, manifestó la tímida insinuación de que quizás hubiera sido un error que ninguno de nosotros estuviera bautizado, porque con ello nada se hubiera perdido y, en cambio, si llegaba a haber otro mundo, podría esperarnos un más allá separados para siempre, ya que al estarlo mis padres, nunca podríamos volver a reunirnos...

Jamás atacó crudamente la fe religiosa. Se limitaba únicamente a discusiones filosóficas, o a algunos sarcasmos, más bien leves para un ateo. Tal como: “¿Que se hace con el Viejo Testamento? Los católicos lo escamotean, los protestantes lo sofistican. No se sabe qué es peor...”.

Pero, aun la ironía y la reticencia religiosa fueron retiradas en parte de sus libros, en los últimos tiempos, por consideración.

Mi padre practicaba y sentía un respeto estricto por el amor conyugal, hasta no sentir simpatía por Wagner, como hombre, por haber descuidado a su esposa y cometido la felonía de traicionar al más devoto de los

amigos. En música, por ejemplo, sentía gran predilección por la ópera "Fidelio" de Beethoven y "Alceste" de Glück (lo último que escuchó en su postrer sábado) y le sacudía la irónica defeción de un pueblo que se lamentaba por el "oráculo funesto" ... y que se dispersaba en silencio, abandonando a su suerte esa dolorosa silueta de mujer.

Admiraba y envidiaba a todas las figuras que, como el sabio Berthelot, habían tenido la suerte o el valor de no haber sobrevivido a su compañera.

Para él, Mozart era un modelo de hombre. Admiraba las cartas de amor que escribió a su esposa y que podía repetir de memoria en arranques de ternura, con los ojos humedecidos: "Mujercita querida, si te contara todo lo que hago con tu querido retrato te reirías muchas veces. Por ejemplo, cuando lo saco de su prisión le digo: Dios te bendiga, pequeña Constancia. Dios te bendiga, pícara, cabeza desgreñada... y después, cuando lo vuelvo a poner en su lugar, lo hago deslizar poco a poco, diciendo todo el tiempo: Vamos, vamos... pero con la energía particular que exige esta palabra, que dice tantas cosas... Y para terminar digo enseguida: Buenas noches, ratoncito, y duermo bien. Creo que acabo de escribir aquí alguna cosa muy estúpida, al menos para la gente, pero para nosotros, que nos queremos tan tiernamente, eso no es precisamente tonto". Ignoro qué impresión le harían a ella, que andaba siempre en otras cosas, esas confesiones, pero, para mi padre, representaban lo más sublime del amor.

Manifestaciones de profundo afecto afloraban muy frecuentemente de su alma y con palabras de cariño, muchas veces en un idioma propio que creaba y utilizaba exclusivamente para nombrar y honrar a su compañera, le demostraba en dedicatorias, mensajes y aun cantos, su constancia sentimental, empleando un lenguaje colmado de términos tiernos e inocentemente infantiles que transparentaban los años de conmovedora comprensión mutua que vivieron.

Uno de los hábitos inquebrantables que recuerdo, en homenaje a ese sólido sentimiento que los unió hasta la muerte, era el cumplimiento de un pacto convenido que le obligaba, siempre que fuera al campo, a traerle como recuerdo, si podía, una verbena roja, preferida por mi madre. Esa humilde florecilla silvestre, no podrá saber la cantidad de súbitas frenadas con que obligó mi padre a detener la marcha de los automóviles a sus asustados amigos, quienes, al escuchar un repetido "¡Pare! ¡pare!" sólo pensaban en algún accidente inesperado e inminente.

Volví muy ufano, luciendo en el ojal su flor, que mi madre fue colocando con unción entre algodones, a través de tantos años, junto a los mensajes del noviazgo que él ordenó quemar y así se hizo con gran pesadumbre. Es de creer que esas cartas, si existiera un Museo de Amor y Ternura, merecerían haberse depositado allí para figurar como símbolos de lazos eternos, conjuntamente con la extraordinaria carta que mi padre llevó hasta su lecho de muerte, y que fue escrita después de ¡treinta años! de casados...

Esa carta tiene su historia. Muchos años, casi veinte, de unidos en matrimonio, mi padre construyó una hermosa casa con los honorarios del pleito más provechoso que le reportó su sociedad con el estudio del Dr. José Irureta Goyena, (en total \$ 20.000) y a la vez uno de los éxitos jurí-

dicos mayores de su poco conocida carrera de abogado, en la que obtuvo muchas satisfacciones, pero también una de las mayores tristezas, cuando después de muchos años debió retirarse. Obsequió entonces a su ideal compañera, con un hermoso "secreter" para su artística sala, con la única obligación de estrenarlo con una carta dirigida a él. Pero mi madre, entonces, no disponía de un instante de libertad y sólo muchos años después, cuando ya el último de sus hijos, a quienes sirvió de única escuela con gran maestría, estuvo preparado para dar examen de ingreso a la enseñanza secundaria, dispuso de los minutos necesarios para redactarla y cumplir la condición establecida para la inauguración del primoroso mueble.

Mi padre vivió sus últimos años culpándose por no haber sabido morir de dolor al perder a su esposa, obsesionado por lo que consideraba una deserción frente al sentimiento entrañable que siempre le había inspirado mi madre. Los once años que la sobrevivió le pesaron como plomo, avergonzándose como si la hubiera traicionado. Se los hicimos vivir, a empujones, nosotros, en los primeros tiempos; luego fue la Facultad de Humanidades, su proyecto realizado más querido, cuya cristalización le costó muchos años de lucha, la que retribuyéndole, hizo el resto, consiguiendo su resurrección. Asombra y conmueve revisar las agendas que así lo confirman. En sus prolifas libretitas figuran, casi como únicas palabras repetidas, numerosísimas "Facultad", "Consejo", "Sesión", "Claustro Universitario",...

La Facultad no solamente lo entusiasmaba, constituía casi su única luz. Allá iba, a pesar del frío, a pesar de los temporales, que muchas veces acobardaban a alumnos y profesores (el antiguo caserón estaba mismo sobre el puerto), a pesar de que muchas veces no funcionaba el ascensor y debía subir penosamente las escaleras... (Una de sus grandes satisfacciones fue reconocer en el estudiante que con su linterna le alumbró los escalones la última vez que ello ocurrió, a uno de los alumnos más recalcitrantes, que no había compartido su ideología en la penosa campaña pro decanato y, más tarde, ya en el sanatorio, no ocultaba su conmovida alegría cuando se enteraba de que su joven enemigo preguntaba solícitamente todos los días por su salud).

Tan lúcidamente actuaba aún en los tiempos finales, que se lo consideraba todavía con todo respeto. Uno de los consejeros relataba que, durante el último período, en una reunión muy apasionada, en que todos hablaban al mismo tiempo y con mucho entusiasmo, de muchos proyectos, a largo plazo... de pronto, se detuvieron a escuchar al Dr. Vaz Ferreira que decía, con pleno sentido común: "Pero, imaginense que está sonando un disco que únicamente repite: El plazo vence el doce de noviembre... el plazo vence el doce de noviembre... ¿Tendrían entonces razones de existir estas discusiones?" Nadie había pensado en ello y se le escuchó, ¡faltaban sólo tres días!

Vaz Ferreira se sobrevivió a sí mismo... Sobre todo en los primeros años después de la muerte de su inolvidable compañera, aunque más tarde desmintió con creces ese juicio, resurgiendo con pleno vigor, del eclipse. Por eso, fue ciertamente bien justificada la pregunta de aquel periodista colombiano, a quien en Montevideo le propusieron una entrevista "con el

primer pedagogo uruguayo” y exclamó: “Pero cómo... ¿Vaz Ferreira existe todavía...?”

Mi padre sintió un gran temor ante la muerte y vivió aterrorizado frente a la idea de su propia desaparición, confesando que, cuando se acordaba súbitamente de ella, solamente por medio de un gran esfuerzo de voluntad conseguía reprimir gritos de espanto. Era enemigo del duelo, por principios morales, pero siempre reconoció que él nunca se hubiera atrevido a batirse, por cobardía.

En todas las edades le había abrumado su propio final, que preveía muy penoso por antecedentes de familia. Le intimidaban la postración, la ceguera, el reblandecimiento mental, el cáncer...; y tanto le horrorizaban tales epílogos, que hasta exigió en cierta ocasión, la promesa de un fin artificial si hubiera debido sobrevivir a uno de esos males. Siempre se quejaba, algo humorísticamente, de que su familia comenzaba a acabarse por las piernas, envejeciendo de abajo hacia arriba, refiriéndose a varios casos de antecesores. La angustia que lo perturbaba de quedarse sin poder andar, se justificaba en gran parte, pues su madre vivió muchos años ciega e inmovilizada.

Su gran miedo a la idea de la muerte le hacía referirse a ella con un dejo de fingida burla, pero de mucha sinceridad, hablando de su “tanatofobia” (quedó nombrándola así, después de asistir en Buenos Aires a una representación de “La Mesa Verde” por el ballet Jooss, espectáculo que abandonó por la mitad, muy impresionado; esa manía siguió en aumento cuando, por causa de la invasión de Francia por los alemanes, sintió en Santa Fé, al terminar una conferencia, los primeros síntomas de una de sus crisis espirituales, que habrían de repetirse en forma cíclica, y durante las cuales desaparecía, suspendiendo todo contacto social).

Siempre aludía a su propio fin como a una inminencia muy próxima, frente a cualquier cosa que se le propusiera, ante cualquier plazo o proyecto, estrellándose las invitaciones y las buenas voluntades contra un “Ya no va a haber tiempo” lapidario.

Su afán de conocimientos jamás fue atenuado. En sus últimos meses adquirió una mitología griega y romana, y al ver anunciado un tratado de Física moderna en una enciclopedia francesa, dirigida por De Broglie, lo encargó y luego sólo se asustó ligeramente al ver su gigantesco tamaño... Recibía revistas con novedades científicas, musicales, ajedrecísticas o literarias, tales como “Scientia”, “Les Nouvelles Littéraires”, “The Gramophone”, “Chess”, entre otras, y marcaba muchos temas de actualidad con subrayados y anotaciones que consideraba útiles para futuras conferencias.

Pero, cada vez que se trataba de la renovación de las suscripciones, invariablemente se oponía, y acuciado por funestos presentimientos, respondía con un “¡Qué largo me lo fiáis!” del Burlador de Sevilla de Tirso de Molina, que no dejaba lugar a dudas sobre su reticencia... Por trampa del destino, el único pedido que llegó tarde fue “Miss Rovel” de Cherbuliez, libro que prefirió porque ¡acababa tan felizmente! (mi padre tenía marcada predilección por los inocentes temas de final dichoso, que devoraba en sus numerosas horas de insomnio, y cuyo número llegó a consti-

tuir un problema en casa). Solicitado a Francia, no se mostró dudoso de su arribo a tiempo. Por primera vez, en años, no había respondido al requerimiento con las palabras de Don Juan... y llegó exactamente el día de su muerte...

Sin embargo, en el fondo, abrigaba en los últimos tiempos, la esperanza de vivir más, y tímidamente insinuó en el sanatorio que si se le había hecho un tan gran homenaje para sus ochenta años, por qué no se le habría de organizar, con mayor razón, otro para sus noventa años... ¡Qué feliz se hubiera sentido al contemplar el magnífico horizonte del teatro en el parque que lleva su nombre, en la falda del Cerro, y los homenajes de Amigos del Arte y de la Universidad, en honor de su dedicación a la enseñanza pasada, presente y futura del país!

Pero, justamente desde el primer día de su enfermedad fatal fue cuando perdió en absoluto el miedo a la muerte, durante los días en que estuvo mal y cuando se encontraba bien. Desapareció como por milagro la desesperanza y, *sin ayuda de religión alguna*, se marchó sin temor, sin quejas. Tuvo, eso sí, un "¿Es el fin?" pronunciado con la última lucidez del comienzo de la crisis cuando se sintió alcanzado por la enfermedad, fulminantemente, el domingo de noche, pero fueron esas palabras pronunciadas nada más que con acento de resignación y con la curiosidad simple del que quiere saber.

Aunque deseaba ardientemente vivir, no manifestó inquietud alguna durante el período de la enfermedad. Y, esta vez, no mostró recelo de ninguna clase al partir de verdad, frente a la muerte. Ni siquiera aludió una sola vez al funesto epílogo. Tuvo serenidad aun en los momentos de mayor gravedad, sin debatirse, despidiéndose serenamente con la mirada sin protesta del que se entrega blandamente.

Y murió como Abraham, "en una vejez buena" y como Rilke, del final que le correspondía. Alguien dijo, ante lo inesperado de su muerte, que por lo insólita pudo hacer pensar en algún error; pero no: Ya era tiempo de pensar en creer que él también se podía ir... Y su muerte no fue una equivocación sino un gran acierto, pues cerró, con broche de oro, la Moral del Periodista: "Decir lo que se debe decir y callar lo que hay que callar: no hay que decir sobre las personas cosas innecesarias". "No escriba, nunca, cosas del lodazal", fue la última lección del maestro a la escritora Dora Isella Russell.

Mi padre sostenía siempre, que todo mortal debía tener el derecho inalienable, no solamente a que lo fulminara un rayo en el cenit de su mayor dicha, sino también a elegir por sí mismo el preciso segundo marcado para una muerte limpia, después de una vida útil, en el momento de suprema felicidad, tras del cual corrió Fausto: "Si llega el caso que diga al instante fugitivo, eres bello, ¡detente!, entonces que yo muera". En realidad, existe razón para pensar que el último día de mi padre fue uno de los más felices de su existencia y quizás el único en que fue verdaderamente dichoso un día complejo... ¿No habrá sido un infarto el rayo benefactor que siempre había implorado y merecido?

MATILDE VAZ FERREIRA DE DURRUTY

Los últimos días de mi Padre

Mi padre, a pesar de todo su optimismo en lo que se relacionaba con la confianza y el esperar siempre de la vida, era pesimista con respecto a su estado físico. Su temperamento neurótico, que de vez en cuando hacía crisis, magnificaba sus males haciendo más dramático lo inevitable y, desde años, trataba de impedir todo movimiento vital en cualquier miembro de la familia por temor a no tenerlo al lado en sus últimos momentos.

Hacia tiempo que declinaba sensiblemente, pero no nos resignábamos a reconocerlo. Le costaba bajar las escaleras, pero creíamos que era más bien para que nos fijáramos en él, pues por su modalidad, siempre ansiosa de afecto, era mimoso y gustaba de ser tratado de modo preferencial y recibir pruebas de cariño.

Una debilidad creciente y un resfrío al que no se le dio mucha importancia, le impedían asistir a las reuniones del Consejo de la Facultad de Humanidades, casi el único lugar a donde iba con real interés en los últimos tiempos, desde que su inseparable compañera partió.

Dominado por un profundo desfallecimiento, durante el último mes de su vida pedía, sin embargo, encarecidamente, cada lunes, él mismo por teléfono (que jamás usaba con el pretexto de oír mal, pero que en realidad odiaba), que postergara el Consejo la consideración de un sumario a cierta funcionaria de esa institución por quien sentía una profunda estima y a la que deseaba defender con todo calor frente a las acusaciones que consideraba injustas, sosteniendo con firmeza que sólo se la podía acusar de trabajar mucho y bien y de aspirar a que todos, en su dependencia, hicieran seriamente lo mismo.

No podía soportar, perpetuo Don Quijote, que se ofendiera a una mujer. Esa actitud, inspirada en su eterno romanticismo, ansioso de ofrecer su defensa contra la calumnia y su imperativo "No escriba cosas de lodazal" fueron sus dos lecciones postreras, inolvidables, dignas para el final de su Moral.

Corrían los últimos días de diciembre del año 1957.

Le acosaba una terrible tos que, por su violencia, parecía que iba a hacer estallar sus vasos y tanta era su fatiga, que casi no podía levantarse, sin ayuda, del sillón en donde escuchaba música. A pesar de ello, se incorporaba para elegir, él mismo, los discos.

El día de Navidad lo pasó bastante bien. Recordó, muy conmovido, el "Cántico de Navidad" de Dickens, por quien sentía admiración, y también el cuento de Arniches "La Noche de Reyes" que relató y cuya frase final

“...río de gozo al buscar tus zapatitos, porque mira el regalo que te dejan los Reyes... ¡la vida de tu madre!” le impidió terminar el llanto.

El jueves 26 caminé con mi padre por algunos rincones de la quinta que jamás había querido recorrer desde la muerte de su esposa. Se detuvo en el caminito por donde se la llevaron y que él nunca permitió volver a barrer (lo que le costaba discusiones con solícitas o interesadas personas que creían hacer un gran bien limpiándolo y que lo miraban atónitas ante su ceñuda oposición, ya que jamás entendieron la prohibición de considerar basura las poéticas hojas marchitas y ramas muertas acumuladas por años). Se detuvo melancólicamente en medio del sendero de la partida de su inseparable compañera, en silencio, con la mirada vaga, contemplando la verde cascada de los espárragos plumosos que caía desde metros de un eucalipto. ¿Qué pasaría por su mente? Quizá recordara entonces los versos de Víctor Hugo:

“El bosque aquí ralea y más allá se agranda.
Ya de nosotros mismos muy poco queda vivo.
El montón de recuerdos se dispersa en el viento
como frío puñado de apagadas cenizas...”

Mi padre sentía una repulsión instintiva por todo lo falso y por las imitaciones y odiaba, en consecuencia, las flores artificiales. Y, cosa curiosa que mucho me impresionó: las mismas plantas con las que pareció conversar pocos días antes de marcharse definitivamente, se trenzaron, al salir las coronas delante de su féretro, salvajemente, desesperadamente, enredándose con furia los espárragos naturales con los falsificados y se desprendían en catarata rebelde que llovía sobre el caminito que no cambió desde que salió por última vez el cuerpo de mi madre. Era como si, al rendir su última guardia, reclamaran por la fuerza el honor merecido de acompañarlo hasta su morada definitiva y esa lucha desmelenada, que dejó mechones por ambos bandos, pareció un símbolo de la despedida que se defiende porque se sabe que es para siempre.

Durante ese paseo, mirando un gran ombú que se halla al fondo de la quinta, recordó que ese árbol es hijo del que tenían en su antigua residencia familiar, frente al Prado, bajo cuya sombra jugó de niño. Se refirió a la tradición de sus familiares, de vivir mucho de lo mejor de su existencia bajo los antecesores de ese árbol; como su madre, que pasaba horas y horas de su vida bajo el padre de ese ombú. Manifestó el deseo de que cada uno de sus hijos, que se separara, llevara uno de los descendientes que crecían junto al pie para que, a su vez, los nietos jugaran y se guarecieran bajo ellos alcanzando así la cuarta generación en convivencia.

Recordó también que, respondiendo quizá al refrán “La hierba es siempre más verde del otro lado”, disponiendo de tanto terreno y árboles propios, de niño se escapaba en cuanto podía, con su primo Román Freire, su constante compañero de proyectos y aventuras, para subirse a un ligustro que se encontraba, hasta hace poco, en la esquina de Buschental y Lucas Obes, en el ángulo de un garaje en que se había convertido su vieja casa, más tarde perteneciente a la familia Ruano Fournier. Con frecuencia cruzaba el camino que limitaba su extensa quinta para... ir a treparse a los

otros ombúes que aún se conservan lozanos en el Prado, junto al actual Círculo de Tenis.

Le preocupó mucho ese día, la inminente muerte por sequía de un hermoso rosal que florecía casualmente para su cumpleaños y recomendó repetidamente su riego, lo que con constancia hizo su hija Elvira, logrando salvarlo. Hoy florece esplendorosamente cuando ya los dos se han ido.

El viernes 27, a su debilidad y a su resfrío se sumó un agudo ataque de acrofaagia. Se sintió mal a causa de esa rebelde afección que solía sufrir a intervalos, con mayor o menor intensidad, desde hacía varios años. Las crisis se producían al comenzar a comer. No era un mal grave en sí, pero los dolorosos síntomas que lo aquejaban le producían una angustia y un choque emocional indescriptibles y por la tarde no pudo alimentarse a causa de los vómitos. Como hacía mucho calor, buscamos un lugar fresco y encontramos un buen refugio bajo uno de sus árboles preferidos, una antigua higuera. A pesar de su debilidad tuvo humor para recordar la maldición bíblica que pesó sobre ese vegetal. La encontró muy injusta y sostuvo que Jesucristo no había estado correcto, ya que la pobre no tenía la culpa si no disponía más que de hojas y no de frutos. Se sintió aparentemente aliviado de su penosa sensación de ahogo, pero lo traicionó una imperceptible corriente de aire que, por irónico destino, le originó ese mismo día, el de más calor del año, la bronconeumonía que habría de llevarlo a la tumba. No nos dimos cuenta al principio pero, al día siguiente, ya mostró cierta ansiedad y un estado febril que provocó el llamado del médico ante el temor de una crisis.

El sábado, pareció mejorar pero el doctor tenía el presentimiento de un funesto desarrollo del mal y dejó dicho en su casa, al concurrir a un cine, que lo buscaran allí en caso de alguna novedad. No fue necesario ese día. Escuchó música; algunos conciertos de Vivaldi a quien veneraba.

El domingo 29, aun sin sospechar la gravedad del estado de mi padre, le hicimos gastar las fuerzas que le quedaban en hacerle subir las escaleras, a pesar de que ya empezó a sufrir alucinaciones. No quiso dormir en su escritorio "porque estaba lleno de bichos". En su postrera audición, escuchó un magnífico quinteto de Schubert, recién recibido, y nuevamente Alceste. Exactamente al guardar el último disco en su lugar comenzó su repentina pérdida de lucidez y decayó súbitamente, con violento temblor, intensa tos, debilidad y fiebre.

Cuando le ayudamos con el afán de no creer que pudiera declinar definitivamente, en la última claridad que le concedió la crisis, abrió bien los ojos, unos ojos mansos, resignados y preguntó "¿Es el fin...?" sin ansiedad, transparentando una absoluta serenidad más que incredulidad, pidiendo confirmación más que consuelo, pues era la interrogación tímida, casi sonriente, del que prefiere saber y como pidiendo disculpas por las molestias que pudiera causar.

Por la noche reaccionó. El lunes 30, de mañana, bien temprano, ingresó al Sanatorio Italiano. Para el mediodía había recobrado totalmente los sentidos.

Ese día y los siguientes los vivió en constante restablecimiento, interesándose por todo lo que sucedía a su alrededor.

El jueves 2 se despertó radiante. Una impaciencia infantil en todo su ser marcó la alegría del retorno, irónicamente, en víspera de su muerte.

Cuando llegó la mucama y solícitamente le preguntó cómo había pasado la noche, respondió con buen humor: "Muy bien, a pesar de la fiesta tan ruidosa que ustedes organizaron" (Se refería al estruendo de unas bombas infernales de un festejo vecinal por fin de año). Había tal afán y esperanza de disimular su insomnio, para no herirla, que la mucama se retiró emocionada.

Algo más tarde, cuando el médico de guardia se fue, visiblemente preocupado por las alteraciones que presentaba su pulso, me dijo: "No. Es que hay dos clases de extrasístoles. Cuando uno mismo se da cuenta, como yo, que he padecido unas muy pronunciadas, no revisten gravedad. Grave es cuando uno no sabe que las tiene", refiriéndose, con suficiencia, a la sorpresa del doctor por esa afección que sufría desde hacía muchos años y que tanto impresionaba a veces, hasta parecer que cada latido iba a ser el último.

Estuvo locuaz y más amable que nunca con las empleadas. "Y usted, señorita, ¿además de ser tan elegante, sabe levantar tan bien las persianas?"

Con buenas maneras, hasta galante y con cierto aire de picardía en su cara inocente, me hizo esconder su cocktail Kola, que tanto le gustaba y que había mandado traer de casa; buscó luego mi connivencia para hacerme beber, a hurtadillas, la sopa que le llevaron a mediodía "para que la mucama no se quedara triste" si él la dejaba porque no le gustaba y quizás también por algún remordimiento, en memoria de mi madre, quien dividía a los hombres (mitad en broma, pero mitad en serio) en buenos y malos y malos eran los que dejaban la sopa en el plato.

La solitud del personal lo conmovía. Es que mi padre despertaba grandes afectos inmediatamente y todos lo trataban con cariño, no como a cualquier viejito simpático, sino que le brindaban algo especial, dentro del celo inherente a la profesión. Mi padre inspiró sentimientos profundos de devoción admirativa, aunque no siempre correspondiera manifiestamente a esos sentimientos de fidelísimos afectos, si bien en el fondo lo sacudían intensamente. Le hacía bien que lo quisieran bien. Sentía un continuo reconocimiento por sus consecuentes servidoras, Blanca N. de Vercesi y Grisilda Díaz, de profunda ternura, una de las almas más buenas y desinteresadas que manifestó haber conocido y que tanto lo conmovía con su dedicación, recordando que le hizo humedecer los ojos cuando la descubrió, sin que nadie se lo hubiera pedido y creyéndose inobservada, regándole el balcón para que no fuera a sentir calor durante la Nochebuena.

Recordó ese día los históricos homenajes con que conmemoraron sus ochenta años (juntamente con los de sus exequias, creo que constituyen la mayor demostración de admiración rendida a un civil no político en mi país). Y se refirió con remordimiento a una composición remitida por la niña Celia Mirta Plada, de una escuela del interior, que había ganado un concurso sobre su vida y su obra; se culpó por no haber respondido a esa alumna que le había rendido uno de los homenajes que más lo habían emocionado en toda su larga existencia. Tratamos de pagar esa deuda, pero nunca pudimos encontrar esa escuela ya que los mensajes fueron devueltos por "dirección desconocida". Manifestó en seguida su emoción al recordar

esas humildes instituciones que él tanto visitó cuando era Inspector de Instrucción Pública y su admiración por esas heroicas maestras capaces de inculcar a los niños, aun en medio del hambre y del barro, enseñanzas tan vivas como para inspirar semejante resultado.

Sintió sincera y profundamente que no le hubieran avisado, por hallarse durmiendo, cuando en su última visita, deseó saludarlo Esther de Cáceres, por quien sentía un gran cariño e ilimitada admiración, junto con su agradecimiento enorme por los años de consagración leal, laboriosa, con que lo acompañó a lo largo de su misión pedagógica.

Más tarde manifestó su alegría y reconocimiento por el hermoso regalo que se le hizo el día 1º, consistente en los dos primeros volúmenes de la colección de su obra, lamentando al mismo tiempo la dolorosa pérdida de su hijo Alberto, fallecido ocho meses antes, que tanto se había ocupado siempre de su producción, junto con mi hermana Sara, quien dedicó más de la mitad de su fecunda vida al tenaz y emocionante esfuerzo de difundir, con inmenso cariño, las ideas de mi padre. Bien valió la pena el esfuerzo que llevaron a cabo desde los dignatarios del gobierno hasta los tipógrafos, que con tanto interés editaron ese homenaje, y su acción conmovedora se vio en parte compensada por la dicha que inundó a su destinatario.

Le propuse ese día que escribiera sus memorias y en respuesta, recordó aquello de que “para escribir uno sus memorias, hay que haber perdido la propia” refiriéndose a las equivocaciones que reconocía haber cometido en su fecunda y prolongada existencia.

Al atardecer me envió a comprar diarios y revistas “con cuentos que acaben bien y que vuelvan más buena a la gente”. Sabida era la preferencia de mi padre por la literatura optimista y la ingenuidad de lo poco que exigía a las novelas.

A la vuelta, me contó, risueño, que había estado el Dr. Varela Fuentes, paladín junto con el Dr. Abel Zamora, de ese conmovedor conjunto de heroicos médicos que tanto velaron por él y su familia y a quienes con el pretexto de no poder hallar palabras suficientes para agradecerles, ni disponer de dinero bastante para pagarles, no hemos retribuido ni con una sola palabra ni con un solo centésimo (si es que no ha de considerarse como la mejor honoración el consentimiento que dio mi padre para suprimir, en una edición posterior de su “Moral para Intelectuales”, ciertos conceptos que disminuían la alta misión de los médicos). Ese ángel tutelar que fue Benigno Varela Fuentes, le afirmó que el sábado ya estaría como para asistir a su primer almuerzo de restablecido y lo había invitado, con su generosa costumbre de homenajearlo, a concurrir al restaurante “Del Aguila” haciéndolo sonreír de satisfacción al oír el nombre de ese establecimiento. Agregó que a su nostálgico “Ya vamos quedando pocos...” respondió el doctor con tales palabras de aliento que lo habían decidido a aceptar.

Comentó con locuacidad el escándalo de la soprano María Callas. Leyó con sumo interés el altercado de la cantante griega cuando se suspendió “Il Trovatore” a raíz de un inocente silbar en un restaurante. Se preguntó

muy divertido, por qué los grandes artistas serían tan irritables y su memoria prodigiosa, tan lúcida, tan sabia, se refirió en seguida al malhumor de Toscanini, y con el suyo, muy bueno, habló de la ironía de que un artista llamado nada menos que Nazareno de Angelis obtuviera sus mejores éxitos en "Mefistófeles" de Boito y recordó la anécdota adjudicada al tempestuoso genio de Toscanini quien dirigiendo al célebre bajo, cantando un trozo de la nombrada ópera, lo interrumpió con un "Ha cometido Vd. un error en ese pasaje". "Pero —reclamó el cantante— si es la vigésima vez que interpreto esta obra...". "Entonces, ha cometido Vd. veinte errores".

En las últimas horas de ese día postrero, llegó a acompañarle el fiel, insólito y solícito talento de Dora Isella Russell, por la cual sentía mi padre una gran predilección y que tuvo ese día el privilegio de recibir su despedida de guía insobornable con un "No escriba nunca cosas de lodazal". Conversó con ella alegre, paternal, esperanzadamente... "Si yo hubiera sabido que esa era la última vez que veía al Maestro, me hubiera quedado más tarde esa noche...". ¡Ay! ¡Sí! Si hubiéramos reconocido que Vaz Ferreira podía morir, todos nos hubiéramos desvelado.

Se hallaba mi padre leyendo el diario cuando, de pronto, un "Ya hiede" me sobresaltó. Seguí alarmada la mirada de sus ojos creyendo que se refería a algún mal presagio sobre su propia enfermedad, pero me tranquilicé cuando comprobé que su exclamación respondía a otro sentimiento muy diferente y era lanzada con toda lucidez, convicción y humorismo, pues él se refería a las palabras de Marta a Jesucristo, frente al cuerpo inanimado de Lázaro, con respecto al fútbol. Sentía atracción por ese deporte y, aunque lo negaba ignorándolo públicamente, cuando se celebraban partidos internacionales importantes en que intervenían los jugadores uruguayos, corría en secreto a su escritorio a conectar a hurtadillas, la radio de su combinado, muy bajito, como si fuera un delito y apagando rápidamente si llegaba a entrar alguien.

Es que era un gran patriota. Amaba entrañablemente a su patria y las únicas palabras realmente negativas en contra de su gran amor hacia su país que le escuché, fueron seguramente producto de una crisis de desaliento juvenil, accidental, del cual se mostró muy arrepentido, provocado por la amargura de quien lucha en todos los terrenos desde la adolescencia, época en que debió pasar de la fortuna a la pobreza y mantener con clases particulares a su madre y a su hermana. "Íbamos, refería, con Juan Andrés Ramírez y otros por la Avenida 18 de Julio, el día de mi aniversario y yo exclamé de pronto: Hoy cumpla 33 años y no he hecho nada todavía... Cristo y Guyau murieron a los 33 años... Bueno, también hubiera querido ver a Cristo y a Guyau en el Uruguay...".

Pero, volviendo a su entusiasmo por el fútbol, se mostraba, eso sí, hondamente decepcionado por su corrupción y lo declaraba en gran decadencia, indignándose frente a los frecuentes contratos mercantiles. Lo que siempre le llamaba la atención en las crónicas era el término "garra" y esa tarde su enojo se desahogó a gusto contra los periodistas. "Pero, ¿qué significa, qué sentido puede tener aquí esta palabra?". Le intrigaba ese modismo en boga y le llamaba la atención que se lo empleara tan a menudo sin poder saberse a ciencia cierta qué quería decir, acotando jocosamente



Dr. CARLOS VAZ FERREIRA

~~Los problemas de la libertad~~

Libro III

(Discusión de los problemas)

F. de la Cruz y Guzmán, Real Orden.

M. Dachs ~~mancha~~ ~~Practical~~ ~~homifft~~ ~~hist~~ ~~auch~~
Noeche

Capítulo I (22.13.05 H. M. B. R.)

I (L. S. retención)

351-197 problema de la ~~libertad~~ ~~de la~~ ~~libertad~~ ~~de la~~ ~~libertad~~
si el hombre depende o no totalmente
del mundo exterior, considerado por retene-
ción ~~práctica~~ (L. H.) ~~total~~ ~~como~~ ~~el~~ ~~plano~~
en el plano de la conciencia mental ~~de~~
~~es~~ ~~transporte~~ ~~de~~ ~~si~~ ~~el~~ ~~hombre~~ ~~en~~ ~~un~~ ~~momento~~ ~~de~~ ~~su~~

Facsimil de una de página de Los problemas de la libertad.

mente que ni siquiera surge de la definición académica la deducción de si podría ser empleado a favor o en contra del sujeto. En cambio, demostró su entusiasmo por Schubert Gambetta, por quien sentía una gran simpatía (¿sería quizá en parte por su nombre?).

Los ojos brillantes, muy limpio, bien peinado, todo de blanco en su lecho, locuaz, hasta dicharachero, ¡parecía tan feliz ese día! Tan feliz como quien comienza; con la misma ilusión ansiosa del niño que va por primera vez a la escuela o del adolescente que se dirige a su primer baile. En realidad, no existe razón alguna para no poderse pensar que su último día fue uno de los más dichosos de su existencia, quizá el único en que se sintió feliz todo el día, de la mañana hasta la noche.

Es curioso, pero mi padre que siempre esperaba, temiéndola, a la muerte y que cuando se trataba de futuro respondía invariablemente con un reticente “Que largo me lo fiáis” del Burlador de Sevilla de Tirso de Molina, no tuvo en el Sanatorio una sola palabra pesimista.

Ese mismo jueves, al escucharle la empleada un “¡Qué bien me tratan aquí! Sólo me falta la música” y decirle “Ah, ¿sí? ¿Y por qué no se trae su combinado?” con cuánta seguridad exclamó “¿Traerlo? ¡Si mañana me voy!”.

Y, en efecto, se refería al permiso que le había dado el médico para regresar a casa al día siguiente...

Esa noche, con el extraordinario orden que le caracterizaba, colocó, bien alineados sobre la mesa, sus humildes tesoros. Los lentes. La billetera, magra de dinero, como estaba casi siempre. El estuche, tan particular, con lapiceras y lápices de diferentes colores, con los cuales tantos libros y conferencias había escrito con esfuerzo mantenido, que llegaba muchas veces al dolor físico, ya que nunca dictaba. Su original par de gemelos, única alhaja que le conocí, del cual nunca se desprendía, por ser regalo de mi madre y que llevaba, como símbolo de su amor, las letras E y C unidas, incrustadas, en uno, de rubíes pequeñitos y en el otro, de diminutas esmeraldas. Las pastillitas, ya inútiles, pues, irónicamente, esa fue la única noche, en semanas, que aquella continua y estentórea tos, como jamás oí y que debía hacer girones por dentro su pecho, no le molestó. Su cartera, que resumía pasado y futuro, con sus mejores secretos, precisos e íntimos, dignos de acompañarlo hasta el final: una lista de los conciertos de Mozart de su discoteca y otra de las cantatas de Bach, más de sesenta, que lo tenían orgullósísimo y que con mucho gusto difundía por ser, en aquellos tiempos, más numerosa que la propia colección del Sodre; otra lista, muy prolija, de todos los animales y plantas que deseaba tener en su quinta de Atahualpa (que tanto gustó a Eugenio D'Ors y a Rafael Altamira, y que con tanto interés deseó conocer el mismo Einstein, intrigado por los comentarios que oyó a su respecto) para reconstituir con entusiasmo los tiempos idos, pues mi padre no era de esos que añorando el pasado irrecuperable disminuyen el presente, al igual del que exclamaba “En mis tiempos la luna era más grande” sino de los que siempre, con la misma ilusión, ideaba inagotablemente para el porvenir; finalmente, direcciones de casas de música y plantas, que respondían a su permanente inquietud y curiosidad por conocer las novedades...

Ordenó, sí, esa noche sus humildes tesoros; puso el reloj a la hora exacta y comprobó, bien colgado, su mejor traje que había mandado buscar para tenerlo bien al lado...

Se durmió plácidamente.

A las dos menos veinte oí algo como un fuerte sollozo largo, otro gemido débil y corto. Al acudir inquieta e interrogarlo sobre lo que ocurría, con un alarmado "¿Qué te pasa?" sólo me respondió con un "No sé... no sé..." tranquilo, sin angustia ni tragedia, algo perdido en lo ignoto, que no me dejó saber si era un sueño que terminaba o la muerte que comenzaba. Llegó a encender la luz, pero en su desesperado esfuerzo volcó un recipiente de vidrio cuyo contenido se derramó por el suelo. Con su mirada consternada contemplaba, él, tan limpio, tan ordenado, con desolación, el líquido vertido al tropezar su mano en la oscuridad y el frasco roto en el piso.

Creo que estaba más preocupado por la impureza que veía entre sus queridos objetos, tan bien ordenados, que por el dolor físico que lo aquejaba.

"No sé... no sé..." fueron sus últimas palabras pues, de nada sirvió el presuroso auxilio que se le prestó. "No sé... no sé..." y esa mirada desconcertada, plena de disgusto y de impotencia hacia el líquido volcado sobre el piso, él, tan aseado, tan pulcro...

¿Lo sabrá ahora...?

Durante su enfermedad me perturbó, a veces, la duda de si mi padre sentía alguna inquietud religiosa, si deseaba alguna confortación preliminar al gran paso y no se atrevía a manifestarlo por timidez, por no molestar o por amor propio.

Pero, tal duda, quedó completamente disipada.

Hasta en sus últimos días recibió asiduamente la visita del Padre Arturo Mossmann, sacerdote y sabio excepcional, con quien debatía en los dificultosos terrenos del alto pensamiento. Admiraba a ese adversario respetable y respetuoso quien, en sus frecuentes discusiones sobre latín, música o filosofía, no trató jamás de imponer la religión católica que profesaba.

"Por suerte, éste no es de los convertidores", decía mi padre, refiriéndose a ese digno religioso, tan amplio, tan comprensivo, afirmación que reiteró muchas veces, con voz cariñosa y agradecida, pero con radical acento, aun delante de personas que con gran fe esperaban que mi padre creyera en Dios.

Alguna base para ello dio el que mi padre frecuentara la Escuela de Manga donde era recibido con afecto por los religiosos de ese establecimiento, compartiendo con ellos la buena comida, el buen vino, la buena amistad... pero nada más.

"No puedo rezar; no puedo creer" era la sintética aseveración con la que enfrentaba las insinuaciones de los buenos mensajeros creyentes.

Sostenía mi padre que si alguien solicitaba un sacerdote debía ser complacido, pero él jamás lo pidió ni aun cuando se sintió mal. En su úl-

tima tarde, luego de la visita del Padre Mossmann me dijo: "La gente dirá al verlo salir de mi cuarto, que al fin creo en Dios, pero, no puedo".

Sintió siempre una marcada repugnancia por los "finales escamoteados" como él consideraba los de Bergson y Unamuno, entre otros. Pero, felizmente, ese comentario y sus palabras "Por suerte, éste no es de los convertidores" referidas al Padre Mossmann, repetidas hasta pocas horas antes de morir, *sin ayuda de religión alguna*, no solamente disiparon todas mis dudas, sino que, a la vez, servirán para anular todo intento de "escamotearle" su final.

Mi padre sentía una gran aprensión ante los cipreses, por lo que entrañan de muerte, y su aversión a la solemnidad de esos árboles "sin invierno y sin flor" creció a tal punto que hasta llegó a clausurar definitivamente, años atrás, una ventana de su dormitorio que abría hacia la copa frondosa de uno inmenso y muy antiguo al que aunque odiándolo con tétrico terror nunca se atrevió a suprimir. (Conocidos son su respeto reverencial por los árboles y las historias del pino, de la glicina y de la gravele, por los que modificó la posición de la casa de Atahualpa, la de Malvín y la del cerco del frente de la quinta para evitar así el verse obligado a cortarlos). Por la lobreguez de su pieza habitual, que lo deprimía hasta retardar lo más posible, muchas veces, la hora del reposo, tanto apreció, seguramente, la luminosidad y la blancura impecable del ambiente del sanatorio.

Por el contrario, tenía mi padre una gran predilección por las mariposas blancas, y un convenio, casi mudo con su compañera, de que ellas habrían de traerles felicidad. Aun durante las grandes crisis espirituales o estrecheces económicas, que las hubo y bien difíciles, bastaba que se cruzara uno de esos insectos, hasta la más fugaz aparición de una insignificante polilla, cuyo brillo en la necesidad valía como una purísima y luminosa promesa de dicha, para que la calma y el optimismo volvieran a reinar entre ellos.

Y allá quedó, por simbólico azar, bajo la bóveda de cipreses y una incontable multitud de mariposas blancas que extrañamente aquel día cruzaban el cementerio...

¿Quiénes vencerían...?

De regreso, en su habitación, ya sin vedar, su pequeño nieto que por intuición había quebrantado la orden de no trasponer ese umbral, agitando un frasco vacío de penicilina y mirando a través exclamaba: "Ya no hay más remedio para Bompapá... ya no hay más remedio para Bompapá..."

¿O habrá encontrado el mejor, acaso?

Flotaban en el aire los versos de María Eugenia.

"...jugando a cunas y tumbas estaba la Soledad..."

MATILDE VAZ FERREIRA DE DURRUTY

Un inédito de Carlos Vaz Ferreira

Creemos pertinente, en esta nota preliminar para un inédito de Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) sobre Enrique Bergson (1859-1940), esbozar las vinculaciones conocidas entre ambos pensadores.

Del lado de Bergson: sólo sabemos que éste insistió en que creía conocer la firma de Vaz Ferreira⁽¹⁾.

Del lado de nuestro filósofo uruguayo: sin perjuicio de buscar soluciones propias para los problemas que le interesaban, dedicó mucho tiempo y esfuerzo mental al estudio y profundización del pensamiento ajeno. Entre los filósofos que más valorizó e influyeron sobre él —aparte Spencer, que sobrepasó— aparecen Nietzsche, Unamuno, James, Guyau, Bergson. Con relación a éste, su contemporáneo, la actitud de Vaz Ferreira es de respeto, admiración y —como no podía menos de ser— de crítica reflexiva y serena. Trataremos de fundamentar esta opinión, apoyándonos en las fuentes a nuestro alcance, a saber: a) menciones de Bergson en la obra publicada de Vaz Ferreira; b) Informes publicados de la Cátedra; c) Apuntes preparatorios para las Conferencias sobre Bergson de 1915 (inéditos, no aptos para la publicación); d) Manuscrito del trozo de Conferencia sobre Bergson en 1925 (inédito que deja de serlo hoy).

En el *Curso expositivo de psicología elemental* de Carlos Vaz Ferreira, en la 5ª ed.⁽²⁾ aparece una síntesis de las teorías de Bergson sobre la vida que permanece en las ed. posteriores, hasta la 8ª inclusive.

(1) [Carta de Alvaro Armando Vasseur a Carlos Vaz Ferreira escrita en Burdeos a 2 de mayo casi seguramente de 1910 dándole cuenta de las gestiones que está realizando para conseguir que viajen a Montevideo a dictar conferencias Enrique Bergson y Emilio Boutroux].

Archivo de Carlos Vaz Ferreira, Atahualpa, Montevideo. Original manuscrito de ambos lados en una hoja de 260 mm. x 206 mm.; letra y firma —sin apellido— de Alvaro Armando Vasseur; interlíneas 10 mm.; conservación buena.

(2) Cuando, hacia 1962, el Dr. Arturo Ardao preparaba su Bibliografía de Carlos Vaz Ferreira, que publicó en 1963, buscó exhaustivamente en Montevideo —también en Buenos Aires— ejemplares de la 2ª 3ª y 4ª ed. del *Curso expositivo de Psicología elemental*, sin encontrar uno solo. Sugiere la siguiente hipótesis de trabajo: que ellas hayan aparecido no en libros sino en revistas, diarios (en folletines) u otras formas. Es evidente que el apéndice puede haber aparecido en algunas de esas ed. no ubicadas.

En la *Obra*⁽³⁾ de Vaz Ferreira hay numerosas menciones⁽⁴⁾ de Bergson en general y de tres de sus obras en particular. Desearíamos transcribir algunas, para mostrar *in vivo* su posición frente al filósofo francés. Pero, estando publicadas, nos remitimos a su lectura.

Pasemos a las formulaciones integradas de Vaz Ferreira sobre Bergson. Sabemos sólo de dos, de importancia desigual: las Conferencias dictadas en la Cátedra de la Universidad de Montevideo en 1915 y el fragmento formulado en la misma en 1925.

En cuanto a las primeras: para apreciar su número, contenido y demás tenemos una fuente fidedigna: los Informes anuales elevados por Carlos Vaz Ferreira al Rector de la Universidad sobre su actuación en la Cátedra. (En adelante: Informe de 19...) y reproducidos en el t. XXIII de la *Obra* de 1963. De ahí entresacamos los siguientes datos:

Vaz Ferreira, al sintetizar su labor en 1913 anuncia para el año siguiente conferencias sobre Bergson⁽⁵⁾, pero no las formula en 1914 sino en 1915. En este año dictó un ciclo de doce conferencias sobre Nietzsche, nueve sobre Bergson. Refiriéndose a este último dice el Maestro de Conferencias:

Finalmente, terminé el año con una serie de conferencias sobre Bergson, que comprendieron indicaciones para leerlo, exposición, examen crítico y apreciación general sobre su sistema con estudio especial de la aplicación de éste a los que el autor considera problemas capitales (movimiento, espacio y tiempo: libertad, etc. etc.) y exposición de mis ideas personales al respecto.

El número de conferencias fue el siguiente: doce sobre Nietzsche, quince sobre temas de enseñanza; dos sobre Razón y genialidad; nueve sobre Bergson.

Y más abajo:

...Preocupado por el temor de profundizar demasiado o de tratar temas propios para especialistas, procuré algunas veces dar conferencias como de extensión universitaria, de tema y espíritu más accesible a un público general; pues bien; esas conferencias (como las dos sobre Razón y

(3) Vaz Ferreira, Carlos. *Obras*. Montevideo, Florensa y Lafón, 25 v. (Homenaje de la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay) 1963. En adelante se abrevia así: *Obras* de 1963.

(4) Transcribimos la lista de esas menciones del *Índice de autores, títulos y personajes* contenido en el t. XXV de la 2ª ed. de *Obras* (corrigiendo algunos errores).

Bergson, Henri, 2, 48, cita al pie, 133, 143, 160, 244, 247, 4, 17, 173, 215, 216, 8, 85, 150, 10, 134, 145, 199, 11, 70, 355, 12, 106, 13, 134, 135, 14, 96; 115; 118 148, 153, 178 cita al pie, 15 75, 80, 93, 96, 17, 64 cita al pie, 20, 193, 212, 213, 214, 228, 237, 239, 257, 21, 186, 233, 255, 321, 22, 168, 169; 179, 191, 194, 204, 23, 46, 50, 53, 54, 56, 59.

Essai sur les données immédiates de la conscience. Paris.

Alcan, 1889, 2, 141 cita al pie, 14, 151, 20, 213.

L'évolution créatrice. 2ª ed. Paris, Alcan, 1907, 3, 34 14, 151.

(5) Informe de 1913. p. 46.

genialidad) no fueron las que atrajeron más público; y éste, en cambio, fue muy numeroso y se mantuvo así hasta el fin de las conferencias sobre Bergson, a pesar de la dificultad excepcional del asunto y de la profundidad y especialidad de las teorías que ese escritor formula o dilucida, y a pesar también de la época del año, la menos favorable a la asistencia p. ej. de estudiantes y maestros (preparación de exámenes de fin de año) ⁽⁶⁾.

Se nos ocurre una comparación entre las series sobre Bergson y sobre Nietzsche y la suerte que ellas tuvieron. Ambas se formularon en 1915; Vaz Ferreira volcó en ellas, en el inicio de la Cátedra, el fruto de sus estudios, investigaciones y saber sobre dos filósofos de alta jerarquía. Las dos “se fueron en palabras” según la gráfica expresión del Maestro para sus conferencias no taquigrafiadas. Pero en el caso de Nietzsche, en una serie de cuatro, Vaz Ferreira resumió en 1920 con taquígrafos las 12 de 1915. Se conserva en el Archivo particular de Atahualpa una buena versión de ellas, tomada por Rodolfo Almeida Pintos y Tomás F. Cozzolino. Hay alguna corrección de puño y letra de Carlos Vaz Ferreira. Es cierto que había omisiones en las citas bibliográficas que imposibilitaban la publicación. Felizmente, pudimos reconstruir el texto íntegro y, con autorización expresa del autor, se han publicado ya dos veces.

La suerte de la serie sobre Bergson fue menos buena; al no haber versión alguna, no ha podido publicarse. Quedamos reducidos al estudio de los apuntes preparatorios, siempre valiosos, más cuando, como en este caso, no hubo taquígrafos. En cuanto a su ubicación. Están conservados en la Biblioteca-Archivo de Vaz Ferreira, en Atahualpa, Montevideo, en el que denominamos, a efecto de la ordenación de los libros y papeles de Vaz Ferreira, Escritorio Archivo. Se hallan colocados en una carpeta “Balanza” de cartón beige, de 251 mm. x 300 mm. El original está manuscrito en 138 fojas de papel, de formato diferente; casi todas son lisas, de 139 mm. x 217 mm.; unas cuantas, recortes de tamaño diferente (p. ej. 740 mm. x 146 mm.); de éstas unas están sueltas y otras pegadas en tres hojas de papel rayado de 219 mm. x 279 mm.; aparecen también 5 hojas de papel rayado de 159 mm. x 226 mm. El manuscrito —que en adelante llamaremos (B. 1915) está redactado de puño y letra de Carlos Vaz Ferreira predominantemente con tinta negra; hay unas pocas páginas y muchas correcciones, complementaciones, agregados escritos con tinta roja o lápiz violeta. En una de las tres hojas, evidentemente más antigua, hay subrayados con lápiz celeste y rosado. La conservación es buena. El manuscrito no estaba numerado por Vaz Ferreira. En 1969, para prever cualquier confusión, lo numeramos con lápiz simple, entre paréntesis cuadrados, siguiendo el orden en que se encontraron las hojas en la carpeta. También a lápiz firmado y fechado en 1970, al pie de la página o, si no hay lugar, a la vuelta, hacemos aclaraciones de palabras poco legibles o abreviaturas, traducciones de palabras del idioma personal de Vaz Ferreira. Y teniendo en cuenta que éste cita las pp. de tres obras de Bergson, sin precisar a cual

(6) Informe de 1915. pp. 53-54.

de ellas se refiere, completamos la citación. En la tapa de la carpeta agregamos: /1915/, dando así fecha casi cierta al (B. 1915): Si Vaz Ferreira dictó las conferencias a fines de 1915⁽⁷⁾ es muy probable que haya preparado en ese mismo año los apuntes.

En cuanto al contenido: No nos proponemos estudiar exhaustivamente los sub-temas desarrollados en el (B. 1915). Sólo diremos algo acerca del plan y de las lecturas hechas. En cuanto al primero: aparece formulado en la pág. 18 del (B. 1915) así:

“Ahora, yo voy a hacer resumen (seguido de juicio) (no para suplir la lectura sino para) con doble objeto:

- 1º) A los no especialistas, darles idea que *tute*⁽⁸⁾ los *cosos*⁽⁹⁾ falsos.
- 2º) A los que les interese, ayudarles a leer”.

Las nueve conferencias sobre Bergson han de haber tenido en cuenta seguramente esas dos ideas directrices. Frente a interpretaciones que consideraba erróneas, quería restablecer las que juzgaba auténticas.

Las obras de Bergson que Vaz Ferreira leyó y comentó en sus conferencias son las siguientes:

BERGSON, Henri. *Essai sur les données immédiates de la conscience*, París, Alcan, 1889, 189 pp.

BERGSON, Henri. *Matière et mémoire*, París, Alcan, 1896, 279 pp.

BERGSON, Henri. *L'Évolution créatrice*, París, Alcan, 1907, 403 pp.

Son, evidentemente, estas tres obras, las que más influyeron en el pensar vazferreiriano. Debemos referirnos, para negarla, a la posible influencia de otra obra cumbre de Bergson en que, dejando las alturas metafísicas, trata dos de los problemas que más interesan, más bien dicho, que más deberían interesar a la criatura humana: el moral y el religioso. Cuando apareció, en 1932: *Les deux Sources de la morale et de la religion*, la filosofía moral y religiosa de Vaz Ferreira estaba ya fijada y al recabarle su opinión sobre la obra de Bergson nos dio ésta: “No me obligó a leerla hasta el fin”.

Vaz Ferreira deseaba ayudar a leer a Bergson. Estaba bien capacitado para ello. Empezó leyendo tres de sus obras como él gustaba de hacerlo: en forma activa, dialogando con el autor y fijando su pensar en los bordes en blanco. Sabido es que en los márgenes de una obra que Vaz Ferreira valorizaba en grado sumo: *L'Expérience religieuse* de William James se libró un diálogo polémico de alto vuelo entre el autor y el lector crítico que había en Vaz Ferreira. De ahí salió, sin cambios ni agregados, una obra que se llama precisamente: *En los márgenes de L'Expérience religieuse de William James*. También en los márgenes de las tres obras de Berg-

(7) Ver el Informe de 1915.

(8) Palabra del idioma personal de Vaz Ferreira; significa: ir contra, echar a perder, destruir, etc.

(9) Id.; significa: cosas.

son ya citadas se libraron interesantísimos diálogos entre Bergson y Vaz Ferreira, cuya lectura atenta va confirmando, ratificando, ampliando el concepto adecuado y justo de la reacción del pensador uruguayo frente al francés.

10 años después de las conferencias sobre Bergson de 1915 Vaz Ferreira volvió a ocuparse de él en su Cátedra en forma tal vez demasiado breve pero bien condensada. En 1925 le dedicó un fragmento de conferencia. Cuando, hace unos años preparábamos, en un Seminario Vaz Ferreira dirigido por el Dr. Arturo Ardao, en la Facultad de Humanidades y Ciencias, una obra que documentara los vínculos entre el filósofo uruguayo y otros filósofos de la vida, era propósito del Director de la publicación incluir algún estudio de Vaz Ferreira sobre Bergson. Pero no pudo ser: ya sabemos que no hay versión del (B. 1915) y del fragmento de 1925 teníamos entonces tan solo una versión oficiosa tomada y traducida por un taquígrafo de excelente voluntad que tiempo atrás nos había obsequiado con las versiones de todas las conferencias dictadas en 1925. No habían sido corregidas por Vaz Ferreira. La simple lectura mostraba errores gruesos. Hubieran podido ser salvados. Pero ¿qué seguridad teníamos de que no hubiera otros, no captables? Publicarla habría sido dar entrada a un Vaz Ferreira apócrifo. La obra en formación no pudo documentar la vinculación de Vaz Ferreira con cuatro sino sólo con tres filósofos de la vida⁽¹⁰⁾.

Posteriormente, hacia 1968, se encontró un manuscrito sobre Bergson del que damos cuenta y razón a continuación. Está conservado en el Archivo Vaz Ferreira, en Atahualpa, Montevideo. Original manuscrito con tinta violeta. Lo integran 31 fojas de papel rayado; formato de la hoja: 283 mm. x 215 mm.; versión taquígráfica y letra de Sara Vaz Ferreira, luego Sra. de Echevarría; interlínea 17 mm.; conservación buena. El manuscrito no lleva fecha alguna. Pero el autor se la ha dado, cierta: en cita al pie de la página 1 dice: "De una conferencia dada en 1925. El espacio interlinear es grande: así lo pedía Vaz Ferreira a sus taquígrafos para poder arreglar la versión cómodamente. El original está cuidadosamente corregido con tinta roja salvo un subrayado y un señalado con lápiz azul, de puño y letra de Carlos Vaz Ferreira; aparece sólo omitida la corrección de un error que salvamos con la nota correspondiente. En adelante lo llamaremos: (B. 1925).

Si se puede comparar lo totalmente conocido, el (B. 1925) con lo sólo conocido por su esqueleto: el (B. 1915), nos aventuramos a afirmar que casi todas las ideas sintetizadas en el primero aparecen desarrolladas en el segundo. En el (B. 1915) hay muchísimas lecturas de Bergson; ninguna en el (B. 1925). Por otra parte, no parece que entre el (B. 1915) y el (B. 1925) haya habido detención en el pensamiento de Vaz Ferreira sobre Bergson sino más estudio, ahondamiento, maduración.

Pasamos a la publicación del (B. 1925), que se hace por vez primera en la Revista de la Biblioteca Nacional.

SARA VAZ FERREIRA DE ECHEVARRIA

(10) Ver: Vaz Ferreira, Carlos. *Tres filósofos de la vida*. Nietzsche, James, Unamuno. Ed. Losada. Buenos Aires, 1965.

Sobre Bergson

¿Cuál es el valor de ese filósofo, y cuál la significación y alcance de su filosofía? Sobre esto hay dos estados de espíritu comunes: Uno en los adversarios; otro en los partidarios.

Para unos sería Bergson una especie de místico, teórico, anticientífico o no científico, atrasado en todo caso con relación al movimiento científico moderno. Ese estado es común entre los adversarios.

Y en los partidarios es común otro: La creencia de que la filosofía de Bergson representaría una manera de filosofar contraria a la razón y superior a la razón. Sería una filosofía antirracionalista en sentido superior, un místico también, para esos, pero en sentido superior. La filosofía de Bergson sería esencialmente una filosofía intuitiva, que habría sobrepasado al racionalismo.

Los primeros se equivocan del todo. Los segundos en parte, en buena parte. Y esto último es interesante, porque entre ellos creo que figura precisamente el mismo Bergson.

Veamos: La filosofía, la filosofía que hacen los filósofos, comprende, diría yo, tres clases de productos.

El primero es un producto verbal o verbo-conceptual, especie de producto de campana neumática: la abstracción que va haciendo el vacío. Ese producto en la filosofía es abundante y común.

En segundo término tenemos otro producto, ya raro. Son las teorías, doctrinas, hipótesis, interpretaciones no sólo verdaderamente originales sino con un sentido real y destinadas a quedar en la filosofía no como soluciones ni siquiera como verdades en el sentido por lo menos que "verdad" tiene en ciencia, pero sí para la discusión. Esos no son productos verbales; son productos reales; sólo que por la índole misma de la ciencia filosófica no llegan a poder adquirir la certeza que productos reales de originalidad equivalente alcanzarían o podrían alcanzar en la especulación científica.

Finalmente hay una tercera clase de productos: excepcionalísima, por la índole misma de la filosofía. Son los descubrimientos filosóficos, las observaciones o las teorías que se incorporan a la filosofía no ya a título de especulación discutible sino de verdaderas realidades. Naturalmente en la filosofía esa clase de adquisiciones son mucho más raras, muchísimo más raras que en las ciencias.

Creo que Bergson haya producido de los tres. Temo p. ej., que sus especulaciones sobre la "idea de la nada" pertenezcan al primer grupo. Aquellas demostraciones basadas en que la existencia no necesitaría explicación, por cuanto es más natural que la no existencia y anterior a ella; que la

que necesitaría explicación sería la no existencia... Pero ¿qué mucho que haya algo de eso en la filosofía de un filósofo, cuando la filosofía de los más grandes filósofos está compuesta en parte considerable, muchas veces en la mayor parte, de esos productos verbales? No me atrevo a nombrar algunos de los más célebres.

No, pues, mayor reproche por eso. Quizá más reproche podría hacérsele por otra cosa: Por cierta tendencia a seguir demasiado ciertas ideas sistematizadoras, si se quiere por demasiada obsesión de esas ideas sistematizadoras. Se me ocurre como ejemplo algo que ya hemos analizado: Aquella refutación de la argumentación de Zenón de Elea sobre el movimiento, basándose en que Zenón, en su pretendida demostración, habría prescindido del hecho de la vida⁽¹⁾. Los pasos de Aquiles y los pasos de la tortuga, nos dice Bergson, son cosas vivas, y por lo tanto, son indivisibles. El dividirlos sería, según él, resultado de la ilusión (que para Bergson constituye la gran ilusión de la filosofía moderna y de la ciencia) de representar la vida matemáticamente...

Y esto es tan ficticio, que no se sabría como aplicarlos al caso de que, en los movimientos, no hubiera cosa viva, ni, por tanto, indivisible. Y en el caso, por ejemplo, de dos balas disparadas con distinta velocidad, la de atrás no podría alcanzar a la de adelante, y Zenón no podría ser refutado...

(En realidad, la verdadera refutación de ese argumento es la que yo he hecho, que no repetiré aquí).

Bien: El segundo orden de producciones que encontramos en la filosofía de Bergson, son esas teorías que probablemente no llegarán nunca a cristalizar en sistemas, pero que tienen la suficiente seriedad y suficiente hondura, la suficiente realidad también en el sentido que ese término pueda tener en filosofía, para⁽²⁾ que podamos prever que quedarán, que figurarán entre esas teorías que la filosofía conserva para la discusión, y no precisamente para una discusión formalista sino para discusión real y fecunda. P. ej., su teoría sobre el desfiguramiento del tiempo en espacio, sobre la distinción entre el instinto y la inteligencia, con aquella caracterización tan fecunda y hasta tan elegante como la diferenciación basada en que para resolver una dificultad la inteligencia crea un instrumento en tanto que el instinto crea un órgano. Su teoría del papel de la ciencia, que no sería propiamente un papel de conocimiento sino de acción. Su estudio sobre la relación entre el espíritu y el cuerpo y su conclusión basada, en parte al menos, no en predisposición mística, sino en hechos, que podrán ser mejor estudiados pero que era preciso estudiar. Sin contar observación tan seria como la que le ha hecho distinguir entre las dos clases de memoria.

Todo eso es importante. Está lejos de ser puramente verbal, como tantas doctrinas de la filosofía; y, quede de ello lo que quede, y como quede, habrá hecho de ese autor uno de los pocos pensadores que han

(1) De una conferencia dada en 1925.

(2) El texto dice: *pero*. Es, evidentemente, un error de la versión taquígráfica que escapó a la corrección de Vaz Ferreira; se lo sustituye por: *para*. (Nota de 1970).

influido seriamente en el movimiento filosófico. El criterio es éste: Sea o no sea cierta una doctrina, que sea necesario conocerla, y que lo que se escriba después de ella, si se la desconoce, quede atrasado. Así como, piénsese lo que se piense p. ej., de la teoría de Kant sobre el conocimiento, después de expuesta esa teoría no se puede escribir sobre el conocimiento sin conocer esa doctrina, admítasela o no. Así, no se podrá escribir en adelante sobre ciertos asuntos sin conocer las teorías de Bergson.

Ahora, creo que hay más todavía: Creo que hay en su filosofía verdaderos descubrimientos, de esos muy raros en filosofía, que se incorporan a ella no ya como doctrinas a discutir, sino como verdades. Tipo de eso creo que son muchas observaciones de Bergson sobre las relaciones del lenguaje y el pensamiento, y el papel de la palabra; lo que él llama el mecanismo cinematográfico del pensamiento.

Se dirá que eso estaba ya en parte en pensadores anteriores. Sin duda: Ello ocurre también en las ciencias. No hay, pues, error más superficial que el de creer a Bergson una especie de filósofo místico y anticientífico. (Error que no puede disculpar, aunque lo expliquen como hecho su boga ante cierto público elegante y la explotación de su filosofía por tendencias literarias o religiosas superficiales).

Pero dijimos que había otro modo de no comprender la filosofía de ese filósofo, y, caso curioso, ese otro modo también tendría una explicación, y ésta bastante más seria sin duda, como que se trata un poco del error del mismo Bergson, sobre lo que significa él mismo y sobre lo que significa su filosofía.

Ese segundo error sería, es, porque está en muchos. creer que si se admite la filosofía de Bergson como una especie de advenimiento filosófico en el pensamiento moderno, hay que tomar una dirección diferente a la que ha seguido la filosofía racionalista y científica, y que la vía de la filosofía sería para el futuro *entregarse a la intuición*; y, como la filosofía de Bergson justifica la intuición, le da cierto valor como conocimiento, y aun haría del conocimiento intuitivo en cierto sentido un conocimiento infalible, entonces la vía para la filosofía post-bergsoniana sería *ponerse a intuir*. El mismo Bergson participa más o menos de esa creencia, y, valorizando modestamente su propia contribución en el sentido de la justificación del conocimiento intuitivo, supone que vendrán continuadores que llevarán mucho más adelante la filosofía por esa vía.

En realidad, la filosofía de Bergson, de hecho, está muy lejos de ser una filosofía antirracional o antirracionalista. Es al contrario en una parte muy considerable, y muy intensamente, una filosofía de razón. Desde luego, por la manera como él la hizo y, diremos, por el órgano con que él la hizo. La filosofía de Bergson es ante todo razonada y razonable, hecha con razón, con método, con crítica científica, y por todos los procedimientos de la razón, aun cuando uno de sus resultados haya sido el dar a la intuición instintiva un cierto valor como prueba, o en todo caso como fundamento autorizado de posibilidades; y se caracteriza muy bien como una justificación del instinto por la razón.

Es racional todavía en otro sentido muy importante: Me refiero al órgano con que fue hecha. Quiero decir, a la clase de inteligencia, de mentalidad de Bergson. No hay mentalidad más racional que la suya, y pocas

inteligencias hay o hubo tan admirables precisamente por todos los caracteres de la racionalidad, por la justeza, por la precisión, por la ligazón, por el método, por el contralor de la observación y de la experiencia, y todavía por otra cosa: por esa aptitud de expresión, por esa aptitud del lenguaje a la vez justo, preciso, y elegante todavía, que puede considerarse una parte de la razón; (la razón y el lenguaje se compenetran y se completan).

Bien: esa es la mentalidad del autor; ese el instrumento con que está hecha su filosofía. Pero, en sí misma, esa filosofía, en su naturaleza, en su alcance ¿qué es? Una aplicación de la razón para dar a la intuición un cierto valor, que es grande, *pero que queda, precisamente, definitivamente determinado, y también definitivamente limitado* en esa filosofía. Bergson procuraba mostrar, con razón, que cuando se trata de los problemas de la vida, de la vida y de la muerte, debajo de la razón queda en nosotros algo, un resto de instinto, de esa actividad que conoce directamente aunque no pueda demostrar ni explicar, y que se enciende como una lámpara casi apagada pero que revive cuando se trata de los grandes problemas, de las cuestiones verdaderamente vitales, de la vida y de la sobrevivida. Pero notamos que precisamente es esa filosofía en donde queda más definitivamente establecido, también más definitivamente limitado, ese papel del instinto intuición. Existe. No está totalmente extinguido. Su testimonio, si hay realmente p. ej., un instinto de inmortalidad, tiene valor para establecer en todo caso una posibilidad; pero no hay más. Si esa filosofía es verdadera, el instinto, la intuición no pueden dar más de lo que dan en la vida.

Ponerse a filosofar para hacer dar al instinto más que eso, sería salir precisamente de los límites que esa misma filosofía le pone, por ser, el instinto, irracional, refractario a la explicación, a la demostración, a la prueba, y en resumen a todos los procedimientos del conocimiento, de manera que si esa filosofía fuera verdadera, habría que limitarse a la constatación que ella misma hace, y después seguir el mismo método bergsoniano, que es método de razón.

Si se quiere decir que la filosofía de Bergson es la filosofía del instinto o de la intuición, habría que decir que es la filosofía del instinto y de la intuición revelados, valorados y caracterizados por la razón. Y entre paréntesis, no solo resulta de aquí el más alto elogio de la razón, de esa actividad del espíritu que es capaz ella misma de analizar sus propias deficiencias y las posibilidades de la otra actividad mental que no es ella, sino que es de esa misma filosofía de donde resulta más caracterizadamente que de otra cualquiera y bien establecido el valor del instinto intuición para fundar ciertas posibilidades. Eso ya está: No hay nada más que hacer en esa vía. Y no habría por consiguiente nada más contrario a la filosofía bergsoniana, que ponerse a intuir (perdón por la vulgaridad de la expresión) creyendo con eso continuar una dirección de filosofía moderna. de la misma filosofía bergsoniana saldría patentizado el error de querer convertir el instinto intuición en algo discursivo y completo, con pruebas, demostración clara, exposición posible, esto es, de disfrazarlo de razón.

Eso, lo repito, desde el punto de vista de su filosofía. Yo p. ej., creo que la razón es aun más: o bien que se filosofa con todo lo espiritual: que

se filosofa con el espíritu menos dividido en razón e instinto, o que hay aun mayor colaboración de la razón y del instinto. Pero no hablo de lo que yo pienso.

Nota: En Bergson suele presentarse lo siguiente: como una vulnerabilidad de cierto tipo. Opone algo a algo, un término a otro. Analiza uno de esos términos de un modo muy original, descubriendo en él más de lo que había descubierto la filosofía y fundando después una oposición entre ese término y el otro, basándose en las propiedades que ha descubierto en uno de ellos y como postulando que ellas faltan en el otro. Entonces el lector y él mismo sienten que lo discutible o que lo solo discutible es si el término que él analiza es en realidad como él lo presenta, pero hay otra cosa discutible, que queda como olvidada por ese método, y es si el otro término, el que él no analiza expresamente, es completamente del otro modo. P. ej., Opone espíritu a materia (o vida a materia), y analizando espíritu o vida establece una oposición grande, irreductible, porque el espíritu sería esencialmente fluido, no divisible y activo. El lector tiende a discutir si el espíritu es realmente tan fluido y tan activo como Bergson lo presenta. A pocos se les ocurre pensar, y generalmente a Bergson no se le ocurre, si la materia sería tan atómica, tan inerte, tan pasiva como él lo postula en su oposición. Esta oposición radical entre lo vivo y lo muerto, entre lo activo y lo inerte, entre lo espiritual y lo material podría sin embargo desaparecer o atenuarse no sólo porque no fuera el espíritu tan activo y fluido sino porque la materia no fuera tan inerte y atómica. No sólo porque no fuera el espíritu como Bergson sostiene que es, sino porque fuera la materia como Bergson sostiene que no es.

Lo mismo, decía yo en antiguas conferencias sobre Bergson, podría ocurrir con la noción del tiempo y del espacio. El tiempo es para Bergson la realidad suprema, en tanto que el espacio es una especie de ficción científica. Lo único que se discute expresamente en la filosofía bergsoniana, es si el tiempo es como él lo presenta, real e indivisible. Pero será el espacio tan de otra índole, tan ficticio, tan puramente científico? La polémica reciente entre bergsonianos y einstenianos ha mostrado que había aquí, donde yo lo anuncié, un punto vulnerable. Cierta teoría derivada sobre todo de Minkowsky, tendería a dar al tiempo y al espacio a tal punto el mismo carácter que formarían tal vez una sola realidad.

Y lo mismo ocurre con indeterminismo y determinismo. El espíritu sería para Bergson indeterminado, y eso es lo único que él procura demostrar expresamente, dando por sentado que la materia es rigurosamente determinada e inerte. (Sobre ese punto, de paso, creo haber mostrado que Bergson comete un paralogismo común: Confunde el problema de la libertad, o sea el problema de saber si los actos o fenómenos de un sujeto se deben en parte a ese sujeto, esto es, problemas de la libertad, de los seres, con el problema de saber si los hechos vienen determinados por los hechos antecedentes, problemas de determinismo o indeterminismo, que es de actos o de fenómenos...).

CARLOS VAZ FERREIRA

I N D I C E

ARTURO ARDAO: El magisterio de Vaz Ferreira	5
ESTHER DE CACERES: Pasos del recuerdo	23
DORA ISELLA RUSSELL: Matilde Vaz Ferreira de Durruty y sus recuerdos	35
MATILDE VAZ FERREIRA DE DURRUTY: Recuerdos de mi padre	37
MATILDE VAZ FERREIRA DE DURRUTY: Ultimos días de mi padre ..	59
SARA VAZ FERREIRA DE ECHEVERRIA: Un inédito de Vaz Ferreira ..	69
CARLOS VAZ FERREIRA: Sobre Bergson	75

Impreso en Octubre de 1972 en los talleres de
Imprenta Letras S. A. - La Paz 1825 - Montevideo

Comisión del Papel - Edición amparada
en el Art. 79 de la ley 13.349

Depósito legal N° 29.400

